HEBER
SNC NUR

LA CIUDAD DE LOS RECUERDOS

La Ciudad de los Recuerdos

Heber Snc Nur

Sexta Fórmula

Derechos de autor © 2022 Heber Snc Nur

La Ciudad de los Recuerdos
Sexta Fórmula, 2022

contacto@hebersncnur.com
www.hebersncnur.com

Editado por Sexta Fórmula
contacto@sextaformula.art
www.sextaformula.art

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor. Reservados todos los derechos.

Chiclayo, Perú

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
NOTA DEL AUTOR
LOS DÍAS DE ANTAÑO
CARTA A MI FUTURA MUSA
CARTA DE MEDIANOCHE
ESTE VOCABULARIO INCOMPLETO
EL PRIMER ENCUENTRO
LA CARTA QUE DEJÉ BAJO TU ALMOHADA
UN LUGAR DEMASIADO GRANDE
DIECINUEVE
LA CARTA QUE NUNCA ME ATREVÍ A ENTREGAR
EL MEJOR TIEMPO DE TODA MI VIDA
MÁS NIÑO Y MENOS ADULTO
UN DÍA QUE NUNCA EXISTIÓ
PARA SUERTE TUYA Y PARA MALDICIÓN MÍA
HASTA PERDER LA CONCIENCIA
COSAS DE LAS QUE PREFIERO GUARDAR SILENCIO
UNA CONDENA POR ADELANTADO
PALABRAS AL VACÍO
QUERERTE DESDE LEJOS
UNA MIGRAÑA PASEANTE
ESE QUE FUI CONTIGO
SOBRE MÍ Y SOBRE NADIE
VÉRTIGO Y ENSUEÑO
CARTA A LA MUJER DE VAPOR
UNA OPORTUNIDAD MÁS AL AIRE
PEOR QUE EL OLVIDO
SOBRE HACER EL AMOR
UNA CAVIDAD DESÉRTICA
ESTA NO ES UNA DESPEDIDA
NO ES FRÁGIL, PERO LÉASE CON CUIDADO
LLEGÓ LA NOCHE
INSTRUMENTO Y RESULTADO
MATRIMONIO CON LA TRISTEZA
DIÁLOGO CON MI NOSTALGIA FAVORITA
SIN RUMBO NI EQUIPAJE
EFEMÉRIDES

ESTE TREN QUE NUNCA SE DETIENE
ENCUENTRO EN LA PLAZA
EL UMBRAL DE NUESTRAS DECISIONES
MI MALDITA INTRANSIGENCIA
BLANCO FÁCIL DE LA NOSTALGIA
TIEMPO Y PACIENCIA
REENCUENTRO
PARA SIEMPRE
DISTANCIA DE CUALIDADES
ONCE MESES
CRISIS CREATIVA
CATARSIS CONTENIDA
A PESAR DEL FRACASO
DILECCIÓN
PRESENTIMIENTO
DÍAS DE TRISTEZA Y RUINAS
EN SILENCIO Y A ESCONDIDAS
MUSA DEL REMORDIMIENTO
LA RESPUESTA QUE NO ME PEDISTE
PESIMISMO RACIONAL
LA CIUDAD DE LOS RECUERDOS
REALIDAD INEXORABLE
NO QUIERO OLVIDARTE
LAS CUATRO ESTACIONES DE MI VIDA
EL QUID DE LA CUESTIÓN
ADICTO A SU PRESENCIA
SUEÑO DE ENSUEÑO
ENERO
FEBRERO
MARZO
ABRIL
MAYO
JUNIO
JULIO
AGOSTO
SETIEMBRE
OCTUBRE
NOVIEMBRE
DICIEMBRE
Acerca del autor
Libros de este autor

Aun ausente, aun lejana,
continúas inspirando textos,
continúas siendo musa...

Mi debilidad por los paisajes urbanos me ha llevado a reflexionar sobre la existencia de una ciudad que sólo nosotros conocemos y que hemos recreado a partir de nuestras vivencias en una ciudad real. Pienso que esos lugares que frecuentamos con una persona especial, luego, cuando se va, permanecen en la memoria inevitablemente relacionados a ella. Cada rincón de la ciudad parece reinventarse cuando lo evocamos, porque no es lo mismo visitar un lugar que recordarlo; en nuestra memoria convergen detalles significativos que en la vida real no existen, y que le dan un valor sentimental que, a veces, sólo nosotros podemos llegar a comprender. Y así pueden venir más personas con las que compartiremos más lugares, y el recuerdo de cada uno de ellos se unirá al recuerdo que ya teníamos de los otros. Habrá cada vez más lugares y sitios apilándose en nuestra mente, con sus distintos niveles y profundidades, formando una ciudad entera a la que sólo podremos acceder a través de nuestra memoria. La ciudad de los recuerdos puede ser cualquiera y, al mismo tiempo, resulta completamente única, porque es un habitáculo en esencia íntimo, que visitamos de vez en cuando, especialmente en esas ocasiones en las que la vida nos parece insulsa, vana, vacía, y resulta menester dotarla de esa mezcla de sensaciones que sólo puede otorgar ese viaje breve y fugaz hacia el pasado.

NOTA DEL AUTOR

La sinceridad dentro de la ficción

Más de una vez he dicho que en cada libro muestro mi lado sincero, humano, imperfecto e incluso ingenuo y casi infantil. Podría decir lo mismo de este y no mentir; sin embargo, me viene a la mente la contraparte del tema: la ficción dentro de la sinceridad, ese lado oscuro y abstracto que sostiene el andamiaje de toda obra literaria e, incluso —al menos en mi caso—, de la vida real.

Desde el año 2015 he venido escribiendo y firmando con otro seudónimo, muy popular en su momento en Tumblr, que me permitió ampliar mis horizontes en cuanto a temáticas, expresiones y recursos estilísticos. Eventualmente, le di una identidad más humana, para presentarlo a sus lectores como algo más que un escritor anónimo: su nombre «real» era Julián Navarro y había nacido en Arequipa, esa ciudad con la que llevo soñando visitar desde hace prácticamente once años. Doté su personalidad de características que eran contrarias a mis costumbres y disciplinas, además de entregarle una que otra trágica historia sentimental que justificara su desencanto por las relaciones pero que, pese a ello, fuera incapaz de desprenderse de esa capacidad de amar y entregarlo todo aunque todo fuera en vano.

Su nombre es Dashten Geriott. Apareció por primera vez el 25 de marzo del 2015, el mismo mes en que publiqué «Oscuro Silencio» y decidí apartarme durante un tiempo indefinido —que al final duró cinco meses— de todas las redes sociales para, según yo, dedicarme a otras actividades que no fueran escribir. Sin embargo, Dashten —o yo tras la pantalla— continuó publicando poemas, prosa poética y uno que otro relato, ganándose la admiración de los miles de lectores que Heber Snc Nur le había heredado en su blog Tormenta de Pensamientos, cuyas publicaciones había eliminado para cambiarle de nombre de usuario y, por supuesto, de título.

Tormenta de Pensamientos quedó inactivo durante todo ese tiempo, pero luego resurgió en agosto y no se ha detenido desde entonces. Volví a publicar con Heber Snc Nur, aunque no dejé de lado a Dashten Geriott, y durante años conviví con ambas identidades, disfrutando de escribir con un estilo y luego con otro, leyendo los mensajes de admiración que ambos recibían y dándoles a cada cual lo que mejor salía de mí.

Tengo que admitir que los textos que publiqué con Dashten fueron aquellos que con Heber nunca me atreví a compartir, ya fuera

para evitar comentarios inoportunos por parte de aquellos que me conocían y leían al mismo tiempo, por miedo o simple búsqueda de identidad, pues al escribir bajo dos seudónimos me permitía explorar expresiones que le daban un valor de interés particular a los poemas y relatos que publicaba para un público más adulto. Lo cierto es que Dashten Geriott fue un refugio, pues lo creé con la intención de usarlo como canalizador de una catarsis interna, como medio de resolución de un conflicto íntimo que llevaba meses consumiéndome.

Ha sido un secreto que compartí con pocas personas, especialmente con aquellos que, además de amigos, eran lectores asiduos. Pero es un secreto que ahora llega a su fin. Al escribir bajo una u otra firma no he sido de ningún modo infiel o desleal a mi arte, porque con ambos he sido yo mismo, han sido mis letras las que han brotado de mis manos en los poemas y las historias que escribí con Dashten Geriott, portador de esa dosis de ficción que existe en la sinceridad de mi propósito: la de haber querido expresarme valiéndome de los medios que otorga esa libertad de la palabra escrita.

De esto hay mucho que contar, pero por ahora no diré más, pues confío en que el resto de piezas faltantes las encuentres por tu cuenta entre las páginas de este libro, en las que te esperan muchos textos introspectivos, además de textos epistolares o, en otras palabras, cartas de amor —y desamor, por supuesto— que alguna vez dediqué a una mujer que se adueñó de mi inspiración y que, a pesar de haberse ido de mi vida, todavía me acompaña a visitar las plazas y los paisajes urbanos de esa ciudad forjada de recuerdos que hay en todos nosotros. Esa ciudad que en ocasiones duerme, pero que la mayor parte del tiempo sufre de insomnio y nos invita a recorrer sus calles —a veces solitarias, otras caóticas— en las que encontramos personas y lugares que creíamos haber olvidado, pero que en realidad nunca se fueron, sino que se instalaron en nuestra ciudad interna, haciendo de nuestro recuerdo su hogar para siempre.

Si algo tengo que resaltar de esta entrega es que se trata del libro más íntimo que he publicado hasta la fecha y, sinceramente, espero que lo disfrutes. Te doy la bienvenida nuevamente a este pequeño mundo que he creado y que, como toda ficción y toda realidad, componen la unidad de esta pasión que tengo por la escritura y que espero no abandonar.

Heber Isúi Sánchez Nunura
Chiclayo, julio del 2021

La ciudad nunca me parece tan vacía
como cuando está llena de mujeres
que no son ella.

HEBER SNC NUR

SOLEDAD URBANA

La ciudad es un traje de soledades,
un óleo pintado con sombras líquidas
que se mueven entre las calles, como seres
que buscan una luz irremediablemente perdida,
de vidas pasadas, soledades que antaño
no dolían como ahora…

LOS DÍAS DE ANTAÑO

Domingo 26 de julio, 2015

Recuerdo que me querías, y que me pasaba esperándote para cenar los fines de semana, o mirar películas mientras ordenábamos una pizza. También recuerdo los roces, las caricias y todas esas cosas de las que probablemente no quieras acordarte. Me aprendí de memoria tus curvas y tus alienaciones a la pulcritud de la belleza; eras el perfecto lugar para perderse. Apagábamos las luces para encendernos la piel. Vivíamos la noche para nosotros, y el resto del mundo se quedaba siempre tras los cristales. Al final, siempre conseguía idealizarte de todas las formas y de todas las formas te hacía posible. Ya no había lugar para nada más, sino para el tiempo que pasaba contigo a solas mientras te quedabas quieta y yo deseaba ser aquel punto invisible que mirabas en cualquier parte como buscando las palabras que no me decías.

Me gustabas hablándome de todas las cosas que te hacían ruido en la mente, y también callada, porque tu silencio no se parecía a ningún otro. Tus labios sellaban cosas que probablemente nunca llegaste a contarme, y es que esa era la mejor parte: que ambos teníamos nuestro propio lugar al lado del otro, como dos caminos que se juntan para llegar al mismo sitio. Tus silencios se comían la nostalgia, y lo que más me gustaba de ti era tu manera de salvarme con una sonrisa y con esa ternura que nunca había visto en otras. Nunca he creído en la magia, ¿sabes? Pero tú me enseñaste que hay sonrisas capaces de suspender el tiempo.

Yo me había enamorado, claro. ¿Cómo no quererte tanto? Conseguías esconderme la tristeza y facturar la nostalgia, le robabas minutos a la muerte y traías la felicidad a casa. Contigo aprendí que el sol podía salir a las tres de la mañana, y que las estrellas nunca estarían solas si te quedabas a contemplarlas. Mientras lo hacías yo me sentaba a tu lado. Y juraba que las noches nunca habían sido tan largas, ni tan bonitas.

Recuerdo también cuando llovía y te abrazaba como si fuera la primera vez que abrazaba a alguien, como queriendo encerrar todos mis deseos en tu cuerpo, como diciéndote «quédate» con los brazos. Eras esa respuesta al socorro que vino a mí antes de hundirme por completo en esta incertidumbre. Me aferraba para no dejarte escapar, temiendo que fueras a esfumarte. Tú sólo sonreías y me decías: «No voy a irme, idiota, he venido para arreglarte la vida». Y yo siempre era capaz de joderme un poquito con tal de que te quedaras más tiempo. Claro que lo recuerdo, cariño. Fueron los únicos días en los que me di

cuenta de que nunca había deseado tanto que alguien se quedara conmigo para siempre.

CARTA A MI FUTURA MUSA

Domingo 13 de setiembre, 2015

Querida Nadie:

A veces pienso que te escribí esta carta hace mucho tiempo y que todavía soy incapaz de terminarla. Me temo que nunca supe del todo cómo o dónde buscarte y que por eso he ido sin rumbo por la vida de otras que, de alguna manera, se parecían a ti, pero que no tenían nada que ver contigo. Tú siempre me has recordado a uno de esos sueños que nunca supe de qué trataban pero que a diario me esfuerzo por cumplir sin conseguirlo. Creo que mi vida últimamente ha ido a ese ritmo. El tiempo es inexorable y, qué puedo decirte… si me pongo a mirar atrás no sabré exactamente en qué lo he invertido y si aquello ha valido la pena. Sólo sé que estoy cansado. No tengo ni dieciocho años y te juro que siento que en cada cosa que escribo envejezco de golpe, como si mi vida se fuera en cada palabra, arrastrando consigo una edad que no voy a vivir nunca.

Tengo que decir que me gustaría haber tenido más oportunidades. Me gustaría haber hecho las cosas bien cuan-do pude porque a estas alturas siento que cualquier cosa que intente va a estar incompleta si no estás tú para cumplirla conmigo. Tú no has llegado todavía, pero, ¿sabes?, aun si hubieras estado desde el principio yo hubiera sentido que llegabas tarde. Cómo explicarlo… es que siempre voy a desear que estés antes.

Querida Nadie, todavía no te conozco pero desde ya te quiero, y sé que te mereces todo el romanticismo que le quede a este desastre de persona. Te mereces todo porque, aunque yo te esté esperando antes, sé que llegarás en el momento oportuno, lista para poner en orden mi mundo que lleva mucho necesitando de un buen salvavidas.

Es curioso pensar en estas cosas porque antes creía que el tema del amor era uno de los que quería olvidarme, aunque luego me di cuenta de que en mí todavía vive ese niño que cree en los sueños y en todo cuanto sea rescatable en este mundo y que, pese al intento de propios y ajenos de matarlo, sigue pidiendo una última oportunidad. No quiero ni puedo negársela, por eso te espero. Te espero porque sé que cuando llegues voy a reconocerte de inmediato. No he visto nunca tu sonrisa pero estoy seguro de que eso es un detalle que te distinguirá de las demás: ninguna sonríe tan bonito como tú lo haces. Cuando te abrace mis heridas olvidarán lo que es el dolor y las cicatrices para ese día habrán ensayado su mejor sonrisa.

Oye, por cierto, he soñado contigo. No recuerdo cuándo, pero fue

una noche en la que desperté y lo primero que hice fue buscarte. Traías las promesas más bonitas del mundo en los labios y una primavera instalada en la mirada. Yo recuerdo que me abrazaste y sentí cómo algunos engranajes en mi interior volvían a funcionar luego de haberlos tenido por obsoletos. Pronunciaste mi nombre seguido de un «te quiero» y fue como tener música de fondo en una escena que no podía ser más preciosa.

Han pasado días y en cada uno de ellos le ruego a Dios que me permita volver a soñar lo mismo, aunque sea por última vez, porque nunca llegué a saber el final de aquello. En noches como esas es cuando más me haces falta. Creo que tienes que saberlo. Y no te sientas mal, es que es sólo esta necesidad de asegurarme de que alguien estará allí para mí cuando esté a punto de rendirme. Yo voy a seguir esperándote, convencido de que las que vengan antes de ti no me harán ni la mitad de feliz de lo que voy a ser contigo, y voy a pasar de ellas.

He planeado un futuro a tu lado. Tengo incluso el nombre de nuestros hijos. Sí, mira, no te rías. Puede que te parezca una tontería pero es verdad. No sé si te guste la idea, pero he considerado que podríamos tener una mascota. Es gracioso escribirte de esta forma considerando que eché este tipo de pensamientos lejos de mí sin la esperanza de volver a tenerlos en mi mente. Pero, como te lo mencioné, creo que tú tienes la capacidad de hacer que mis ruinas vuelvan a ser la ciudad poblada de esperanza que era antes de convertirse en este lugar turístico que nadie ha visitado desde que declaré mi voluntad interna de reconstruirla en bancarrota. Querida Nadie, tienes que saber que hay tardes en las que, paseando por el centro, veo a muchas parejas felices sonriéndole al mundo como quien exhibe su felicidad a los cuatro vientos, y me dan ganas de prometerme que, cuando pueda tomarte de la mano, estaré así o más enamorado. Que incluso voy a ser capaz de soñar con llevarte al altar algún día y darme cuenta de que la vida comienza en el preciso instante en que recibo la autorización de besar a la novia. A mí me hace mucha ilusión, créeme. Yo contigo me casaría todos los días.

Pero tranquila. Voy a estar aquí, esperándote, porque sé que vales la pena, la alegría, y todo en lo que no he tenido esperanzas de volver a creer. Tengo escritos los poemas que voy a recitarte a solas, las agendas que tienen los días llenos de una cita contigo, y las canciones que te he estado dedicando mientras tanto. Cuando llegues, comprobarás que, pese a todo, he sabido resistir por ti, por nosotros, y por ver esa vida con tu sonrisa despertándome por las mañanas. Quizá, para cuando llegue ese día, voy a saber qué es lo que continúa de aquel sueño que dejé incompleto, o puede que me encuentre con la sorpresa de que el sueño comienza ahí, justo cuando me dices que vas

a quedarte para siempre y que todo este tiempo llamándote en silencio ha valido la pena.

Quiero que te tomes tu tiempo porque después de todo eres libre. Espero que disfrutes de la vida mientras tanto. Sé que lo nuestro puede tardar y que aquello conlleva muchos planes, días, lugares, personas y circunstancias varias de por medio. Sólo no te olvides de mí, y ten en cuenta siempre que aquí hay alguien que va a quererte sin importar cuánto más tenga que esperarte, aunque eso implique dejar sueños de lado. Tú eres el más bonito, después de todo.

Tuyo siempre,
Heber

CARTA DE MEDIANOCHE

Domingo 20 de diciembre, 2015

Antes querida:

Si lo pienso bien, hace ya bastante tiempo que no celebro Navidad. Eran esos días, tan fáciles, cuando estabas y a mí me daba por escuchar canciones a cada instante. Las más bonitas siempre te las dedicaba, aunque nunca te gustaron, pero tú a mí me gustabas rechazándome, y haciéndolo todo a tu capricho. Yo sólo te miraba, deseando que, con suerte, y si aún la magia de aquellas fechas seguía siendo tan cierta como la sonrisa de los niños, me dieras tu vida como regalo. Que te entregaras a mis brazos, dejaras de creer en imposibles y te animes a venir conmigo al estreno de una de esas fantasías que sólo existen en la imaginación de quien sabe soñar. Y viajar. Caminar. Mirar fotos y encontrar en ellas viajes a un pasado que no dolía, que era tan inocente como nuestras ganas de querernos a mitad de aquella noche en la que sonaban las doce campanadas y las personas apenas comenzaban a abrazarse, mientras que nosotros ya habíamos tenido nuestra nochebuena particular. Las siguientes horas sólo eran espejismos. Te marchabas antes de que pudiese convencerte de quedarte más tiempo y volvías horas más tarde, con un paquete envuelto en papel de regalo y una sonrisa que podía derretir al más frío.

Pero ha pasado tanto tiempo y hoy no espero nada de eso. No te he visto más que en fotografías y en todas ellas sales con un tipo alegre al que le dedicas desde apodos cariñosos hasta selfis y poemas que nunca tuviste tiempo de leerme. Publicas en Facebook que te has ido de viaje a un lugar paradisíaco en donde siempre es verano, y en donde no te hace falta caminar mucho para sentir que quieres quedarte el resto de tu vida en el mismo sitio. Supongo que él ha sabido encontrarle el punto perfecto para su relación y ha logrado mantenerte a su lado más tiempo del que alguien ha sido capaz. Si te escribo ahora no es para pedirte que vuelvas, ni para darte explicaciones. Te escribo para decirte que me parece bien que hayas decidido ponerle un rumbo nuevo a tu vida, y para advertirte que tengas cuidado en pasar por todo lo que fuimos. Tengo recuerdos categorizados como malos, buenos y mejores. Lástima que no te encuentres en ninguno, porque he decidido que lo mejor para mi salud mental sería evitar compadecerme de mí mismo recordándote, así que mejor te he mandado lejos, con un boleto de ida sin retorno a ese lugar al que no he vuelto por si las cosas se rompen de nuevo.

Yo también he decidido darme una oportunidad. Se llama Laura y tampoco cree en las cursiladas. Tiene más o menos mi edad y a ella sí le gustan las canciones que le dedico. A veces me recuerda a ti, en su forma de despertar y en la de enfadarse si le digo que aquella blusa no hace juego con su falda. Si hace frío no tiene problemas en pedirme un abrazo. No se anda con rodeos, es directa y eso es lo que más me gusta de ella. Créeme si te digo que a su lado me siento afortunado por ser yo mismo sin la presión de tener que cumplir expectativas. A ella el amor le gusta junto al desayuno, por eso he aprendido a levantarme más temprano para sorprenderla. Ama los dulces, a diferencia de mí, que me gusta todo lo salado. Creo que, si me presento con un paquete de chocolates el día menos especial, la haré sonreír por varios minutos seguidos. Con ella tengo campo abierto para hacer todo lo que no pude contigo. ¿Todavía crees que tuvimos nuestra oportunidad? Yo sí, y me pareció triste en su momento que hayamos actuado de una manera tan cobarde.

Supongo que esta ciudad es una de las tantas que no te gustan. No hace mucho que me he mudado, el vecindario es tranquilo y puedo pasar el día sin temor a que suene el teléfono cada cinco minutos para atender la llamada de una señora que pregunta por su hija como si en el empeño le fuera la vida. Los días no son los mismos, claro. Es como si al cielo de repente se le hubiera marchado lo triste, aunque de vez en cuando también siento que extraño la ciudad llena de semáforos en la que vivías. Nunca supe cruzar uno solo en el color que correspondía y, aunque tampoco tuve accidentes, a ti eso no llegó a satisfacerte. Hoy tampoco espero que sea mejor con Laura, aunque con ella todo va de la mano de una armonía que sirve de consuelo para todos los días de soledad que me han dirigido hasta aquí. Hoy tampoco te extraño. Ni ayer, ni la semana pasada, ni el mes pasado.

He aprendido tarde que, por mucho que dos personas compartan gran parte de su vida, eso no quiere decir que estén destinadas a compartir la totalidad de ella. Hoy sólo espero que donde quiera que te encuentres entiendas que ha sido lo mejor huir de una guerra en lugar de asumirla sin haber tenido las suficientes municiones con las que contrarrestarla. Es cierto que nadie se muere por amor, pero hay veces en las que desearías que el amor sea lo último que te pase en la vida. Porque te deja en un limbo de sensaciones a las que es prácticamente imposible ponerles palabras. Acabas tan terriblemente incompleto que luego no vuelves a encontrar la parte que te falta en ninguna persona que luego llegue a tu vida. Espero que eso no ocurra contigo, porque tampoco sucede conmigo.

Con no tanto cariño: Julián.

Posdata 1: A veces el amor es uno de esos recursos que utilizamos

para justificar nuestra demencia hacia ciertas personas. «Lo hice por amor», «amar con locura», «el amor lo puede todo». ¿Lo recuerdas? Yo una vez te dije que te amaba con todas mis fuerzas, y ahora me doy cuenta de que lo que ocurría en realidad era que te amaba pensando que aquello iba a durar para siempre. Qué iluso. Espero que puedas perdonarme.

Posdata 2: Feliz Navidad.

ESTE VOCABULARIO INCOMPLETO

Jueves 14 de abril, 2016

Va a resultar que, de tanto meter las manos al fuego, terminemos con la vida hecha cenizas. Tú eres esa convergencia que necesita cualquier catástrofe, por eso te quiero, porque el caos que represento no ha cesado de llamarte. Yo te llamo, a veces en las noches, otras veces de día, cuando las sombras son menos peligrosas. Te recuerdo perfecta, y también recuerdo lo bien que me sentía dentro de aquel limbo de piel y curvas que terminaba por robar de mis recuerdos las veces que fracasé queriendo a alguien. Cuántas veces he deseado que suceda lo mismo por otras noches. Querernos arriesgándolo todo, metiendo las manos al fuego. Por ti. Por mí. Por nosotros. Ahora, al llegar a casa después de embriagarme en cualquier bar que nunca tiene la forma de tu boca, me acuesto pensando si todavía duermes sola. Ya estamos abril, y hoy, mirando al mundo con la tonalidad de tu ausencia, me doy cuenta de que el otoño nunca se ha presentado tan gris ni tan carente de sentido.

Me pasa lo mismo que a los árboles: se me caen algunas hojas, cambio de color, pierdo cierta belleza, me seco. Por eso estoy agradecido de que exista una estación en la que puedo desmoronarme por completo y que parezca lo más normal del mundo. Lo anormal está, sin embargo, en que me hagas más falta ahora que en cualquier otra estación del año. Voy por la calle preguntándome qué fue lo que me hiciste, por qué de pronto me veo frecuentando fiestas, cayendo en la cama de otras mujeres, y qué hago besándolas, qué incita a mis manos a desnudarlas, pero, sobre todo, qué me impulsa a mí a buscarte entre ellas. Más de una vio en mis ojos un descuadre. Cuando me preguntaban por tu nombre, sólo les decía que no eras más que un mal sueño del que no conseguía despertar del todo. Nunca les dije que el tuyo era el nombre de mis recuerdos más dolorosos. Nunca les dije que te buscaba, y que tocaba la puerta de sus vidas con la esperanza de que fueras tú la que respondiera al llamado.

«Eres un hombre muy solo», me dijo alguien. Qué novedad. Yo siempre estoy solo, pero si supieran cómo estoy ahora que no estás tú, tendrían que buscar —o inventar— otro adjetivo. No estoy solo, estoy abandonado, sufro de tensión sentimental, de catarsis eventuales, de fiebres y alucinaciones. Mi diagnóstico es simple: te necesito. A ver si puedes ponerle nombre a eso.

Voy a consumir el resto de mis días buscándote, echando suerte en algunos infiernos y quemándome en el camino. A mí me hace falta, después de todo, para acallar este invierno de mi vida sin ti. Que no te

sorprenda que lleve la mitad del alma con quemaduras de tercer grado. Yo seguiré metiendo las manos al fuego. Por ti. Por mí. Por nosotros.

EL PRIMER ENCUENTRO

Jueves 2 de junio, 2016

Amar a una mujer siempre va a requerir de más misterios que certezas. Es esencial y una condición casi obligatoria amarrarla a una posibilidad que ponerla de pie directamente sobre un hecho. Yo nunca he amado a una mujer hasta adentrarla por completo en mi vida. La he dejado siempre en la puerta, porque desde ahí uno puede ver lo que hay dentro, pero eso no siempre significa que está invitado a pasar. Después de cada caída es inevitable construir muros, probablemente para demostrarte a ti mismo que eres capaz de ser más fuerte desde las cenizas. Eso fue lo que hice yo y no creo haber actuado mal. No es odio ajeno, es amor propio o, aún mejor, defensa personal.

Sucedió una noche. No recuerdo el año ni el día porque iba algo ebrio de estrés. Abel me llevó a uno de sus escondites en el que se refugiaba cada vez que su mujer lo condenaba a treinta días sin sexo por asuntos que nunca me quedaban claros.

—Ya van quince días y no me he muerto. Ya no la extraño tanto. Antes moría por ella, pero cuando una mujer te condiciona en cosas de las que sabe que tienes necesidad, entonces no vale la pena seguir dándole el gusto. Ella cree que sufro, pero te confieso que a veces disfruto estar lejos de sus disparates. Yo no voy a dejarla, sólo me doy unas escapadas, vuelvo de madrugada y hago como si no me importara. Si dejas que una mujer te enrede en su juego, estás jodido. Hazte como que te tiene y como que no. Casi como amarla.

Se trataba de un casino. A mí nunca se me habían dado bien los juegos de azar, porque la suerte, quizá envuelta en sus propios asuntos, olvidaba venir cada vez que yo la citaba. Fue por Abel que aprendí a amar de esa forma. Aquella filosofía propia de quien ha recibido de una mano más bofetadas que caricias, me mantenía al margen del sentimentalismo desmedido. Mirando su vida me daba cuenta de que, mientras más distancia creara entre una mujer y yo, mejor me resultaría convivir conmigo mismo.

Una de las azafatas llegó a atendernos. Nos guio hasta un par de máquinas que calificó como las preferidas de los clientes, aunque Abel me advirtió que eso decían de todas. Pasé no sé cuántos minutos mirándolo extrañarse ante la ausencia de premio tras sus jugadas antes de poner una sola moneda en mi máquina. Después me animé. La primera mano me devolvió no menos que cincuenta monedas y todas de cinco soles. Abel, que al principio me había ofrecido una mirada de lástima y conmiseración, puso los ojos en blanco. Yo era

incapaz de pronunciar palabra alguna.

—Suerte de principiante —sentenció—. Porque eres principiante, ¿verdad?

Asentí, todavía sorprendido, y recogí las monedas. Abel me señaló a alguien a su izquierda.

—Mira disimuladamente —dijo—. Al lado de la puerta de al fondo. Viene mirándote desde que entramos.

Miré en la dirección que me indicaba y entonces la vi. Cabello oscuro, del mismo color de su traje, y unos tacos de punta. Me miró de reojo y en sus labios afloró una leve sonrisa, como una felicitación en silencio; después siguió con su trabajo. No estaba vestida igual que las azafatas.

—Jefa de sala —explicó Abel—. Tal vez por eso ganaste hoy.

—Y yo que empezaba a emocionarme.

Llevaba un par de horas jugando bajo la obligación de mi amigo y hasta ese momento, de las quince partidas, sólo había perdido tres. A Abel la suerte le llegaba también, pero al revés. Luego de ya haber perdido las ganas de seguir ahí, me dirigí a la salida, dispuesto a esperar a Abel aunque sabía que iba a demorarse más tiempo. Hasta ahora no sé si arrepentirme o estar agradecido de lo que hice.

La hora pasaba de las dos de la mañana. El cielo mostraba un concierto de estrellas. Dispersas en aquella manta oscura, se me ocurrió pensar en lo terrible que debe ser sentirse solo y nunca mirar arriba. Encendí un cigarro, no hacía mucho que había empezado con la extraña manía de la que nunca pensé ser partícipe y apenas me estaba acostumbrando. Procuré no toser demasiado.

—No está permitido fumar —dijo la voz a mi espalda.

Del susto, solté mi cigarrillo. Ni siquiera la había oído acercarse. Imaginé que se había deslizado entre las sombras. Su acento argentino fue la razón por la que decidí contestarle. Nunca se lo he dicho a nadie, pero si hay algo que me mueve el piso es precisamente el acento argentino.

—Bueno, estamos afuera, ¿no?

—Es cierto —dijo, sonriendo. Fue entonces cuando extrajo una colilla y me ofreció.

Decliné.

Encendió su propio cigarrillo a la luz de la luna.

La primera bocanada dejó un rastro de aquel labial rojo en el papel y en la expulsión, el humo enmascaró su rostro. Sus labios formaron una «O» y mi mente echó a volar.

—No te he visto antes por aquí —dijo.

Me fijé en su gafete. «Lorena», leí para mis adentros.

—No frecuento estos lugares.

—Comprensible. No está mal para ser tu primera vez.

—Suerte de principiante —repetí, sabiendo que, de haberme oído, Abel hubiese estado al cien por ciento de acuerdo conmigo.

Lorena asintió lentamente. La luna bailaba feliz en sus ojos. Sonrió.

—¿En qué piensas? —preguntó.

Pero ambos sabíamos la respuesta.

Recuerdo que matamos las horas hablando. Su voz me llevaba a todas partes. Su boca, exhalando aquel humo venenoso, no hacía más que despertar ese reóstato interno que alerta los instintos. Sus ojos, en los que la palabra «peligro» estaba escrita en letras gigantes, no dejaban de otear en mi interior sin mi permiso.

Quisiera poder recordar más. Quisiera encontrarles respuestas a muchas cosas. De cómo fue que me armé del valor suficiente para acercarme a ella después de tanto tiempo de charla que me pareció suficiente y excesivo. Nos miramos a los ojos no sé cuántos minutos. Ni siquiera sé quién besó primero al otro, ni por qué no podía despegarme de aquella boca que me sabía a pecado y por la cual hubiese decidido vivir eternamente en el infierno. Quisiera recordar en qué momento me dejé llevar, o cómo fue que llegamos a aquella habitación con las ventanas cerradas por las que se filtraba una luz pálida y silenciosa. Pero puedo recordar su piel. El olor que desprendía cada vez que su cuerpo sufría espasmos de placer. Recuerdo sus gemidos, como gritos de victoria y de guerra, que eran música y llanto al mismo tiempo. Sus ojos, que miraban como si amenazaran y agradecieran el tacto de un calor que consume desde fuera hacia dentro y de dentro hacia todos los rincones de su preciosa anatomía. Recuerdo también sus manos que me recibían y aprisionaban, y me quitaban la poca cordura que aún mantenía conmigo. Ni hablar de sus labios, esa boca que sonreía y maldecía a todos los infiernos, en todos los idiomas que conseguía articular la palabra morbo. Pero también olvidé la forma, tan rauda y sutil, que tuvo de hacer tambalear la convicción que tenía arraigada en mi mente. Me di cuenta de que Lorena no era como otras mujeres y puede que por eso me haya sorprendido que, tras haberla dejado en la puerta de mi vida, haya decidido entrar sin decoro, como si esta le perteneciera. «Distancia», me repetía. Distancia.

Lo último que puedo recordar son las llamadas perdidas que encontré en mi móvil, todas de Abel. Las calles bostezaban con las primeras luces del día cuando llegué a mi casa con los bolsillos llenos y el corazón vacío. No puedo describirlo de otra forma. Me dejé caer en la cama y sólo cuando cerré los ojos y la vi de nuevo en mis sueños, supe que había comenzado a echarla de menos.

Pero hasta ahora no estoy seguro.

LA CARTA QUE DEJÉ BAJO TU ALMOHADA

Viernes 29 de julio, 2016

Querida:

Te he visto en todas tus formas y en todas me atrapaste. Existe en ti una magia que desconoces y de la que, al mismo tiempo, eres consciente. No sé explicártelo con otras palabras. Sé que me lees y que hace tiempo has estado deseando que deje de estar tan triste. Es esto de extrañarte y sus efectos colaterales… No me quejo, pero al mismo tiempo yo también desearía dejar de estarlo. Hace algunos días que vengo intentándolo, créeme, pero escapar siempre será difícil cuando sabes que estar libre no te traerá de vuelta a las personas. Tú te has ido y me dejaste con varias incógnitas flotando en mi mente. Quererte me ha funcionado como consuelo y por las noches, cuando más te extraño, recuerdo las cosas bonitas que pasamos, sino juntos, al menos al mismo tiempo.

Después de ti eso es lo que queda: recuerdos. Ojalá las despedidas fueran simples fotografías que podamos romper en mil pedazos, y quemarlos todos, reducir a cenizas el pasado. Qué fácil se lee, ¿no crees? Pero no te confundas. Es cierto que puedo estar triste la mayor parte del tiempo, pero eso no quiere decir que no sea feliz en ocasiones, en especial esas ocasiones en las que sé que, si bien nada cambia, todo puede terminar en cualquier momento. Espero que suceda con todo menos contigo, que tú no te acabes nunca, o que no te acabes mientras a mí me queden ganas de seguir recordándote y de seguir maldiciendo aquel veintiocho de febrero.

Sólo vengo a decirte que, a pesar de todo, es genial saber que parte de mi historia la escribí contigo. Para reproches, lo de antes, lo que ya no sirve. A partir de ahora quiero seguir un protocolo de paz y conciliación. Y decirte que tus recuerdos son bienvenidos siempre y cuando no traigan las intenciones sucias de arañarme por las noches y que, mientras me dure esta racha de odiar al mundo si no puedo quererte, tú decidas que la distancia ya fue suficiente y vengas a abrazarme cualquier día de estos, como una despedida en buenos planes, para tomarle una fotografía y mirarla en cualquiera de mis insomnios. Así, cuando me sienta triste y te quiera de vuelta, sólo me bastará con partirla en dos. Me haré la idea de que no existes y que el conocerte fue parte de un sueño que voy olvidando.

Querida, sabes que mi alejamiento no es con malas intenciones, y que preferiría morir si tengo que soportar una noche más al borde del precipicio. Es por nosotros que me voy. Para que nuestros pasados

vivan en paz, allá lejos, de donde nosotros no podamos traerlos de vuelta. Ellos, que son el eco de experiencias lejanas, merecen estar tranquilos, como nosotros, aunque vivamos con el constante presentimiento de que nos falta algo. Pero qué puedo decirte. Desde que dos deciden alejarse, las circunstancias conspiran para que siempre se hagan falta, sin importar si al final ellos no consiguen olvidar del todo el camino que dejaron a sus espaldas.

UN LUGAR DEMASIADO GRANDE

Sábado 30 de julio, 2016

Ella llevaba un par de minutos mirándolo a los ojos. Julián dio un profundo respiro y entonces despegó los labios.

—Lo que no te he dicho es precisamente lo que más quiero que sepas. No imagino una vida a la que le falte tu sonrisa por la mañana. De hecho, no puedo imaginarme a mí extrañando tu sonrisa por la mañana. Ni por las tardes, ni por las noches... a veces creo que soy yo el que debe pedirte perdón por haberte escrito demasiadas cosas sin tu permiso.

—¿Me has estado escribiendo cosas? Lo siento, es que yo ni enterada…

—No te preocupes. Creo que es mejor así.

—¿Julián? ¿Estás bien?

Pero Julián no se atrevió a mirarla a los ojos.

—Lo que pasa es que me gustaría tener suficientes palabras, ¿sabes? Cuando no te veo siento tantas ganas de traerte de vuelta y por eso escribo. Pero ahora no sé, es como si al mirarte en mi mente de pronto los pensamientos dejaran de hacer ruido.

—Eso es muy bonito.

—Y duele. Quiero decir, duele no poder decirte lo que sólo puedo escribir a tus espaldas. Mira, voy a tratar de sintetizarlo: te quiero. Todo lo que quiero decirte se resume en eso. No necesito que respondas, sólo que lo sepas. Te quiero y me alivia quitarme este peso de encima.

—Julián, a veces hay cosas que no comprendemos en el momento, pero te prometo que...

—No lo prometas. No necesito saber que mañana todo va a seguir siendo como hoy, eso es algo que asumo todos los días.

—¿Seguro que no has estado bebiendo?

Julián le sostuvo la mirada. Durante un instante, ninguno dijo palabra alguna. Ella miraba en otras direcciones, impaciente. Julián captó el gesto. No quería perder su atención, y entonces comenzó a hablar nuevamente, aunque sea para oírse a sí mismo decir lo que llevaba semanas aprisionando en la celda de su alma y conciencia.

—Mira, yo a veces quisiera ser distinto a lo que soy ahora.

—¿A qué te refieres?

—Que quisiera ser alguien mejor sólo para ti.

—No tienes que cambiar por una persona.

—Quiero hacerlo por mí, porque sé que estaría mejor sabiendo que soy suficiente para ti.

—Me tienes en un pedestal.

—Te lo has ganado.

—No lo creo.

—Nadie cree ser capaz de merecer un lugar importante en la vida de otro, eso se gana y a veces no hay méritos de por medio. Juraría que nos pasa a todos. ¿Tú nunca te has sentido así?

—Creo que no es momento de hablar de esto, Julián. En serio. Y ya tengo que irme.

—Espera. Hay otra cosa que tengo que decirte.

—Dime.

—Te quiero.

—Ya me dijiste eso.

—Nunca es suficiente.

Ella guardó silencio.

—Julián, lo que tú sientes no es amor, sino una necesidad de estar bien contigo mismo. Y no lograrlo es frustrante. Enfermizo. ¿Entiendes lo que digo?

Julián asintió.

—Lo siento —dijo.

—Nada de eso. Ven aquí.

Fue entonces cuando ella extendió los brazos. Y él la abrazó como si la estuviese a punto de perder. Aquel abrazo no fue eterno pero mientras duró a él le pareció infinito. Julián la abrazó como si, además, intentase encerrar su alma, o dejar la suya al lado de la de ella. Pero luego ella se marchó y Julián regresó al coche, donde le estaba esperando su cómplice y amigo, quien había visto toda la escena.

—¿Le dijiste todo? —preguntó su amigo.

Julián mintió con un asentimiento.

—Vámonos ya.

Mientras el carro ganaba velocidad por la carretera, Julián miró a través de la ventana a la gente, las luces y las casas. Y entonces el mundo le pareció un lugar demasiado grande.

DIECINUEVE

Jueves 6 de octubre, 2016

Diecinueve años. Supongo que tienes idea de lo que se siente, pero, en mi caso, ya han pasado cinco días y todavía me siento en el cuerpo de un muchacho de diecisiete. Eso relativamente hablando, está claro, porque no creo que alguien de diecisiete años sufra constantes malestares, como un anciano. Lo cierto es que ha pasado todo este tiempo y yo sigo sin saber en qué momento dejé de ser un quinceañero. El pasado es un sueño si cierras los ojos y lo recuerdas. De pronto, esas heridas, aquellos días interminables, la alegría, las rupturas, hoy te parecen estar demasiado lejos. Puedes verlas aún en tu forma de ser, en tu carácter, tus ideales, pero ya no están presentes como el dolor que un día trajeron. Ya no. Supongo que esa es la parte más bonita de cumplir años, de que pase el tiempo, de que todo cambie.

Tengo diecinueve. ¿Alguien podría decirme qué se hace después de cumplirlos? No, en serio. Es que jamás pensé en llegar tan lejos. Aún tengo alma de niño, incertidumbre de adolescente y poco a poco voy alcanzando la dureza de un adulto. Ojalá no llegue a ese punto, aunque quién sabe, porque llegar hasta aquí ya ha sido prueba irrefutable de que esto sigue avanzando y no hay marcha atrás.

Más de una vez he querido ralentizar el tiempo —cuando no detenerlo—, pero, aparte de que me es netamente imposible, me he dado cuenta de que es mejor dejar que la vida siga su curso, aunque no siempre llegue a entender muy bien adónde quiere llevarme. No es del todo cierto eso de que podemos ser dueños absolutos de nuestro destino. A veces hay factores externos que intervienen y contra eso uno nunca puede hacer nada. Es inmanejable. Lo que sí sé es que mis sueños poco a poco se cumplen y que dejar que las cosas hayan fluido por sí solas no resultó tan mal como creía. Lo bonito de los años es que cuando pasan, uno crece, se hace fuerte, madura, cambia.

He descubierto que mis actitudes de hace unos años, con tendencias a la depresión, resultan hoy una tontería, aunque en ese momento era lo más importante para mí. Lo mismo me va a parecer lo que ahora pienso dentro de unos años. A ver, hoy escribir, vivir de y para los libros es lo que sueño; escribir para ser leído y para quienes quieran encontrarse en lo que escribo; pero dentro de unos años quién sabe si seguiré en lo mismo, aunque hoy sea algo por lo que lucho y sigo batallando.

Muchos de los que me han leído juraban estar leyendo la mente de alguien que rondaba los cuarenta años. Pues no. Comparado con

alguien de esa edad, soy un niño. Un completo inexperto y novicio niño. No me culpen. Soy una persona callada e introvertida, así que mi talento innato es pensar en silencio, analizar, estudiar las acciones de la gente y escribir al respecto.

Mi desahogo, contrario a muchos, es de afuera para adentro. Si lloro lo hago a escondidas, si disfruto lo hago sin hacer alarde, si tomo las riendas de mi vida lo hago sin rozar con nadie (hasta ahora) y toda esa convergencia no cabía en una sola persona. Quiero decir, mis sueños tenían que ser de alguien más, mis sentimientos también los tuvo alguien antes que yo; mis aspiraciones, mis metas alcanzadas fueron el anhelo de alguien que me vio ocupar su lugar. Todo eso: las chicas que vinieron, todas las que se fueron (las mismas, desgraciadamente), los amigos que conocí, los que aún conservo, los momentos, las caídas, los golpes, toda esa experiencia, por muy dolorosa que hubiera resultado en ocasiones, ha sido algo de lo que —pienso— ha valido la pena escribir. Y planeo seguir escribiendo. Porque sé que alguien más puede identificarse con mis letras y darse cuenta de que no, no es el único que metió la pata, no es el único que se la pasa triste por tonterías; que no está solo, que aquí hay alguien con los mismos (o más) defectos que tiene él, que soy tan imperfecto y humano que, si me golpeas, lloro como cualquier otro. Escribir es uno de esos placeres que uno se da de vez en cuando: crearse su propio mundo para existir ahí y dejar, a quienes quieran conocerlo, entrar en él.

Son ya diecinueve golpes, diecinueve lecciones, diecinueve experiencias; unas las obtuve sin uso de razón y el resto estando plenamente consciente. Cuando era un niño ansiaba crecer y cumplir veinte años y hoy, a un paso de aquel sueño, ya no me siento con muchas ganas que digamos. Pero sé que no hay más que disfrutar del camino, ser receptivos con lo que aprendamos, retener las cosas buenas para nosotros, alimentar nuestra personalidad para hacerla útil para el mundo, para nosotros mismos, para mejorar como seres humanos. No me arrepiento de los errores que he cometido, de las decisiones que tomé sin pensarlas dos veces; no me arrepiento de las oportunidades que perdí, porque todo eso no sólo me ha hecho ser quien soy, sino porque estoy seguro de que nunca hubiera logrado llegar hasta aquí. Hoy me conozco un poco más y tengo claras muchísimas cosas, algo que seguramente no hubiese sucedido si no hubiese optado por caminos que siempre me advirtieron no tomar jamás. Soy consciente de me quedan unos cuantos años venideros, pero mientras tanto quiero aprovechar en disfrutar todo lo posible este que me queda. Aunque no encuentre lo que busco. Y aunque otra vez me pierda.

LA CARTA QUE NUNCA ME ATREVÍ A ENTREGAR

Sábado 15 de octubre, 2016

No sé tu nombre, pero ya te he desvestido con la mirada más veces de las que puedes desear un abrazo. ¿Comprendes? Vivir a la deriva de un anonimato tan incólume tiende a darte cierta ventaja. Conozco tus horas de salida, tus regresos, tu estancia en lugares lejanos, tus horas bajas y todo sin haberte dirigido nunca la palabra. Aunque seas imprevisible, sé cómo te gusta el clima para quedarte en casa y cómo para salir. Viajas poco, lees mucho; escuchas música casi todo el día y no te separas del móvil si no es para comer o cuando estás con alguien. Pasas el tiempo sola, despejándote; tu introversión y esa mirada que parece estar llena de recuerdos me enamora, me atrapa, me hace caer en sus garras. No eres cruel por haberme enamorado, soy yo el ingenuo que hizo de ti una trampa y cayó en ella. Mi sufrimiento es voluntario.

Cuando me enamoro, la única precaución que me encargo de tomar es que la persona en cuestión nunca sepa de mis sentimientos. Me los guardo y, si me la cruzo por la calle, la ignoro, hago como si su existencia fuera lo más banal del mundo mientras por dentro mi corazón comienza a palpitar más rápido. No te equivoques. Si estás leyendo esto no es ninguna casualidad. Yo te quiero y es esta maldita superficialidad la que me impide decirlo abiertamente porque no quiero parecer alguien que depende emocionalmente de otra persona. Nadie debería saber que tu sonrisa me saca de órbita, que me hace mirar estrellas a plena luz del día, que, si quiero saber que va a ser un buen día, lo esencial es verte y saber que estás bien, que te veo en cada poema, en cada cita, que te necesito.

No se lo digas a nadie, no le digas a nadie que eres importante para alguien, que existe quien te admira y te desea; que existe quien ha pasado más tiempo estudiando tus gestos que leyendo libros sin encontrar en ambas acciones ninguna diferencia, que me encantan tus ojos cuando miran y encuentran belleza en las cosas que nadie más advertiría, que tú eres eso que se hace y que no se explica, que existe y nadie cuestiona, que mata e inspira a vivir. No sé cómo lo haces ni quiero que dejes de hacerlo. No quiero que acabes con ese círculo vicioso con el que sales de la pequeña rutina de hacerlo todo a tu manera. Nunca.

Eres tan libre como las hojas que caen del árbol cuando saben que ya no tienen nada que hacer ahí. Vas y vienes y siempre lo haces todo bien, incluso el estar triste, porque tu tristeza también es hermosa. Quebranta, apaga la luz del cielo, hace, del resto de gente, figuras sin

rostro y cuando te miro, tan comprometida con tus lágrimas, no puedo evitar sentir que mis razones para ser feliz se convierten en un mito. Todo esto hasta que te limpias la cara, te vuelves fuerte, te levantas y sales y luchas contra la vida. Me encantas así y de todas las formas. Hasta tus enojos inspiran poemas. Tus caprichos de niña y esa ternura que viene a formar parte del decorado de tu personalidad también son puentes hacia el amor.

Sé también que no soy el único que desearía que le dirijas la palabra. Y, si lo soy, sería lo más absurdo. Vamos, ¿a quién no se le ocurriría fijarse en ti y en lo que haces? Debe haber más dispuestos a cruzarse en tu camino y tú pasas de todos porque, además, eres inteligente y sabes que no mereces a cualquiera. Que el paraíso que escondes en tus brazos no los merece quien no sea capaz de hacerte llorar de risa, ni quien no consiga hacer que le cuentes secretos por voluntad propia. Sé que no soy el único al que no le molestaría vivir contigo por toda una vida, pero por lo pronto quiero pensar que soy el primero en escribirte todo esto. Que me dejas pensando demasiadas horas si te veo sólo por minutos. Que lo sepas, y que no lo olvides: cuando te miro me convierto en alguien que recupera la fe en el mundo.

EL MEJOR TIEMPO DE TODA MI VIDA

Lunes 7 de noviembre, 2016

Porque si se trata de ti, debo admitir que antes yo he sido más reacio. Créeme. Cuando se trata de ti mi estabilidad tambalea, se crean ciertos temores y algunas fortalezas dejan de ser tan firmes como antes. Hace tiempo que me he dado cuenta de esto, sólo que no te lo he dicho por temor a que te aproveches y vengas cualquier día a reducir estos escombros a polvo. Antes era capaz de ser feliz sin pensar en alguien; la soledad me veía, se acercaba y pasaba de largo. De vez en cuando también se quedaba, pero sin hacer ruido.

Estar sin ti es como haber estado todo el tiempo caminando sobre las nubes hasta que te vi y, antes de tomar otro rumbo, me sorprendí dirigiéndote la palabra, queriendo conocerte a fondo, y te exploré tanto, hasta descifrar tus silencios, y comprender finalmente que eres de esas mujeres con las que uno podría soñar toda la vida, pero un soñar distinto, un soñar de verdad: con los ojos abiertos. No sé decir con certeza qué fue lo que hizo que me quedara. Al verte pensé: «es una más», pero después tuve miedo de perderte.

De ti ahora sé que hasta en tus días malos eres hermosa. Guapa como la luna abriéndose camino en la noche. Sensual como la lluvia acariciando el cristal cualquier domingo. De ti guardo un álbum de fotografías que nos tomamos el día de nuestro primer beso, en aquel sitio donde también aprendí que el amor eras tú todo este tiempo. Te quise como se quiere a alguien con quien se espera cumplir todos los planes que no funcionaron con ninguna otra persona. Quise hacerte posible, reinventar contigo el calendario, agregarles meses a los años, cambiar las estaciones y mantenernos juntos dentro de las horas. Me mirabas y yo decía: «Aquí me quedo», señalando tu boca. Y entonces tus labios… tus labios simétricos y lúdicos, brillaban como estrella que ilumina todas las galaxias.

Estás hecha de fuego, de frío y calma, de sueños y advertencias. Eres peligro y yo el suicida que ha soñado tantas veces con besarte los silencios y hacerle el amor a tu sonrisa. Si te quedas te prometo que voy a quererte hasta cambiarte la vida, aunque yo no sea de promesas y tú tampoco de correr riesgos. Y aun así, has dado pasos agigantados en lugar de limitarte a caminar despacio, porque has sido rauda y persistente, y no sabes lo bonito que es saber que alguien ve en mí lo que yo ni siquiera sabía que tenía. Si te quedas le aumentaré horas a la noche, te buscaré constelaciones en la espalda, te besaré detrás de la oreja, crearé galaxias con un abrazo. Eres la promesa más valiosa que me han hecho, y no quiero perderte, así que seré fuerte, seré

valiente, porque no mereces a un cobarde que se esconde detrás de mil pretextos. Seré más que un poeta para ti, escribiendo en tu cuerpo aquella poesía cuyo lenguaje sólo tú y yo entendamos. Y digan lo que digan, estoy seguro de que contigo viviré el mejor tiempo de toda mi vida.

MÁS NIÑO Y MENOS ADULTO

Sábado 3 de diciembre, 2016

Querida Nadie:

Hace tiempo no te escribía. Necesitaba que supieras que estoy bien, y que el oasis que tengo delante de mis ojos ahora mismo, se ha secado con la demasía de calor, de indiferencia y, sobre todo, de errores míos. En estos últimos días creí haberte encontrado, ¿sabes? Ella también tiene constelaciones en el cuerpo, aunque, claro, qué va a saber de universos. Tú incluso tienes una forma de caminar única. Y no hablo en un sentido literal, hablo de tu forma de proceder a las cosas. Calculas, planeas, ejecutas. Y sea cual fuere el orden en que lo haces, siempre lo haces bien. Tu forma de caminar, de vivir, y bueno, todo lo que tienes es lo que te hace diferente al resto. Por eso es que me siento culpable por haberte confundido. Es que, en mi interior, ahí donde habitan las cenizas que dejó el incendio, esperaba que fueras tú. De verdad lo esperaba.

La última vez que te escribí tenía diecisiete años aún. Quiero pensar que recibiste la primera carta de parte de un niño o de alguien que apenas estaba aprendiendo a ser adulto. La diferencia con el que soy ahora sólo está en la edad, porque le sigo teniendo miedo a los espacios cerrados, a menos que estén oscuros, pues en el resto de cosas he cambiado. Antes creía más, me entregaba más, moría por vivir contigo. No, no es que haya dejado de quererte, es que he estado averiguando qué es eso que muchos catalogan como amor propio y que dicen que me hace falta. De mis pesquisas no tengo mucho que contarte: no le he hallado diferencia con aquel hermetismo egoísta de quienes miran por sí mismos antes que por los otros. Eso ya lo tengo, aunque una vez que me enamoro, los papeles y la jerarquía de mis prioridades cambian enormemente.

Lo que te espera conmigo es una vida de esas que pueden encontrarse en libros, en especial en esas novelas melodramáticas de amor y tragedia, de magia y silencio, de luces y figuras que decoran el resto de la historia. No puedo darte lo mejor, pero sí todo lo que tengo o, al menos, mi parte buena, esa que todavía te espera y que cada día se encoge por exceso de daños y por falta de motivos. Una vez que estés aquí quiero demostrarme a mí mismo que puedo amarte como sólo puede amarse una mujer como tú: con ganas, ímpetu, determinación y mirando siempre hacia delante.

Sé que si llegas lo sabría. Te reconocería al instante y me dirás lo que tanto tiempo he querido oír de alguien. Sólo espero no

equivocarme, aunque he pensado también —y con una triste resignación— que quizá mi mayor muestra de amor sea dejarte y que tú encuentres tu camino, entender que por muy ideal que fueras para mí, tu lugar simplemente no es a mi lado, entender que estás hecha para el viento, y que esperar que te quedes —o al menos, que llegues — es ir en contra del amor que digo tenerte. Y, eso, que estoy muy triste porque temo haberte dejado pasar sin darme cuenta, o que ya te haya encontrado y haber jodido las cosas, eso también pude haber hecho sin querer. Puede que quizá no estemos destinados a estar juntos. Creer en el destino cuando se sabe que puede ser cruel es como disponer la cabeza bajo la guillotina esperando a que a nadie se le ocurra soltar la cuchilla...

Quería decirte que mis sueños contigo siguen intactos, las que se van acabando son mis ganas de cumplirlos o, mejor dicho, mis fuerzas. Me he dedicado a otear por una mirilla distinta de la puerta, he encontrado un cristal de un color que nunca he visto y todo a través de él se pinta de un peculiar tono de rareza. Lo que conocía antes, lo que creía, lo que tenía por convicciones se van reemplazando por cosas abstractas, aunque en su mayoría se esfuman. Así que sigo siendo el de hace dos años, pero incompleto. Me falta tanto aprender a quererme, saber lidiar con ciertas metas incumplidas, con los fracasos que colecciono de mis empeños por seguir adelante, aprender a ver a las demás personas como lo que son y no como el peligro que me representan. Me falta aprender a arriesgarme de nuevo, a no evadir responsabilidades, a ser más directo y sincero conmigo mismo. Lo poco que me queda lo guardo para ti, porque espero que puedas multiplicarlo y volverme aquel chico lleno de ilusiones y sueños, más niño y menos adulto. Sabes de lo que hablo.

No tengo más que contarte por ahora.

Por estos días, tan oscuros y escabrosos, donde la muerte y la tristeza rondan armadas hasta los dientes, la única paz que encuentro es esa que aún Dios me permite, pese a todo. Si quieres llegar antes de lo que planeas, te lo agradecería, aunque sé que todo es mejor a su tiempo y que todo tiene un orden que es recomendable seguir. Sólo te diré que, cuando sea el momento y decidas venir a por mí, leas esta carta de nuevo. Aquí encontrarás el modo de encontrarme.

Tuyo siempre,
Heber

UN DÍA QUE NUNCA EXISTIÓ

Viernes 2 de diciembre, 2016

He vuelto a soñar contigo. Nos estábamos alistando porque era un día especial, ¿sabes? Te veías preciosa. Yo todavía estaba asimilando el hecho de volver a vestir un smokin luego de tanto tiempo; me sentía tan extraño como emocionado. Estábamos en la ciudad de tus sueños y decías que era tal como la habías imaginado. Fuimos a recorrer sus calles antes de que llegara la noche, porque esa noche nuestras vidas iban a cambiar para siempre. No era un cambio de esos que nos asustaban, sino un cambio bueno, de esos que se aceptan e, incluso, se desean. Luego, cuando la tarde fue tornándose más oscura, decidimos poner fin a nuestro recorrido turístico por aquel día. De los momentos que siguieron conservo únicamente imágenes que se encienden en mi cabeza como destellos de luz, y en las que te ves arreglándote o, mejor dicho, cambiando de atuendo y de peinado, porque arreglada ya estabas. Tú siempre estás arreglada.

Luego vi a un ministro sonriéndome con afecto paternal. Los invitados ya estaban ahí; el lugar estaba lleno. Y después, apareciste tú, portando mi futuro en tu sonrisa. Mientras avanzabas, tomada del brazo de tu padre, alguien de entre el público, al ver mi modo de mirarte, comentó en un tono casi filosófico: *«no ha existido en la historia una novia más hermosa a los ojos de su prometido»*, y no pude negarle la razón.

Cumplido el prolegómeno —de la entrega de la novia por parte del progenitor, de los anillos, de la dedicatoria de nuestros votos—, estrené mi nueva vida contigo con un beso, sin siquiera esperar la orden del ministro, aunque aquello era lo único que faltaba. La música y los aplausos comenzaron a sonar, y pude ver a varias mujeres, entre ellas nuestras madres, que lloraban de emoción. No podían creerlo, y la verdad es que yo tampoco. El tacto de tus manos era tan real, o al menos así lo sentí, como si por algún sortilegio bendito aquello no hubiese sido un sueño, sino más bien la recreación perfecta de un momento que pudo concretarse y pasar del plano abstracto al concreto.

Recuerdo que las fotos vinieron después. Nos tomamos muchas con tanta gente cuyos nombres resbalaban de mi memoria, pero que me habías presentado anteriormente. Aquella noche hicimos del mundo un universo y nos pusimos en el centro.

Me pregunto si ese es el futuro que nos espera. He tenido el mismo sueño tantas otras noches, y en todas las versiones de aquel suceso que sólo ocurre mientras duermo, tú brillas. Brillas y parece

que la poesía ha encontrado el cuerpo perfecto en el que personificarse. Me pregunto también si estarías dispuesta a vivir aquel sueño conmigo o, mejor: realizarlo. La verdad es que pensar en cómo sería todo hace que viaje tan lejos en tan poco tiempo. Tanto al futuro como al pasado. Al futuro porque planeo y organizo desde ya lo que me gustaría que sucediera, y al pasado porque puedo ver todos los sucesos que anteceden a aquel momento hasta ese punto, hasta donde tú dices que sí y el resto aplaude. ¿Me explico? Que puedo tener un pasado o un futuro cualquiera, pero el presente sólo lo quiero contigo. Y hacer de mi presente un instante que exista mientras lo vivamos, mientras seamos capaces de sostenerlo con miradas y sonrisas cómplices, de esas que se dedican dos que saben lo que tienen y deciden cuidarlo, como diciéndose que están dispuestos a jugársela por el otro, y que hacen del riesgo un chiste para niños y del amor una cama de matrimonio.

Es cierto que sólo fue un sueño. Es cierto que antes de soñarte intentaba ya olvidarte. Es cierto que todo eso sucedió sólo en mi cabeza. Pero también es cierto que, secretamente, esperé a que tú hubieras soñado con lo mismo, y que mi anhelo más preciado estuviera más a mi alcance de lo que hubiera imaginado. Me pregunto cómo es que me pasan estas cosas justo cuando quiero alejarme, pues llega un sueño que hace tambalear mis convicciones y vuelves, vuelves a ser la chica que quiero. Vuelves a hacer tuyo el protagonismo de mi vida, el centro de lo que escribo. Pero finalmente desperté: eso era algo inevitable. Y la luz del día fue la responsable de disipar aquellos recuerdos de un día que nunca existió.

PARA SUERTE TUYA Y PARA MALDICIÓN MÍA

Martes 10 de enero, 2017

No me digas que este es un estado por el que es normal estar pasando, tampoco me digas que todo pasa por algo, que es como decir que todos los días amanece porque el sol sale, cuando en realidad es la tierra la que gira, pues el sol siempre está ahí. A lo que voy es que yo puedo estar triste sin intentarlo y quedarme así el tiempo que quiera, puedo usarte como puñal y abrirme las venas contigo. Así que no me digas, ahora que estoy triste, ahora que me duele el alma, que mañana voy a reírme de esto, cuando lo que hago es percatarme de las cicatrices que van sanando para abrírmelas el doble. No me lo digas. No tú. Porque eres precisamente la razón. Eres la piedra. No esa con la que tropiezo, sino aquella otra que tengo atada al cuello y que me hunde. Tú, que eres la que apaga todas mis luces, no me digas que algún día se volverán a encender solas.

Querida, has estado ausente cuando más te he necesitado. He tenido que aprender a base de trágicas experiencias cómo sobrevivir a un vuelo sin alas. Te he echado en falta, aunque tampoco ha sido obligación tuya el estar ahí, el que me dijeras que no todo está perdido y que algo de bueno tendrá que haber bajo todo este desastre. Nunca ha sido obligación tuya devolverme el cariño, nunca, y por muy doloroso que eso sea, es algo con lo que vivo. Es como cuando ves el atardecer: sabes que es un espectáculo increíble, pero eso no evita que tarde o temprano acabe y reinará la oscuridad. Pues lo mismo, quererte es increíble y el que me quieras lo es aún más, pero sé que sólo dura lo que tienes de tiempo libre y luego, la noche.

No entiendo al amor cuando se pone en el plan de dejar a uno cargando el cariño que es de los dos. Cuando uno falta, el equilibrio se contrapone, flaquean las bases y la caída es inevitable. Sencillamente es algo que está fuera de mi alcance entenderlo, o entenderte, como tampoco entiendo cómo es que pretendías que fuera feliz estando tú a varios escalones por debajo del sótano de la indiferencia. Cómo. Porque ser feliz, para mí, depende de la falta que evites hacerme.

Te quiero pero ya no sé. Y el no saber es lo peor que puede pasar cuando se quiere a alguien. Es horrible entrar en esa duda. Me quedo en mitad de algo que nunca entiendo. Y mientras más busco respuestas me doy cuenta de que más me hundo, que es lo que mejor sabe hacer una piedra tan grande como tú: ahogarme.

Hoy quiero decirte que, aquella mitad de mi vida que te pertenecía, la he convertido en la mitad de mi vida que le debo al mundo. He echado atrás muchas cosas, entre costumbres, sueños y

planes, y las he suplantado por egoísmo y toda la frialdad que puede permitirse alguien que se ha cansado de besar el filo de la navaja. Hoy quiero decirte que no, no me he vuelto más fuerte ni tengo ideas distintas. Porque sé que buscar a otra significa resignarme a no encontrarte, así que ahora no busco, porque además, aunque la encuentre, tampoco va a quererme. Me he cansado, sí, de demostrarte que estoy hecho de todo aquello que al resto le falta. Que he cambiado la mitad de mi mundo por la mitad de tu sonrisa, y que la otra mitad la guardo por si luego me pongo tan triste que se me dé por querer recordar la felicidad a través del resto de tu boca. Me he cansado de ser el que procura entenderte, porque eso ha terminado por darte igual, y no se puede vivir al margen de recibir rechazos a cambio de abrazos.

Así que te deseo a alguien que te dé lo que esperas encontrar en una relación. Quizá una mentira a la vuelta de la cama, o la fotografía de otra en su billetera. Quizá alguien a quien le dé igual que lo quieras, alguien que te pese a ti con la misma balanza que usa para pesar al resto. Alguien que se vaya cuando lo vea necesario, porque creo que es lo mismo que tú harías. Yo no me voy a preocupar por encontrar a quien merezca todo esto que ahora rechazas, porque, para suerte tuya y para maldición mía, yo ya no tengo nada que ofrecerle a nadie. Te lo has llevado todo. Y espero que estés contenta.

No me digas que saldré de esta, cuando eres tú la que me ha metido aquí. No me sonrías y luego te vayas, aunque sé que lo mejor hubiera sido que nunca hayas venido, para evitar conocer esa sensación de frío que da el ver la felicidad marcharse lejos. No me digas que lo sientes, que también te duele y que no sabes cómo lidiar con todo esto. No me lo digas. Sólo quédate callada, entiende que no voy a curarme, abstente de hacer preguntas y acepta el silencio que te doy como respuesta. Por primera vez no me contradigas, no cuestiones, no vengas a darme las lecciones que no te he pedido, ni a prometerme cosas que se cumplirán cuando no estés. No lo hagas. Sólo guarda silencio, que de clavarme el puñal hasta el fondo me encargaré yo. Y de sacarlo a la fuerza también. Tú sólo observa y, antes de marcharte, recuerda llevar contigo el amor que me trajiste, no voy a quererlo ni como recuerdo. Es de esos que nunca duran.

HASTA PERDER LA CONCIENCIA

Viernes 20 de enero, 2017

Últimamente me han estado haciendo daño tantas cosas cotidianas. Me pesa ver las sonrisas de quienes amo y pienso constantemente en dejar de publicar lo que escribo, aunque haya prometido lo contrario. Si no lo he hecho es porque me ato a las promesas aun si el hacerlo me hunde, así de sencillo. No espero que alguien lo entienda. Escribir y vivir en mi caso nunca van de la mano y eso va más por decisión propia que por regla general. Peor que saber qué falla en tu vida es quedarte cruzado de brazos, formando parte del problema. Quizá sigo el consejo de mi conformismo, como también puede ser que oigo cuando mi desidia habla. El primero hace que asimile lo que venga y prosiga, el segundo que mi indiferencia carcoma lo poco de bueno que hay aún en mi vida y yo me quede mirando como si el ver caer lo que construyo fuese el espectáculo más entretenido.

También me siento triste. Y lo peor es que lo hago por cualquier cosa. Siento mi cabeza a punto de explotar casi todo el día, quizá por lo mismo que en lugar de expresarme decido callar y sea esa presión la que después desata una desesperanza que me impulsa a abandonarlo todo. No hablo de esto en mis textos muy seguido porque es algo que no hablo ni con las personas más cercanas que tengo.

Alguien me dijo una vez que debería ampliar mi círculo social, pues desde hace tres años, prácticamente, es el mismo. Lo que no sabe es que el tiempo ha ido desapareciendo mi facilidad de interrelacionarme como antes, con esa capacidad de inspirar la suficiente confianza como para que la persona a quien le dirija la palabra no se pregunte qué quiero con ella o tenga ganas de salir corriendo de buenas a primeras. Soy muy callado, serio y si sonrío o hablo únicamente es porque lo que tengo que decir realmente es importante. Todos los días intento entenderme un poco más allá de lo que ya lo hago y todas las noches resulto más perdido de lo que ya estaba. Cierro los ojos en una habitación cuya privacidad no existe y pienso que quizá la solución no sea salir, sino crecer dentro de este círculo vicioso. Una iniciativa lógicamente absurda, porque es imposible mantenerse en pie sobre el agua.

Pienso que quizá no necesito amor ni esas cursiladas, quizá no necesito más amigos. Quizá es que no me falta nadie, quizá soy incompleto por naturaleza. Quizá no hay ningún tren que venga a por mí, quizá me tocó ser el espectador de la felicidad de otros y lo que me cuesta sea el no acostumbrarme del todo a mi papel. Cuando quiero salir a por lo que deseo, una voz en mi interior me frena en

seco, susurrándome: «ni se te ocurra, no estás hecho para eso». Mi miedo constante, precisamente, es que al verme, mi sueño y más grande anhelo, se decepcione de aquel al que le tocó realizarlo. Será por eso que le tengo demasiado miedo a las relaciones tanto sentimentales, fraternales o filiales.

O quizá no sea miedo, sino indisposición, una especie de indiferencia que no nace del odio, simplemente del rechazo que se basa en un nulo ánimo de compromiso, porque me cuesta mantener amistades y no quiero vivir atado a nadie. Es entendible y hasta necesario que el resto no piense como yo y que en esa discordancia sea yo el que deje escapar de sus manos algo que, como siempre y como todas las cosas que pasan en mi vida, venga sólo a hacerme feliz un par de minutos para luego irse, aunque al irse siga conmigo y aquel par de minutos dure más de un año. Porque si hay algo que también me jode es el que recuerde lo que me hace daño y nunca lo realmente necesario.

No soy bueno para los estudios, especialmente para retener cosas relacionadas con números, esa es una aversión que tengo desde que mi propio padre me obligó a meterme en la cabeza las clases de matemática de mis primeros años de secundaria. No me gusta la biología cuando se trata de memorizar un sinfín de nombres, ni la física cuando aparecen los números para explicar ciertos movimientos, ni las reacciones químicas graficadas en símbolos, ni la lógica cuando lo escrito se simboliza y sea una regla la que rige las respuestas. Me gusta lo teórico, la historia, la gramática, el estudio en general; me gusta aprender siempre y cuando no se trate de aprender algo que no quiero y mi conocimiento no se mida con base en un promedio. Desde pequeño he sido malo en aquello que más peso tenía ante los ojos y el buen juicio del resto, pero me desenvolvía mejor en aquello en lo que nadie vio algo de provecho o de futuro. Hasta hoy, esa situación no ha cambiado y mi amor por el arte se traduce como hermetismo al resto de ciencias, cuando no es así. ¿Cuál es el problema real, entonces? Seguramente mi inclinación a desencajar. No soy un incomprendido, simplemente soy un «no-aceptado», porque estoy seguro de que, si me abro ante alguien de confianza, me comprendería perfectamente pero no me apoyaría en lo que elija. Y tampoco me preocupo porque sea diferente.

En el silencio que guardo se esconden más palabras que en todos los libros que he publicado. Ese es otro sueño que me mantiene despierto: el por fin publicar mi tercer libro. Algún día podré escribir lo que siento verdaderamente. Me dedico a crear poemas que hablan de todo lo que el resto quiere leer, lo que me hace culpable de haber roto la regla de todo escritor auténtico: escribir por y para uno mismo. Aquella infracción es una especie de escudo o espejismo, porque

siempre he sido de hablar de lo que sea y restarle importancia a lo que realmente pienso, aunque después ande diciendo que escribir es un refugio. Mi propósito siempre ha sido el no hacer que las personas que quiero carguen con algo que sólo debe hastiarme a mí. Me paso el día pensando en qué escribir y en mi cabeza se desenvuelven un montón de historias y escenas que nunca llego a retratar. Curiosamente, aparecen más cuando estoy haciendo cualquier cosa y casi nunca en el momento que tengo oportunidad de estar frente al ordenador y desenvolverme.

Si escribo lo hago casi siempre en tono triste y hablando de alguien que se fue. Lo irónico del caso es que cuando me ocurre algo que me hace sonreír por más de un día seguido nunca lo menciono, y ese alguien que supuestamente se fue, en realidad nunca vino. Ello le da paso a una frustración interna, el de ser y existir y en el proceso decepcionar a todos. No soy lo que mi padre desea (él hubiera matado por un hijo más ambicioso, deportista, amante del comercio o un ingeniero civil, en lugar de un artista que vive de sueños y letras que no granjean un céntimo a la casa y cuyo futuro es un precipicio a la dependencia económica de otros), tampoco lo que esperan mis amigos, mis familiares o mi musa, que más que quererme lo que ha hecho es soportarme. Y en el no alcanzar lo que quiero, o querer algo que no alcanzo, es que me quedo triste. Escribo cosas que a todo el mundo enamora menos a quien deseo, y es por eso que no me gusta casi que me halaguen de un modo más personal, como cuando dicen que soy capaz de llegar al corazón de una mujer demasiado rápido con mi forma de hablar o de ser. Mi situación sentimental pasada y actual demuestra todo lo contrario.

Hoy no intento ser poético, hoy intento ser real. Como dije, no para que se me acepte, pero al menos para que se me entienda, y hablo de entenderme a mí mismo, vamos, porque no vivo del resto, y porque sólo puedo aceptarme cuando me cuento, con lujo de detalles, mis propios defectos y mis miedos. No he construido las metas más altas del mundo, ni me apego mucho ya a quienes me quieren, porque si me conocieran más allá de lo que muestro o incluso de lo que les cuento, también se irían. Y no les culparía en absoluto. Si yo fuera alguien completamente distinto al que soy ahora, también me alejaría de mí.

Es cierto que soy lo que quiero, pero estoy cansado de sentirme así. Contradictorio. Estoy cansado de tener dos voces en mi interior y que ambas voces tengan la razón. Me he cansado de llorar a escondidas, de terminar el día sin haber hecho algo nuevo, de comenzar otro arrastrando el cansancio del anterior. Estoy harto de estar enfermo, de tropezar siempre con lo mismo, de ser rencoroso y acordarme sólo del daño, de querer ser otro y al mismo tiempo amar

quien soy. Estoy harto de que lo que más desee sea una chica y que ella nunca se quede, harto de escoger a la que no me escoge, harto de pretender ser feliz de camino a un túnel sin luz ni salida. Estoy harto de que otros vean en mí al escritor y no al que soy realmente. No soy el hombre ideal ni el príncipe en su corcel, tengo de detallista lo mismo que tengo de caballero y ambos los perdí de camino al poeta en el que me he convertido; no es que no tenga futuro, es que tendré el que yo elija y el que elija tendrá que gustarme solamente a mí, porque también soy egoísta (salvo cuando me enamoro, ahí ni me reconozco). He dejado de creer en el entregar todo a cambio de nada y ahora lo recíproco es lo que más me importa y, al mismo tiempo, lamentablemente es lo que menos encuentro.

Lo cierto es que, después de ver tantos fallos en mi vida, decido seguir y no cambiar casi nada. Un tanto irónico, como aquel náufrago que se apega más al mar que a la orilla, de lo que prácticamente se trata toda mi vida. Y lo que hago con más frecuencia es huir y olvidarme de ello por un rato, será por eso que una de las cosas que más me gustan de todos los días es la hora de dormir, cuando llego a casa y hago como que me ha ido bien, y voy a la cama a encontrarme con aquellos sueños tan extraños como bonitos.

La mayoría de mis sueños cumplen un patrón que me encanta, y es que puedo ser consciente de que estoy soñando. Y eso, lejos de hacerlos menos interesantes por romper la magia, los hace increíbles, porque tengo la capacidad de volar. Simplemente estiro mis brazos hacia abajo, ejerzo una presión en mis manos y conjuro una fuerza invisible que me eleva, consiguiendo despegar mis pies del suelo. También sueño con que huyo. De algo o de alguien, pero siempre estoy en esas: corriendo, volando, y cuando siento a esa presencia tan cerca, lo que puedo hacer es, literalmente, convertirme en una especie de cuadrúpedo y alcanzar velocidades increíbles. Supongo que es parte de mi fantasiosa mente, pero me gusta. Más de una vez también he soñado con que algún familiar cercano fallece, o que yo estoy en peligro de muerte. Más de una vez he despertado bañado en lágrimas o en sudor, especialmente cuando sufro la parálisis de sueño. Pero todo aquello vale la pena, porque aun si me asusto o si lloro, sé que todo lo puedo solucionar despertando. Y cuando abro los ojos, es ahí cuando la pesadilla realmente comienza, porque de este mundo, de esta conciencia inevitable, no existe escapatoria. Y sigo huyendo aun estando despierto.

En fin. Supongo que debo dejar de escribir ya, porque no quiero extenderme más de lo que ya lo he hecho ni recibir a cambio la lástima de nadie. Ojalá algún día consiga aceptarme del todo. No me odio, es que soy indiferente conmigo mismo, y la indiferencia es aceptable siempre y cuando no se convierta en rechazo. La única

persona que estará conmigo soy yo y conmigo no me llevo bien del todo, sólo me resigno y aprendo a trabajar en equipo por los sueños que tengo y que voy a alcanzar aunque la vida se me vaya en ello, independientemente de que —y hasta deseando que— nadie crea en mí, y procurando serme fiel a mí mismo, o a todos los que soy.

Lo único que tengo son estas esperanzas teñidas de pesimismo y sé que algún día terminaré por matarme. No sería la primera vez, tampoco; he matado a tanta gente, las he sacado desde el fondo de mí, las he convertido en polvo y las he mandado a volar con el viento. Pero hoy sólo quiero volver a casa, echarme en cama después de continuar de leer un libro, y dejar que el dolor de cabeza y los mareos hagan el resto: que yo pueda dormir profundamente, hasta perder la conciencia.

COSAS DE LAS QUE PREFIERO GUARDAR SILENCIO

Sábado 21 de enero, 2017

Hola de nuevo:

Ha pasado tanto tiempo, que parece ayer cuando era mañana. ¿Sabes qué día es mañana? Yo tampoco, pero ha pasado mucho. El otro día estaba hablando con un amigo sobre la importancia de tomar decisiones a tiempo. Él se había adelantado en varias y había tropezado al tomar otras. Pronto será padre y no ha terminado su carrera. ¿Recuerdas a la chica que me gustaba? Una pelirroja y con una sonrisa que enmudecía a medio mundo. Pues te cuento que ya no es pelirroja y que ahora enmudece ya no a medio, sino a todo el mundo. Nunca ha sido conformista, ¿sabes? Eso siempre amé de ella. Escribo en tiempo pasado el pretérito «amé» porque ya no sé si lo hago. Nunca he sido de la filosofía de que uno sabe que ama a alguien cuando ha pasado cierto lapso, porque amar no sólo es algo que se construya, sino algo que se crea, y está a la distancia de una decisión. Yo puedo amar a alguien que no conozca, es un tipo de amor fraternal, no necesariamente sentimental o de pareja, como quieras llamarlo…

Entonces me pasa que decidí amarla cuando sabía que la quería ya muchísimo (vamos, que estaba enamorado). Ella también decidió amarme a su manera y aquella decisión puede suprimirla cuando lo vea necesario, y quiero pensar que esa es la razón por la que las cosas no son las de antes. No sólo porque es ley de vida que cambien, sino también porque puede que ella haya decidido dejar de quererme y no hablarme de aquello. Nunca me ha gustado que haga en silencio cosas que nos afectan a los dos.

Hoy me pregunto: ¿Por qué será que cuando amamos siempre creemos que somos nosotros los que damos todo? A mí no es que me guste exagerar las cosas, procuro mantenerme a raya incluso conmigo mismo, pero es que siempre aparece quien, sin haberte visto nunca, sabe cómo sacarte confesiones que no le has hecho a nadie. Ella me conoce más de lo que hubiese deseado, sabe que tengo miedo de perderla, pero que tampoco hago mucho para ganarme su cariño. Sabe que le basta que sueñe con ella para que cuando abra los ojos me arrepienta del sólo hecho de haber pensado en dejarla. No digas nada, sé que a ella le conviene mil veces dejarme que seguir conmigo, eso es algo que me recuerdo todas —absolutamente todas— las noches.

Hace un par de días terminé de leer un libro al que no le había dado oportunidad anteriormente por considerarlo demasiado infantil y

porque me lo pidieron leer en la primaria, y tú sabes cuánto odiaba leer. Se trata de *«Mi Planta de Naranja lima»*, ¿lo conoces? Había leído toda la primera parte, y hasta entonces la historia me tenía atrapado, así que aquella noche decidí leerme todo lo que restaba de un tirón. Lloré. Y a mares, te lo juro. Fue como si todo lo que no había llorado en los días anteriores se hubiese desatado en aquel momento. Me enamoré de la inocencia de Zezé, de las cosas que le ocurrieron, porque aunque a mí no me pasó nada de eso, entendía muy bien su dolor. Por alguna razón que no alcanzo a comprender del todo, yo me siento muy identificado con lo trágico, con el dolor de otros, aunque fuesen simples personajes de un libro.

No lo sé, últimamente me han estado ocurriendo cosas raras. Tengo el estrés atado al cuello y aprieta fuerte. La soledad me abraza por las noches y me asfixia. Me asfixia, ¿sabes? Y peor en estos días, cuando el verano ha llegado tarde y yo todavía no me he desacostumbrado al frío de antes. Debe ser por eso que he llorado. Me han estado pasando ese tipo de cosas de las que prefiero guardar silencio y la historia sólo fue un aliciente que hizo que desatara toda esa tristeza acumulada en el interior. No dejé que nadie me viera llorar. Mis padres estaban en la sala, mis hermanos también, así que lloré a gusto y aquella noche dormí plácidamente. ¿Sabes qué? Cuando lloro antes de dormir descanso bien, lo que no ocurre con las noches anteriores en las que me acuesto cansado, porque cuando despierto estoy cansado el doble. Sé que es dañino, pero ya sabes lo que siempre digo cada vez que algo me hace daño: «de algo hay que morir».

Te cuento también que ayer tuve una bonita noche. Me había sentado a un lado de la plaza, cerca de las piletas, y vi a una pareja de esposos que llevaban de la mano a una niña pequeña de poco más de un año. La madre, que no debe llegar ni a los treinta, se tomaba selfis con ella. El padre, por su parte, abrazaba y besaba tanto a su hija que por un instante tuve la sensación de que aquel día había valido toda la pena del mundo sólo para ver aquel espectáculo. Tú sabes cuánto adoro a los niños, no me culpes. Ahora, ¿recuerdas al bebé de cabellos rizados que me hizo sonreír el veinticuatro de diciembre? Esa noche apareció una versión suya tres o cuatro años mayor y se puso a jugar con la niña. Los padres de ella miraban sonrientes la escena, enternecidos por aquel acto de interrelación entre dos almas que apenas van conociendo el mundo, hasta que el niño, que se llamaba Diego, fue llamado por su familia para irse. Nunca olvidaré la sonrisa limpia y sincera de la pequeña, cuando su madre le tomaba fotos y sonreía con los ojos entrecerrados y la inocencia bendita.

Hoy he salido de casa y una llovizna me ha dado los buenos días. Me sentí a gusto caminando bajo las gotas y en medio del aire frío.

Desde temprano ya tenía mareos y un punzón constante en la cabeza, cerca de la nuca. Frecuentemente esos dolores y esa sensación de que se mueve el piso se prolongan durante todo el día y aquel malestar me impulsa a mandarlo todo a la basura, a cambiar cosas en mi vida y a soltar otras, pero no puedo porque me prometí a mí mismo luchar y esa presión con la que vivo me hace llorar, como si leyera cien veces *«Mi Planta de Naranja lima»* y todas fueran como la primera vez. Ni siquiera me siento bien cuando escribo, es como si esta magia que al principio era prometedora, se hubiese agotado también y cuando leo mis poemas nunca llego a reconocerme ahí. Recuerdo las palabras pero no el espíritu que las alimenta. Y si quieres que sea sincero, ya no sé cuándo fue la última vez que un texto mío me hizo sentir satisfecho.

Siento ser así de patético cada vez que te escribo, pero te agradezco que me leas, para que sepas lo que está pasando y hagas algo al respecto también. Porque mi vida va por los dos, ¿recuerdas? Dime que sí, que dijiste que estábamos juntos en esto. Perdona que yo me acuerde de ti cada vez que quiero desahogarme, pero es que, como siempre y como nunca, no tengo a nadie más a quien recurrir.

Sé que tú y yo vamos a vernos pronto, hasta entonces guarda contigo los planes y sé un poco más fuerte porque voy a necesitar que me ayudes con esta carga. Vamos a ver juntos la vida y a disfrutar de esa paz que sólo se encuentra en un equilibrio entre dos mundos. Yo dejaré a un lado las discordancias, como cuando te dije que parecía ayer cuando era mañana, y trataré de convertirme en un libro legible porque no quiero confundirte demasiado. A fin de cuentas, a mí también me falta mucho por entenderme.

Tuyo siempre,
Heber

UNA CONDENA POR ADELANTADO

Jueves 9 de febrero, 2017

Sé que lo has sentido de nuevo: te das cuenta de que la quieres cuando te falta más que cuando la tienes. Qué absurdos solemos ser de vez en cuando al notar que el tamaño de un sentimiento es directamente proporcional al vacío que provoca una persona. Un día la conoces, descubres que su risa es una canción bonita y te enamoras de todo el dolor que sabes que te terminará causando. Pagas una condena por adelantado, porque siempre has sido así de trágico y triste. Abres surcos en el cielo, imaginando el día en el que te toque volar; te arreglas bien, te echas aquel perfume que nunca más volviste a sacar del tercer cajón de la cómoda, ese mismo que usaste en la última cita que tuviste con alguien que decidió que no te merecías otro abrazo.

Vuelve a ti, embrujada de malas intenciones: la esperanza. Y tú te llenas de ganas de creer en todas las mentiras con las que tenga intención de acribillarte. Porque sí. Porque a veces uno no sabe si es amor o no, ni siquiera sabe distinguir entre lo que le conviene o lo que le daña, simplemente cree. Y el creer suele abrirte caminos hacia historias que nunca tienen finales felices.

¿Cuál era su nombre? Tenía que ver con la felicidad que nadie vino a entregarte. Era un nombre infantil, aunque ella de niña tiene lo que tú de optimista. Al principio te niegas, pero vamos, ambos sabemos que siempre has caído ante una sonrisa como la suya y más aún cuando eres al único al que se la dedica. Así que, como siempre, te rindes y pasas hablando con ella durante horas, caminas a su lado y por un momento te sientes dueño del mundo. Supongo que nos pasa a todos. Aunque no lo busquemos, aunque ni siquiera lo esperemos, siempre llegamos a ese instante mágico en el que creemos tener todas las respuestas en la mano y soñamos con tener la mano de esa persona en la nuestra, así ella formaría parte de nuestra convicción y, por consiguiente, de nuestra vida.

Entonces te dedicas a mostrarle tus talentos artísticos que te caracterizan —o que adquiriste pensando en ella— para, sino sorprenderla, al menos ganarte su admiración. «Soy dibujante», «a veces canto», «suelo tocar la guitarra», «soy escritor». Cuando llegas a casa te miras al espejo y te ríes de ti mismo. El poeta con cara de necesitado te mira al otro lado del umbral y se encoge de hombros. La culpa no la tiene él, por supuesto. Tú siempre has tenido la mala costumbre de enamorarte de quien no debes. «Es un defecto crónico», le dices al resto en son de disculpa, cada vez que te preguntan por qué

siempre te va tan mal en eso del amor. Luego vuelves a verla con la esperanza de olvidarte de aquel embrollo durante un tiempo, y, entonces, no está. ¿Adónde fue? Las calles de camino a casa no dejan de preguntarte por ella. Desvías la mirada de quienes son felices con aquello que tú sólo estás destinado a soñar. «Ella», piensas, en mitad de un trance casi apocalíptico.

Ella se fue, dejando contigo un camino solitario, un terreno baldío en el que nadie levantará una casa a menos que seas más valiente. Cuántos por ahí, piensas, con la mitad o menos cualidades de las que tienes, siendo más felices que tú, durmiendo con una sonrisa en el rostro, maldiciendo los segundos que faltan para encontrarse con esa mujer que a ti te falta. Cuántos. No necesitas que alguien te recuerde lo solo que te encuentras, eso siempre has sabido verlo por ti mismo y tienes la amabilidad cruel de repetirte a la cara las razones por las que nadie ha conseguido quererte como soñabas. Supongo que el problema tampoco lo tienes tú. Será el mundo, pero te dejaste llevar y la corriente sólo arrastra a quien no hace ningún esfuerzo para ir en contra.

¿Sabes lo que te espera al final del túnel? Espero que sí porque es otra soledad más grande, ya no de aquellas en las que no hay nadie, sino una en la que eres incapaz de encontrarte a ti mismo. Y perder la identidad propia es peor que desear la de quien no te conviene, la de aquel que no fuiste ni serás aunque tu vida dependiese de ello. Qué hacer cuando se tiene un espacio con un vacío permanente en los brazos, una casa en tu interior del tamaño de la Antártida, que cada día crece y en la que cada vez los grados de temperatura descienden. Como tú, al sótano de la tristeza. Luego miras arriba y la ves. Había estado ahí todo este tiempo. Ella ríe como si no pudiera ver el abismo desde el que la saludas. Y tú, silente como siempre, e incapaz de reconocer que cada día te mueres un poco, le hablas con el cariño intacto y sonríes con los pocos dientes que te quedan. Qué bonita se ve, sus labios dibujando el contorno de otra felicidad que se te escapa. Qué bonitos ojos, qué bonito cuerpo y qué caminar tan discreto, presencial y firme. Qué bonito todo eso que se lleva para siempre. Y qué triste tú, alargando tu condena con cada respiro al son de su nombre. Por el amor de Dios, ¿cuándo dejarás de tener miedo?

PALABRAS AL VACÍO

Lunes 13 de febrero, 2017

Querido, amado:

¿Cómo se ve el mundo desde allí? Apuesto que gigante. Esperarás que te diga que no te equivocas, esperarás que te diga que el tiempo nos hace sabios, que te aguarda un futuro lleno de colores, dibujos y lienzos a la espera de que tu pincel les haga cobrar vida. No te equivocas, aunque hay una pequeña gran diferencia, pero de ello te hablaré luego. ¿Cómo van esas heridas? Imagino que ni se notan. Ninguna te ha durado más de tres días hasta que desaparecen incluso las cicatrices. Créeme que te envidio, y no tengas miedo. Te recuerdo todos los días aunque no te escriba casi nunca. Tu sonrisa, tus historietas, tu ilusión por las niñas bonitas y las travesuras que nadie supo que hiciste. Tus miedos y tus sueños, que al contrario de lo que pasa ahora, aquí, de donde te escribo, te diré que hay demasiado abismo.

Aquí las vistas son preciosas, no te diré que no. Tampoco te diré que no vas a llegar lejos y que pasarán cosas que ni soñaste, de esas que te prometen todos los adultos y que suenan demasiado bonitas para ser ciertas. No se han equivocado, es cierto, pero tampoco te han contado toda la verdad. Crecer ahora no es otra cosa que tener la certeza de que lo sabes todo, pero en el fondo, nunca dejas de ser el niño tímido e inseguro. Los raspones en las rodillas no son nada, créeme, con los golpes que recibirás de quienes se supone que iban a cuidarte.

Pese a todo no has perdido la fe, aunque tampoco crees como antes. No, no te convertirás en uno de esos a los que ahora les tienes miedo. No probarás una sola gota de alcohol en tu vida, pero te odiarán por ello y perderás amigos. Serás el raro del grupo, el anticuado; la diferencia es que entonces sonríes y te da igual y ahora no piensas en otra cosa que cambiar por ellos.

Sé que todavía te da miedo quedarte solo en casa, pero te prometo que un día vas a disfrutarlo; y no te preocupes, que papá y mamá siempre van a llegar luego de salir. En once años no les ha ocurrido nada malo, así que deja de mirar la puerta tantas horas y ve a decirle a tus hermanos que los quieres porque piensan todo lo contrario. Abraza a tu hermana mayor y, por favor, deja de ser odioso. Un día ambos comprenderán que el amor nunca se ha ido, aunque no lo hayan visto a tiempo. La niñez se te escapará de las manos, tal como se me escapa a mí la juventud.

Hoy ellos también quieren convencerme de que me queda mucho por delante. Ya ves que no somos tan diferentes. Vas a cambiar de vida en dos ocasiones, reemplazarás las calles por el universo que hay detrás de una pantalla, te encerrarás hasta convertirte en amante de lo monocromático, reemplazarás el lienzo por el papel, el ruido por el silencio; te sentarás a ver el atardecer y encontrarás placer en la tristeza. Dale gracias a papá, porque por él vas a madurar a una velocidad vertiginosa. Depende de ti querer entender cosas que están fuera de tu alcance. Si quieres mi consejo: no lo hagas. Sé que de todas formas terminarás haciéndolo, si no yo no hubiese terminado donde estoy.

Te equivocarás más veces de las que vas a acertar y tu familia crecerá en número. Tu último hermano te llamará «mamá» y lo convertirás en tu favorito para siempre. Vas a cambiar de casa varias veces, de amigos cada año, pero de novia sólo unas cuantas. Todas te dirán que eres lo mejor que les ha pasado, pero no te emociones. No será su culpa. En el fondo tampoco han dejado de ser niñas.

No todo será tan malo, descuida. Vas a encontrar el sabor del cielo en los labios de quien menos lo pensabas —o al menos eso espero, porque aún no me pasa—. Llegará alguien que, con mirarte a los ojos, logrará hacerte sentir como un niño sin importar los años que lleves encima. Despertará en ti ese temblor del alma cada vez que la acaricias, como si todas las veces que vas a tocarla fueran siempre la primera vez que lo haces. Serás dedicado, caballeroso, cursi, romántico, detallista, un maldito enamorado de esos a los que hoy veo por la calle y cuya suerte me dedico a envidiar. Pero no te emociones: aunque esa sea tu aspiración, con el tiempo te darás cuenta de que no vale tanto la pena como creías.

¿Recuerdas que querías ser dibujante? Pues serás poeta. Cuentista. Novelista en ciernes. Sí, terminarás escribiendo esos libros que tanto odias en el colegio pero que al mismo tiempo amas si vienen de mamá, que ahora ya no te cuenta cuentos en las noches pero sigue siendo encantadora. Nunca olvides abrazarla, por favor. Nunca.

Te atraerá el misterio del mañana y recrearás en tu mente todos aquellos chicos que no fuiste. Vas a enamorarte de los giros, de las tramas, y de aquel exquisito perfume que desprende una prosa bien estructurada. Es lo irónico de la vida. También sufrirás en silencio y gritarás lo feliz que eres. Alguien te tapará la boca y, después, tanto las alegrías como los derrumbes serán internos. Serás el salvavidas de todo el que llegue a ti, mientras te ahogas con todo aquello que no dices. Aprenderás a verte en las personas y muy pronto olvidarás que tú también importas. Te van a querer chicas que ni conoces y conocerás a chicas que ni te quieren. Buscarás respuestas, pero no desesperes, que tarde o temprano llegan. Y terminaremos por

comprender que la vida es bonita aunque esté llena de grietas.

No tengas miedo de lo que te digo. Si estoy aquí es porque habrás aprendido a sobrevivir. Tú siempre has sido más fuerte de lo que crees, porque las almas viejas siempre rejuvenecen. Vas a ver, confía en mí (a fin de cuentas siempre has preferido confiar en ti mismo). No te quitarán los sueños, te darán unos distintos, y pondrás empeño en cumplirlos todos. Ya estamos a puertas de ser mejores. Y cuando llegue el día en el que te toque conocer al dolor cara a cara, recuerda que nadie ha ganado un partido de fútbol echando la pelota fuera de la cancha.

Nadie te lo va a decir en varios años, así que aquí lo tienes: yo creo en ti y, pase lo que pase, nunca estarás solo. Tus fracasos y tus triunfos van a ser nuestros. Sé constante. No será fácil, ya te lo dije, pero al menos ya sabes que podrás salir ileso. No pierdas tus ideales, que a mí se me cayeron varios por el camino. Agárralos con todas tus fuerzas. Y sigue avanzando.

QUERERTE DESDE LEJOS

Domingo 19 de febrero, 2017

Odiaba aquel sitio. La música alta, las vistas a la playa, el café descolorido y las paredes teñidas de ausencia. No hay nada más triste que querer hablarle de ti a alguien y no hacerlo porque ni siquiera yo sé lo que quiero oír al respecto. A veces, en el mismo lugar donde aprendí a amar a tu lado, otra mujer venía, paseaba, y yo aprendía a odiar por segunda vez. Me sentaba, cansado, y me preguntaba de qué, pero es que los recuerdos saben pesar demasiado y yo era muy débil. Está bien, lo sigo siendo. Dormía casi el doble de lo que acostumbro y soñaba con que regresaba a aquel sitio, a oírte cantar y sacarte a caminar por las orillas de toda una vida. Oía tu risa al cerrar los ojos, pero cuando los abría comprendía que sólo era una chica cualquiera, a la que terminaba poniéndole tu nombre y a la que también echaba de menos cuando se iba.

No me extraña que el dolor mental haya terminado convirtiéndose en un martirio físico. La presión en mi pecho y los constantes zumbidos terminaron por convencerme de que aquel era un descenso a la locura. Si estoy loco por buscarte, a mí eso no me importa. Peor que estar loco porque me faltes es tenerte y actuar como si no me inspirases a saltarme más de una regla. Te he recreado a solas y en silencio. Te he imaginado volviendo para quedarte, desmintiendo la tragedia, diciéndome que todo está bien y que aquella mala noticia resultó siendo un chiste de mal gusto. No me culpes. Una de las cosas que más me cuestan asumir hoy es entender que nunca más volveré a oírte decir cuánto me quieres.

Decidí expandir mis horizontes, porque algún iluminado me dijo que eso funcionaba en este tipo de casos. Poco sabía yo entonces que querer escapar de ti no era sino otra forma de regresar al mismo sitio donde te perdí una lejana noche y donde los recuerdos caben demasiado bien para convertirse en pesadillas. Desde entonces, cada vez que te sueño, lucho por no despertar sabiendo que lo único que siguen dormidas son mis esperanzas. Las cosas más felices y tristes de mi vida, me he dado cuenta, suceden siempre en las noches.

No he dejado de preguntarme cómo hubiesen sido las cosas hoy si no me hubiese negado a acompañarte, si no le hubiese puesto demasiada importancia a lo que hoy veo como una tontería. Es verdad que me arrepiento, pero de qué sirven los arrepentimientos cuando las cosas ya están hechas y no hay vuelta atrás que valga.

Quién va a venir a decirme que ya no te espere, o a quién le haré caso por fin después de tantos intentos. Quién va a quitarle a mi boca

la costumbre de resbalar por tu cuello. Quién va a poder curar la soledad de mis manos acostumbradas a tocarte. Cómo podré sacarte si te llevo a todas partes y acabo odiando cada maldito sitio que se ha aprendido de memoria nuestras visitas, nuestro horario interminable de abrazos sin despedida, de roces sin disculpa...

Lo último que he querido es ir a verte dormir en aquel lecho de flores muertas. No lo soportaría. Yo he decidido quererte desde lejos, y espero que puedas perdonarme.

UNA MIGRAÑA PASEANTE

Lunes 20 de febrero, 2017

Hoy regresé a casa dando un paseo. Me acerqué, como no lo hacía hace varias semanas, a la Plaza de Armas, pero esta vez no me quedé mucho tiempo. Es increíble la cantidad de historias que se encuentran entre la gente. Cuando las observas e indagas en aquel espejismo de gesticulaciones, expresiones, palabras y su manera de caminar, no puedes evitar convertir todas aquellas piezas en una sola y encajarla en el contexto de tu pensamiento. Puedes ver la felicidad que reprimen, su mente viajando a mil kilómetros de allí y un abismo de tristeza sin fondo que se abre en quienes el brillo de sus ojos ha desaparecido. No es sino hasta que un rayo de inspiración te roba un suspiro que comprendes que has podido ver en ellos todo lo que habita en ti si alguien dedicara el suficiente tiempo a conocerte.

La soledad te hace ver al resto tal como te ves tú. Te conoces a través de las personas y aprendes a aceptar que, por enésima vez, la tristeza nunca se ha ido, sino que simplemente ha decidido acariciarte en lugar de arañar; susurrarte en lugar de gritar; pasear por tu mente en lugar de destrozarlo todo a golpes. Miras alrededor y, claro, cómo iba a irse. La felicidad acompaña sólo a aquellos que son capaces de buscarla. La gente sigue su curso, viviendo una vida que tú has querido ver pero que tal vez nunca había estado ahí.

El cielo estaba atiborrado de nubes negras. En ese estado de desánimo y escasez de sueño, de exceso de cansancio y mareos que, en lugar de hacerme ver el doble, me hacían verlo todo por la mitad, seguí caminando a través del gentío que se iba a cualquier —y al mismo tiempo a ninguna— parte. Le devolví el saludo a más de un desconocido, acompañé sin querer a una chica de cabellera clara con la que parecíamos coincidir con el compás de nuestros pasos y me detuve a recobrar el aliento en cada esquina, oteando hacia ambos lados como si temiese que alguien me estuviera siguiendo. Crucé varios semáforos en rojo y, en una de esas, un conductor decidió evitar pisar el freno. Yo aminoré el paso, pensando que por fin la muerte venía con su abrazo en forma de estampida, pero a último momento el vehículo en cuestión se detenía a escasos centímetros de mi cuerpo y me dejaba pasar diezmándome a su vez con una escandalosa orquesta de claxon.

Llegué a casa y lo primero que hice fue beberme un vaso de agua. El calor me llevó de la mano a la ducha, donde procedí a quitarme el sopor de encima merced a un buen baño, el cuarto que tomaba en el día. Cerré los ojos y dejé que el agua me cayera encima lentamente,

acariciándome con manos frías. Era cierto eso de que la tristeza hace al observador y que el que observa más de lo que habla por lo general nunca comparte lo que piensa. Una de las razones de mi soledad es esa. Con este pensamiento me dirigí a la cama, la única, sin contar a mis padres, que me espera siempre con los brazos abiertos, y me dejé caer, ya un poco desprovisto de esa migraña a la que estoy desgraciadamente acostumbrado.

Pero todavía no estaba tranquilo. Supe que tenía que hablarle de todo aquello a alguien, así que he terminado por escribir esto.

ESE QUE FUI CONTIGO

Lunes 13 de marzo, 2017

He abierto las cortinas y una luz metálica se ha filtrado desde el exterior. Me he puesto a adecentar este cubículo en el que vivo desde siempre y del que intentaste sacarme. El desorden que dejé sólo se ha incrementado. He encontrado los muebles y las mesas cubiertos por una capa de polvo, la pintura de las paredes deshilachadas como piel de serpiente, las baldosas desencajadas, dispersas de su sitio original y los objetos de los estantes más pequeños, como si se hubiesen encogido con el tiempo. Extrañaba esta aura de melodrama, la de una soledad mordiente, que adoquina mis sueños cuando cierro los ojos y procuro encontrarme contigo. Pero no estás. Adónde te has ido, a veces quiero pensar que me es indiferente, pero no lo es. Esta casa poco a poco vuelve a ser lo que era, pero le sigues faltando tú. Faltas entre los libros, en mis rincones predilectos de esta casa con habitaciones de sobra, e incluso en las sombras que se proyectan a medida que el sol despide sus últimos rayos de luz durante la tarde. Sin embargo, siempre te encuentro en las canciones que oigo a solas, como recordando un pasado en el que todo se veía más claro. Los sillones, las mesas, los estantes vuelven a tener la pulcritud de antes de mi escape a tus brazos.

He visto el primer atardecer a solas, pero, si quieres que te sea sincero, la sensación no cambia mucho de cuando los veía contigo. Creo que parte de ti siempre supo que tarde o temprano iba a volver y a buscarte en todos los vacíos que hay en mi vida y que todavía tienen tu perfume. Lo sabías. Desde el principio. Sabías que me iría sólo para volver. Sabías que salía y que no era para siempre. No, yo no creo en el «para siempre», pero creía en ti y aunque tampoco esperaba que esto durara más de lo que nos ha durado, tenía la esperanza de que no nos hiciéramos tanto daño con fingir que estábamos bien al lado del otro cuando ninguno de los dos se preocupó mucho por conocer más de ambos. Quédate, me dijiste, cuando yo estaba ya a las puertas. Me miraste, enojada, y yo, confundido, sólo me dejé llevar por el vaivén de tus pupilas.

Desde aquí se ve el mar. Y el sol reflejándose y pintando de un azul naranja el océano. Es como la primera vez, sólo que entonces no era verano, sino otoño. Me he asomado a aquel mirador, me he recostado en la baranda para contemplar la playa y me he dejado envolver por la brisa, como la primera vez. He mirado a mi lado, como la primera vez también, pero ahora no te he encontrado. Echarte de menos nunca estuvo en mis planes.

Hoy escribo, busco palabras, les doy forma y las uno, sólo para darme con la sorpresa de que todos mis recuerdos contigo son más grandes que mis ganas de vivir sin ti. No vuelvas, yo tampoco iré a buscarte, pero quiero que sepas que te quiero y que más que guardarte rencor lo que te guardo es distancia, porque sé que si estamos lo suficientemente lejos el uno del otro, la esperanza pronto se va a cansar y va a abandonarnos a nuestra suerte. Verás que cuando menos lo esperemos, lo último en lo que pensaremos al finalizar el día será en nosotros.

Quizá te duela el hecho de que te haya abandonado, pero debes admitir que eres tú quien hace tiempo ya se había ido. Sé consciente de que a quien dejaste en tu lugar sólo era una chica con tu mismo nombre y tu misma voz. Lo demás, lo que me mantenía contigo y lo que nunca quise perder, te lo llevaste a hurtadillas cuando yo no podía verte. Nunca supe que escapar de esta prisión iba a ser tan cruel, si estando en libertad tampoco ibas a acompañarme.

Buscaré en el fondo del mar la respuesta que nunca me diste estando en la orilla. Te prometo que no tomaré las mismas decisiones si llego a estar con otra. Vaciaré el cajón donde guardabas los besos para ese día especial que nunca llegó, y los esparciré por las corrientes más gélidas de mi olvido. Si no llegan a perderse, al menos van a congelarse por el camino. Me libraré de todo lo que dejaste y volveré a usar mi escritorio para enfrentarme a las páginas en blanco, donde esta vez narraré historias en las que el protagonista volveré a ser yo. Yo, el que me creo. Yo, el que me hundo. Yo, el que me salvo. Yo, el que me inspiro. Yo, el eje central de mi universo. Eres la última por la que he girado mis estrellas, mis satélites. Si me arriesgo a querer de nuevo, haré de mi musa parte del decorado y nada más. El centro —y esto no es egoísmo, que lo sepas—, volveré a ser yo. Mil veces yo.

Por eso he vuelto. He vuelto tras haber borrado ya las huellas para evitar que tengas la tentación de venir a por mí sólo para arrastrarme contigo a otra incertidumbre. La brisa del mar me ha devuelto el último suspiro que exhalé en tu nombre y por fin, lejos de ti —y esto me da tanta pena decirlo—, siento que estoy dando pasos por el camino correcto. Vuelvo tal como al principio, con una carga pesada por la experiencia y al mismo tiempo más liviano por las culpas que he abandonado. Vuelvo al mismo lugar, a la misma rutina. No intentaré ahora más que ir en contra y buscar mi sitio lejos del lugar en el que siempre quise quedarme: tu vida. Me reintegraré al mundo, a escuchar a las calles contarme sus secretos, a dormir bajo las estrellas, a hacer realidad esa vida alternativa sin ti a la que tanto le tenía miedo. He desempacado el rencor, he acomodado nuestras fotografías junto al hogar y, para cuando se haga de noche, voy a prenderles fuego para alumbrar con la luz de aquel pasado este

presente tan oscuro. Voy a comenzar a mirar el lado bueno y menos amargo de la vida, comenzando por lo que hay tras mi ventana: el mar cristalino promete un paraíso perdido. En los últimos días me he sorprendido pensando en ti menos de lo habitual y, cuando leo los poemas que te escribí, me parece leer la mente de alguien que creía conocer pero que ahora sólo me resulta entrañable. Ese que fui contigo es el que te llevas. Sólo no vayas a ser demasiado cruel con él, porque es, a mi pesar, lo único bueno que he hecho en toda mi vida.

SOBRE MÍ Y SOBRE NADIE

Miércoles 22 de marzo, 2017

Tengo diecinueve años y vengo escribiendo desde los quince. De mi infancia borrosa, teñida de violeta, lo único que conservo son paisajes desolados en la distancia que se veían a través de las ventanas de aquella casa donde cada amanecer olía a tierra mojada. Cuando tenía ocho años los días mantenían el color y el dolor de los raspones y caídas que me provocaba al jugar fútbol en aquel parque frente a la casa de mi abuelo. Aparte de aquella actividad, el tiempo que tenía libre lo confinaba a afilar el arte plástico que llevaba conmigo desde la cuna: el dibujo. Me veía de mayor mereciendo apelativos como «el mejor dibujante del país/del mundo». Mi mente por entonces era tan despierta que era capaz de encontrar figuras donde otros sólo veían trazos y texturas. Pronto descubrí que también me gustaba cocinar y, para cuando cumplí los diez años, ya había dedicado buena parte de mi tiempo a la gastronomía.

A los doce, los cambios en mi vida vinieron como torrentes y dejé de sonreír como antes. Los cielos se volvieron de color ceniza, en una perpetua amenaza de lluvia que nunca llegaba a materializarse. En esos días comprendí que por el resto de mi vida iba a desear volver a mi pasado menos a tener doce años. Cuando cumplí los trece me enamoré como sólo puede enamorarse alguien del mar cuando lo ve por primera vez. Se llamaba Estefani y, aunque el cielo seguía gris, se convirtió en mi primera musa, sin yo dedicarme a la escritura aún. Tuve unas pocas secuelas después de ella, cicatrices que al mirarlas casi puedo decir que no recuerdo cómo me las hice. Ya para los quince años sufrí una de las peores crisis de mi vida: no encontraba inspiración para dibujar y pasaba largas horas durante el día preguntándome si realmente era lo que quería hacer. Cada vez que lo intentaba mis manos repasaban las líneas de las que hasta yo estaba cansado. Debía haber algo más, pensaba. Algo más. Fue entonces que di con Tumblr y, aunque no tenía una idea total de lo que iba a hacer, opté por arriesgarme y disfrutar de la aventura, a ver qué pasaba.

Con el transcurrir de los días me sorprendí a mí mismo leyendo más de lo habitual y disfrutando de aquellas caricias invisibles que sólo un buen texto es capaz de conceder. Era raro porque, aparte de que nunca fui amante de la lectura, aquello siempre me pareció una pérdida de tiempo. Después, cuando me abandonaba a dibujar cosas incomprensibles y triviales, daba vuelta a la página y me encontraba con una cara en blanco. Poco a poco, mis manos procedían a trazar palabras en lugar de figuras. Las rimas fluían con esa facilidad propia

del principiante y, para cuando quise detenerme, ya era tarde. Aquellos primeros poemas los mantengo conmigo en el cuaderno donde los escribí y no pienso publicarlos jamás.

En agosto de aquel mismo año, supe que quería dedicarme a escribir. Si el cielo seguía gris, yo le iba a poner color. Si la lluvia nunca llegaba, yo iba a desatar mi propia tormenta. Si alguien quería a venir a joderme, le iba a abrir las puertas y a pintar las paredes con mi propia sangre cuando se fuera. Iba a dejarme herir sólo para que mis heridas fueran las de alguien más. A la vista de aquel panorama, supe también que iba a dedicar buena parte de mis desvelos a amar a quienes no iban a corresponderme sólo por el hecho de disfrutar de revolcarme en mi propio lodo. Porque sabía que mi historia algún día sería la de otra persona, y que mis experiencias podían almacenarse en la conciencia de cualquiera que supiese ver y sentir más allá de lo que está acostumbrado hasta convertir mis recuerdos en los suyos y mis cicatrices en su piel, aunque nunca me hubiese conocido. Sin que nadie me lo dijera, comprendí que aquella iba a ser la base de mi eternidad en la escritura y que cada vez que alguien se aventurara a navegar entre mis palabras, el espíritu que las alimentaba iba a volverse más grande y fuerte. Y que yo, aunque mi nombre algún día llegase a resbalar de la memoria de mis más fieles lectores, podría vivir para siempre.

Hoy, con diecinueve años y un montón de sueños todavía intactos después de tantos derrumbes, ya no tengo muchas ganas ni esperanzas de cambiar de rumbo. Me he enamorado de la manera que juré no hacerlo nunca y todavía lucho por olvidar por completo a la última chica que me atreví a querer como si nunca nadie me hubiese lastimado antes.

He decepcionado y enorgullecido a propios y extraños. He abierto brechas entre lo que he sido, lo que soy y lo que llegaré a ser. He leído novelas que me han envenenado el alma de admiración y envidia. He escrito los libros que, antes de convertirme en escritor, jamás hubiese pensado leer. Y aunque desde los doce años nunca he dejado de sentirme solo, sé que todavía hay algo más dentro de este mundo y que me está esperando, paciente. Todas las sorpresas de mi vida han llegado de esa forma. He nacido para escribir y para contar historias más que para vivirlas. Y no pienso escapar a ninguna parte, ni moverme si no es para escalar un peldaño más arriba, para algún día llegar a aquella cima invisible bajo este cielo de plomo, donde la lluvia no llega y donde tampoco deja de haber tormentas.

VÉRTIGO Y ENSUEÑO

Sábado 1 de abril, 2017

Nos encontrábamos apoyados en el barandal que cercaba la azotea del hotel más grande de la zona. Aquel era nuestra última parada. Elena me había encontrado en mitad de la calle cuando me dirigía a gastar las horas en el mismo refugio de mi rutina. Me contó que llevaba siguiéndome el rastro desde que se enteró de que era peruano o, más precisamente, de que era chiclayano. Que llevaba meses leyéndome y que se había enamorado de los blogs que administraba. Me pidió acompañarme durante unos minutos mientras me hacía preguntas, pero luego nuestra caminata se prolongó y cuando le dije que no tenía nada realmente importante que hacer por el resto de la tarde, no dudó en invitarme a salir. Tomamos un café en el Starbucks de Real Plaza y luego descendimos hasta el Paseo Ecológico Yortuque, donde pasamos buen tiempo admirando la historia a través de esculturas. Luego fuimos a comer y por último me sugirió conocer su lado de la ciudad favorito.

Subimos los pisos del hotel a espaldas de los guardianes y enfrentamos una visión de vértigo y ensueño. El atardecer había tendido un sudario escarlata sobre el cielo que cubría los edificios y las pocas luces de la ciudad que a aquellas horas empezaban a encenderse. El ruido del tráfico nos llegaba desde veinte pisos más abajo.

—¿Y esto es legal? —pregunté, puro nerviosismo.

Elena se encogió de hombros.

—No está penado, que yo sepa —respondió—. Aquí vengo cada vez que quiero pensar a solas.

Era una chica peculiar. Encerraba en sus ojos tanta ternura como malicia y amaba sentirse al borde del riesgo, con la adrenalina bombeando en sus venas. Eso lo comprobé cada vez que improvisaba un escondite en cada piso para no ser vistos por los encargados del hotel. Yo, un completo animal de superficie, no salía aún del asombro que la visión vertiginosa me inspiraba.

—Relájate, Heber, nadie sube aquí de noche. No al menos las últimas quince veces que he estado aquí.

Asentí, sin dejar de mirar la puerta por la que habíamos entrado, y suspiré.

—Sé que te gustan los atardeceres —dijo—. Lo leí en tu página. Escribes muchas veces de eso.

—Es verdad —respondí con sincera gratitud, y le dediqué una sonrisa.

El sol a esa hora se ponía a lo lejos, los edificios de la ciudad apuñalando su silueta.

—¿Cómo me reconociste?

—Cuando cuentas con un buen teléfono inteligente, GPS y un instinto detectivesco no hay mucho que se te escape.

—Eres peligrosa.

—Eso dicen. Pero me gusta cómo suena viniendo de ti.

Se apartó el mechón de cabello que le cubría la cara. Hacía un frío que calaba los huesos y el abrigo que había llevado empezaba a no ser suficiente. Enarqué una ceja al ver que ella tenía la casaca abierta y sonreía, como si nada.

—¿Cómo puedes no tener frío? Yo lo resisto mejor que muchos que conozco, pero parece que tú...

Me hizo una señal que indicaba silencio y me puso una mano en el hombro.

—No tienes frío, estás nervioso.

No pude contradecirla.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo.

La miré, expectante.

—¿Por qué escribes?

—Me has hecho esa pregunta varias veces esta tarde…

—Sí. Has dicho que es una forma de desahogo, un refugio, una manera de escapar del mundo. Pero vengo leyéndote durante meses y…

—¿Y?

—¿Estás triste todo el tiempo?

Sonreí. Elena era una chica que sabía leer mentes con sólo mirar a los ojos.

—¿Qué quieres que te diga? Escribir también es un ejercicio creativo para mí.

—¿Qué quieres decir?

—Que no todo lo que escribo realmente está basado en mi vida.

—¿O sea que lo que escribes es…?

—Ficción. Al menos en su mayoría.

Elena se quedó callada. Su expresión sugería que no estaba conforme con la respuesta que le había dado.

—Vaya, pero debe haber alguien, ¿no?

—¿Alguien?

—Sí, una musa que te inspire.

—Parece que no querías saber por qué escribo, sino para quién.

Se encogió de hombros, divertida.

—¿Sabes? Es difícil encontrar un hombre como tú. Que dedique su vida a leer y escribir, ganándose tanta admiración haciendo un arte tan bonito.

—Es difícil encontrar un hombre como yo, pero es fácil dejarlo ir —dije sin pensar.

Me miró con severidad, pero luego su gesto se ablandó. Pude leer curiosidad en sus ojos.

—Háblame de ella —pidió.

Suspiré, dando vuelo libre a la nostalgia.

—¿Qué quieres que te diga de ella?

—Qué es lo que te gusta, cómo la conociste. Debes traerla enamorada con todo lo que le escribes.

La miré, derrotado. Algo cambió en sus facciones, como si hubiese dicho algo malo.

—Heber, si no quieres...

La acallé y, con la certeza de que iba a arrepentirme después, comencé a hablar.

Le conté sobre su primer mensaje, de cómo al principio me había parecido una chica como cualquier otra. Le conté que luego de un breve intercambio de mensajes creí que ya la había perdido y que no tenía esperanzas de volver a contactarla, pero luego la encontraba comentando, en la bandeja de entrada de la página y, finalmente, en mis solicitudes de amistad. Le dije lo que no muchas personas sabían. Que ella y yo nunca nos habíamos visto en persona, aunque mis textos dijeran lo contrario, porque en el fondo lo anhelaba, aguardaba la esperanza de verla correr a mis brazos como tantas veces ocurría en mis sueños todas las noches y todas las veces en las que me detenía mirando un punto invisible para, luego, cuando alguien me preguntaba en qué estaba pensando, responder con un sucinto y mentiroso «en nada». Ella era mi nada y en esa nada alcanzaba todo lo que nunca pude abarcar entre mis brazos. Le dije que luego nos hicimos daño pero que incluso ese daño era hermoso. Le confesé mis primeras sospechas, cuando de un momento a otro ese compañerismo fue difuminándose entre ausencias y mensajes sueltos y cortantes. De cómo la falta de palabras y de tiempo aumentó mi deseo de dejarla, de terminar lo que fuera que habíamos construido. Le hablé de esa vez que tuve el valor de alejarme y que ella me hizo volver. De cómo, aun siendo escritor, me faltaban palabras para contradecirla. Elena me observaba sin interrumpir mi relato, pero pronto me olvidé de su presencia y descubrí que me estaba contando la historia a mí mismo. Mencioné que todas las noches, cuando nadie me veía, me encerraba a solas, apagaba las luces y en mi mente dejaba reproducir las palabras que, más por cizaña que por apoyo, me lanzaban sin piedad aquellos a los que les hablé de ella, pues, siendo una mujer tan agraciada, no me costaba imaginar a más de uno diciéndole cosas que yo no me atrevía, y que cuando la imaginaba a ella cediendo a aquellas adulaciones, no podía evitar sentirme culpable por dudar de su integridad y de lo que

yo creía conocer de su personalidad, una personalidad incapaz de traicionar esa fidelidad que, ingenuamente, yo pensaba que me debía por haberle entregado la mía. Y aunque sabía que todo aquello, en palabras de mis proverbiales amigos, no era más que una construcción en declive sobre una superficie cibernética que fácilmente podía caer en el olvido, nunca dejé de creer en un «nosotros», que por entonces me parecía la entrada más cercana al cielo. No dejé nada fuera. Ni siquiera la vez que le rogué para volver a ser lo de antes luego de que ella me dejara claro un veintinueve de febrero que ya no quería que siguiéramos con esto. Sin embargo, casi un año después, un veintiséis de febrero, me tocó dar el último paso a mí y me propuse a no dar marcha atrás. Sonreí al recordar la ironía de que ambos sucesos hubiesen tenido lugar el mismo mes y el mismo día de la semana: un domingo.

Cuando hube terminado, me sentía muy cansado, como si hubiese estado batallando contra un enemigo invisible. Nunca le había contado a nadie la historia completa.

Elena me tendió un pañuelo por estrenar que había extraído de su pequeño morral. Me sequé las lágrimas y le dediqué la sonrisa más determinante que pude encontrar.

Se había hecho de noche y la ciudad aparecía como un campo oscuro repleto de luciérnagas.

—No sabía que decidiste separarte de ella.

Me quedé callado. Nadie lo sabía, dije para mis adentros.

—Estaba pensando en eso que me dijiste antes... —prosiguió Elena.

—¿En qué?

—Que es fácil dejar a un hombre como tú.

—¿Y?

—Difiero. Dudo mucho que haya sido fácil para ella.

Un fluorescente que emitía un aliento mortecino desde un muro cercano iluminó su rostro. Incluso en la penumbra sus ojos mantenían su color azul cristalino.

—¿Hace cuánto pasó todo eso? —preguntó.

—Poco más de un mes.

—Una herida fresca, eh.

—Nada que no cure.

—Tú lo has dicho. Date una oportunidad con alguien más. Cercana, para variar. De carne y hueso.

—No eres la primera que me propone eso.

—Lo sé, pero a ver si soy la primera que te hace considerarlo realmente.

—Ojalá.

—Tienes que creerlo. No vales menos de lo que sueñas.

Nos miramos en silencio y, en aquella calma que sólo nace en medio de dos que se dicen más con los ojos que con las palabras, nos acercamos lentamente. Justo cuando iba a rozar sus labios con los míos, aparté el rostro y la abracé. Ella, consciente, pero fingiendo que no lo había advertido, me rodeó con sus brazos, disfrazando un acto de resignación en un gesto de correspondencia. No sé cuánto estuvimos así. La noción del tiempo resbalaba de mi conciencia. Una vez sentí mi cuerpo acostumbrarse al suyo, me aparté lentamente. Ella me sonrió y por primera vez no sentí vergüenza de mostrarme tan dócil ante prácticamente una desconocida.

Descendimos en el ascensor. El recorrido nos llevó poco más de tres minutos en los que nadie nos interrumpió para subir. Buscábamos nuestros ojos en el espejo de la pared del cubículo, sonriendo ocasionalmente, pero sin cruzar palabra. Cuando llegamos al primer piso, las puertas se abrieron y nos dirigimos a la salida. En el portal del edificio Elena me tomó de la mano y la acompañé hasta un parque que quedaba a unas pocas calles de ahí. Nos sentamos en uno de los bancos y puso su morral en su regazo.

—Antes de que lo olvide, he traído algo.

La vi extraer un par de libros de uno de los bolsillos. Uno blanco y otro negro. No fue hasta que vi las portadas que me di cuenta de que se trataban de los ejemplares de mis libros *Ruinas Internas* y *Tormenta de Pensamientos*.

—Dedícamelos —me dijo, tendiéndomelos junto a un bolígrafo—, por favor.

Abrí el ejemplar de *Ruinas Internas* y sentí el tacto del papel en mis manos. Pasé hojas al vuelo, leyendo palabras que me sabía de memoria pero que aun así las sentía lejanas.

Volví a la página donde rezaba la leyenda:

«Para Erika Oyola, quien escribió
las partes más bonitas y tristes
de este libro».

—El día que un escritor me dedique uno de sus libros me caso con él sin pensarlo —murmuró.

Retorné a la página del título y escribí la dedicatoria pendiente. Hice lo mismo con *Tormenta de Pensamientos* y se los tendí.

—Muchas gracias.

—A ti.

—Esa tal Erika es muy afortunada.

Algo en mi expresión le hizo entender que era mejor que guardara sus palabras. Devolvió los libros a su mochila y sonrió. Tenía entendido que Elena me llevaba dos o tres años, pero en aquel momento parecía menor. Una niña apenas.

—Bien, supongo que aquí nos despedimos.

Asentí.

—Ha sido un honor conocerte, Heber —dijo—. Lo pasé bien contigo hoy. Espero que no sea la última vez que nos veamos.

—Ojalá que no —contesté.

Luego, sin perder la compostura, me plantó un beso en cada mejilla y se alejó sin decir adiós.

Me quedé en silencio, viéndola caminar hasta que su silueta se perdió al doblar una esquina y sólo entonces miré alrededor. Estaba completamente solo.

Regresé por el mismo camino. Pasé por el edificio del que minutos antes habíamos salido y enfilé una avenida grande que me llevaba directamente a la calle que tomaba por costumbre para dirigirme a casa. Durante el trayecto traté de despejar mi mente, pero a medida que avanzaba la idea de que debía tomar en serio el redirigir mi vida no dejó de llenar mi pensamiento. «No vales menos de lo que sueñas», pensé. Tal vez, si me lo repetía las veces suficientes, yo también llegaría a creérmelo.

CARTA A LA MUJER DE VAPOR

Domingo 16 de abril, 2017

He esperado hasta ahora para escribirte. Hubiese esperado hasta la noche como tengo por costumbre pero algo me ha dicho que ventilar mi locura a plena luz del día era lo más sensato si voy a hablar de la parte más oscura de mi vida. El problema no es que te niegues a marcharte del todo ni que yo no tenga la suficiente valentía para sacarte de aquí; el problema, lo admito, es que el dolor que causas es casi imprescindible para mi rutina. Que no puedo despertar sin pensarte, comer sin pensarte, salir sin pensarte ni dormir sin soñarte. El problema es que llevo tu recuerdo adoquinando las aceras y mutilando nubes sin forma, allí por donde más de una vez me quedé esperando a que te hicieras realidad. El problema es que si te saco mi sonrisa se va contigo y si te quedas, si bien no me hace feliz, al menos será un buen pretexto para justificar mi falta de ánimos.

Escribir es una de las pocas fantasías que me quedan para cumplir contigo, y es que soy más poeta desde que me faltas y menos perdedor que cuando no supe hacerte sonreír. Nunca te tuve pero sé que te he perdido, y que he perdido más al quererte que al extrañarte. Que mientras estabas aquí he firmado un pacto vitalicio con tus ojos, con tu boca y con tus brazos. Los términos estipulaban mi incondicionalidad a rememorar tu cintura y girar en torno a ella cada vez que viera a una chica caminar por las calles donde te imaginé siendo preciosa, y mi rendición a puertas cerradas de aguantar verte abrazada a otro aunque a ese otro no le interese mucho hacerte más feliz que a él mismo. Así que el mérito de tenerte bailando entre estas líneas no es tan tuyo. Lo sabes pero te lo recuerdo. La poesía también es capaz de desnudarse delante de cualquiera y eso no le confiere la autoría del deseo, sino la sumisión de quien la mira y la siente, tal como yo te miro y te siento pese a que tú probablemente ni me recuerdes.

Te quiero y te espero, más por desprecio propio que por amor ajeno. Te quiero pero sé que mejor estás allá, no por ti sino por mí. Mejor es que estés lejos y te duermas a la orilla de otra vida cuyo mar no se parece en nada al de tus ojos cuando me mirabas.

Veré atardeceres y te contaré los desórdenes del día, creándote a mi lado; tomaré cafés y visitaré bibliotecas, contigo a mi vera; entraré a los cines y me sentaré en la parte más oscura de la sala, para que nadie se dé cuenta de que las preguntas y respuestas provienen de una misma boca: la mía.

Supongo que es el precio de haberte querido: la soledad agria de

un mal cálculo. Menos mal que cuando escribo se siente el dolor pero no se ve la herida, así no sabrás lo mucho que has crecido con el tiempo. En fin. Es por esto que he esperado a echarte de menos antes de la noche.

UNA OPORTUNIDAD MÁS AL AIRE

Lunes 17 de abril, 2017

Me quedó mirando, como si de pronto yo me hubiese convertido en alguien a quien la suerte de pasar desapercibido de pronto se le acabó. Intenté desviar la vista, mirar al edificio del frente, a la acera que pisaba e incluso al tipo que cargaba a su hija y que iba a dirección contraria a la mía. Barajé el instinto entre lo absurdo y lo cauteloso. Me recordaba al cosquilleo del primer enamoramiento, como si en aquel instante hubiese vuelto a tener doce años. Creo que el amor tiene eso: desaparecer cuando más lo necesitas y aparecer cuando menos lo esperas. Lo intolerable es que se presente precisamente cuando intentas estabilizar tu ruta y de pronto unos ojos, una mirada, unas pestañas y sus respectivas cejas te salen al paso y olvidas hasta tu propio nombre.

Vestía tal como me gusta la ropa en una mujer: simple pero elegante. Yo llevaba mi morral, donde guardaba un par de libros, unos bolígrafos y el resto de aquella dignidad que disminuía con cada paso que daba. Éramos la dama y el vagabundo; ella, una mujer de presencia incandescente y cautivadora; yo, ese perro famélico y hambriento de atención que llevaba, por años, mendigando un mendrugo de cariño sin mezquindad en un mundo ancho y ajeno. Ni en esta ni en otras ciudades hay lugar para los que solemos llevar el corazón a rastras.

Levanté la vista al último segundo de pasar frente a ella y cuando la vi, sí. Sus ojos me seguían. Mientras me alejaba quise creer que me confundió con alguien más, o que cuanto menos había estado viendo que tenía algo raro y que yo no había advertido hasta entonces. A mí no suelen pasarme ese tipo de cosas: el ser inolvidable para alguien, el que me miren con la casualidad más intencional del mundo. No soy el que arrastra las miradas ni estoy acostumbrado a ser el centro de atención de nadie por motivos más que suficientes.

Una cuadra más allá me detuve y volví mi vista, aguardando un asomo de duda. Antes de proseguir decidí consultar la peripecia con mi poeta interno. Me dijo que tenía razón y dio por indiscutible el hecho de una casualidad.

—Las mujeres bonitas nunca te han usado de tiro al blanco para sus suspiros —confirmó, seguro de sí mismo.

—Quizá si le hubiera preguntado por su nombre...

—Ni lo pienses. No habrías querido humillarte, ¿o sí?

Ni siquiera respondí por temor a las represalias.

Cada vez que voy en contra de lo que dice no sólo confirmo que

mi poeta interno tenía razón sino que además, amablemente, es capaz de acompañarme a casa, apagar las luces y descargar sobre mí una tormenta de pensamientos.

Más allá me atreví a detenerme para mirarla de nuevo. La vi en el mismo lugar, mirando hacia ninguna parte. Antes de volverme, lancé un suspiro al aire, esperando en mi más amplia ingenuidad que al menos llegara a su oído y le dijera que, por primera vez, había estado a punto de cambiarle la vida a un poeta. En aquel momento tuve que despedirme de otra oportunidad, de otro eje circunstancial que bien hubiera podido darle un giro a mi vida. Le dije adiós, pero la llevé conmigo unas cuadras más allá, para prolongar la espera de cuando su ausencia comience a calarme hondo...

PEOR QUE EL OLVIDO

Miércoles 19 de abril, 2017

Recuerdo haberte dicho que hay peores cosas que el olvido y, aunque nunca especifiqué, tú llegaste a demostrármelo. Peor que alguien te olvide es que teniéndote no te recuerde, o no te necesite. Lo peor es la indiferencia, esa falta de atención que te convierte en un ser etéreo, un comodín en este juego cruel de la existencia. El olvido te dice que ya no existes para alguien, pero la indiferencia te deja en mitad de dos vidas: la presencial y la invisible. Como cuando te llaman y si llegas te preguntan para qué has venido, o como cuando te ignoran y luego se quejan de tu falta de puntualidad.

Sonreías si te escribía. Solías decir que era increíble. Lo genial de todo era que no me esforzaba mucho: quererte era tan fácil y tan inevitable, que cualquiera hubiese dicho que aquello era uno de mis talentos. No viste, sin embargo, la otra cara de la moneda. El rostro detrás de la máscara. Pensabas que te olvidaba cuando lo que yo esperaba era ver llegar algo de tu parte. No me adulabas como lo hacían otras que nunca llegaron a importarme como tú, no hablabas mucho de lo que sentías por temor a agrandar un ego inexistente. A mí, que de tener algún ego sería el de ser el dueño del récord mundial en coleccionar desamores, en eso casi no tengo competencia. Por eso siempre pensé que era absurdo y tú, que siempre me conociste más, debiste saberlo también.

Nadie puede forzar a alguien a demostrar su cariño, por eso no dije nada. Siempre tuviste la sensación de que te quería menos de lo que esperabas y eso era algo que tenía que asumir aunque no fuera cierto. Porque te quise con la vida sin importar que se me haya ido la vida en quererte. Que no me haya quedado nada para llenar el vacío, los espacios cerrados y los abiertos, donde alguna vez anduviste como quien tiene en sus pies el camino seguro del mañana. Contigo perdí algo más que la fe y gané algo menos que un fracaso. Contigo me perdí yo y gané un odio incoherente. Odiaba cualquier cosa que me recordara a ti, a las huellas de tus manos ausentes, a tu sombra partida en dos, a tu sonrisa tan lejana y a este lugar tan triste.

Odié la soledad, la oscuridad y el silencio, tres cosas que amaba antes de que llegaras. Quizá porque les enseñé a necesitarte también, y cuando te fuiste no dejaron de pronunciar tu nombre, llamándote. Yo sin ti no era ni el vacío del que me quejaba. Me pregunté en qué te habías convertido, por qué llegaste tan hondo.

Quiero que sepas que en tu presencia oculté muchas cosas para que no llegaran a asustarte. Te ofrecí lo que quise que alguien me

ofreciera. Supongo que el tener tanto, menos a nadie a quien dedicárselo, te hace pensar de esa forma: que te querrán tanto como te entregues. Repartí en cada sitio un poco del café que te gustaba, para que tuvieras siempre algo que te hiciera sentir cómoda. Pero toda esa represión explotó un día y no, ninguno de los dos salió ileso. Sin dejarme amedrentar por aquello, seguí en mi carrera hacia tu vida y, cuando llegué a la estación, el tren empezaba a deslizarse por el andén del destino. No me sorprendió fallar de nuevo. No me sorprendió llegar tarde, es sólo que contigo esperaba que fuera diferente.

Yo deseé una vida contigo pero lo que tengo se parece más a una muerte sin tus besos. De hecho, a cualquier vida que le falte tu cariño le quedaría demasiado grande el nombre. Como premio de consolación en este concurso entre el amor y la ruina, lo único que me queda es el trágico deseo de que algún día conozcas a un hombre que sepa quererte mejor, aunque me tiemble el alma. Que ojalá sepa darte lo que buscas y te ame al punto de hacerte dudar si lo que yo te entregué fue amor realmente. Que se te olvide mi nombre en su primer beso, que sus abrazos te lleven al cielo y que te haga sonreír tanto que la tristeza llegue a convertirse en el recuerdo borroso de un mal sueño del que conseguiste despertar a tiempo. Que cada despertar a su lado sea seguro, que no tengas que preguntarte si mañana te seguirá queriendo como entonces porque no será necesario. No te deseo a alguien que vea en ti lo que yo vi, sino a quien sepa ver lo suficiente, que no le embarguen las dudas de si lo estás queriendo porque podrá verlo en tus ojos. Te deseo a aquel que aun sin decir nada te haga comprender la vida, el amor y el porqué de todo aquello de lo que tanto quise hablarte. Y entonces aceptaré mi rendición incondicional, con la impotencia de aquel que cancela el viaje más importante de su vida.

Con el transcurrir del tiempo aprendí a vivir a espaldas del mundo, casi a escondidas, como un exconvicto que se reconcilia con su entorno. Crecí a la sombra de cualquier extraño, aprendí a jugar de nuevo con la lluvia y, aunque nunca pude olvidarte, tampoco tuve fuerzas para odiarte. Un calor me inundó adentro, una voz me llamaba, unas manos volvían a levantarme y me di cuenta de que era yo todo este tiempo. Volvía aquel que te llevaste, volvía de entre las fauces de un amor que nunca fue para él. No sé aún si lo dejaste ir sin rencores o si tampoco te resultó útil lo que representaba. No sé si fue el remordimiento, la piedad o de nuevo la indiferencia, pero lo cierto es que vuelvo a mirar a través de la ventana el mismo camino que tomaste para irte y he de admitir que ya no me duele como al principio.

Hallé el amor nuevamente en mi interior, en ese sitio donde aún me duerme la fe de aquello en lo que dejé de creer hace tiempo. Es

una fe inabarcable, serena. Una fe que me dice que nunca es tan tarde para empezar ni demasiado pronto para rendirme. Y me abracé a ella como he deseado abrazarme a ti tantas veces. Me entregué a sus brazos tal como quise verte a ti entre los míos. Me resigné por enésima vez a que formaras parte de mi historia como cicatriz. Sin color, sin dolor, pero indeleble. Comprendí entonces que yo nunca llegaría a odiarte aunque lo intente.

Y créeme que lo he intentado.

SOBRE HACER EL AMOR

Martes 25 de abril, 2017

La primera vez que oí la expresión «hacer el amor» era apenas un niño, un niño con una capacidad de observación casi obsesiva. Recuerdo que era retraído ya por entonces, así que a falta de hablar con alguien lo que me quedaba era observarlos. Fue en una de esas incursiones a solas cuando oí, en la voz de una mujer que hablaba con otra, «hicimos el amor». Me pregunté qué era el amor y cómo se hacía. Pero me pregunté más por qué la gente, al oírlo, ponía una cara rara, como si aquello fuese un insulto, lo cual me desconcertaba, porque sabía que el amor era algo bueno. Siempre supe que hacer algo no era necesariamente el significado, que una cosa es la forma y otra el fondo. Tenía que haber algo más en esa expresión. Era como cuando en clase la profesora preguntaba qué era ser valiente, y cada niño respondía diciendo el típico: «valiente es cuando eres valiente...», y la profesora aceptaba esa respuesta como válida aunque yo sabía muy bien que no era la correcta. Pues con el amor era lo mismo.

Cada vez que veía a una pareja de enamorados me quedaba a observarlos. Los veía besarse, abrazarse, acariciarse. ¿Tendría el amor algo que ver con eso? Era probable, aunque no necesariamente eso era amor. Sabía que el amor era aquello que los inspiraba a acercar sus labios, era eso que les nacía adentro y les dictaba rodearse con los brazos, tocar la piel del otro de una manera que no lo harían con cualquiera. Era el fondo de la forma. Pero qué era el fondo.

Luego también estaban mis padres. A veces mi papá ponía música romántica y la cantaba mirando a mi madre, y me preguntaba si el amor era eso, y si estaban haciendo el amor en aquel momento. Cuando veía a las madres abrazar a sus hijos sabía que ahí también estaba el amor, pero ese era un amor distinto, y mi inquietud apuntaba a las parejas. ¿Cómo hacían el amor? Y si lo hacían, ¿cómo sabían que era la manera correcta? Luego pensaba que cuando me tocara crecer tendría que dar esos pasos, y me aterraba la idea de no saber cómo hacer el amor con una mujer y quedar mal con ella. Por eso observaba al resto. El amor de pareja, como muchas otras cosas, es algo que preferí aprender observando, por eso nunca se lo pregunté a nadie. Las parejas se besaban, y aquel acto era voluntario, como un acuerdo invisible que se firma por ambas partes. ¿Pero cómo se llegaba hasta ahí? ¿Acordaban en instantes previos cosas como «yo te tomo de la mano primero», «te voy a besar, pero no te alejes ni te asustes»? La noción más básica que tenía respecto a cómo tratar a una niña era el ser caballeroso —lección impartida por mis hermanas

mayores—, y aunque siempre tuve reparo en hacerlo debido a mi timidez, lo cierto era que mis dudas respecto a si la niña en cuestión aceptaría mis dotes y no me vería como un tonto eran enormes.

Más tarde sentí un hormigueo por una compañera de mi salón. No era la más guapa, pero me bastaba con que fuera ella. Sentí la necesidad de sentarme a su lado y oír juntos la clase. Quería hablarle a alguien de ella y de cómo sonreía cuando estaba con sus amigas. Quería coger su mano, contarnos los sueños. Que compartiéramos secretos y que el mundo nos encerrara. Sentía algo extraño y maravilloso, algo a lo que le puse su nombre, y eso se convirtió en amor para mí. Era un sentimiento nuevo y al verla tenía la impresión de haber pasado toda mi vida en la oscuridad hasta conocerla. ¿Era amor eso que sentía? Me dije que sí, o que al menos era algo que estaba muy cerca de eso.

Cuando descubrí que el resto de personas relacionaba «hacer el amor» con tener sexo, decidí quedarme con el significado que yo había creado. Por entonces el sexo era para mí grotesco y yo ya había cumplido los ocho años. Mi padre me había dicho desde pequeño que el cuerpo de una mujer era tan sagrado como el mío, y por eso debía respetar ambos y no tocarla nunca indebidamente a ella. Quizá por eso la idea de quitarle la ropa a la chica que me gustaba con fines lujuriosos me resultaba inadmisible. ¿Cómo el amor podría significar algo tan bajo? ¿Cómo era posible que el amor que veía la gente estuviera basado en la desnudez del cuerpo y no del alma? La desnudez para mí era pura, hasta que supe que los mayores sólo veían en los genitales una invitación carnal, sucia. Aquello me puso triste al principio, porque sentía que era algo que no debía saber aún. Que una venda se me quitaba de los ojos, y que esa venda era la inocencia. Es el rencor que le guardo al mundo. Pero también acepté con el tiempo que eso era algo por lo que tarde o temprano iba a pasar, así que decidí guardar mis lecciones aprendidas en el cajón del silencio, ahí donde la moral y la timidez convergen juntas, para regir el resto de mis pasos por el camino de la discreción.

Desde entonces me propuse querer y amar a una chica, a una sola, para demostrarle que hacer el amor no necesariamente conlleva el acto sexual. El amor me sigue pareciendo más un verbo y no un sustantivo. De hecho, creo que no es necesario decir que haces el amor con alguien para hacerlo. No es cuestión de unos minutos, o de unas horas, ni siquiera de unas noches, es cuestión permanente, es una determinación. Puedes hacer el amor con una chica sólo con escucharla, o con compartir cosas con ella. Puedes demostrar el amor mediante detalles, mediante la creación de planes a futuro a su lado, de trazarse metas a cumplir juntos, mediante el respeto, la aceptación, el romance, la complicidad, la amistad y luego aprender a enamorarla

para seguir enamorándola cuando ya la tienes. El sexo —me di cuenta luego— es fácil de conseguir. Puedes tener sexo con una mujer en una noche pero hacer el amor con ella requiere de toda una vida. Por eso para mí nunca fue tan simple y sé que cuando elija a una chica será porque quiero hacerla feliz y ser feliz con ella. Ser poeta a su lado. Creo que es la parte más bonita de hacer el amor con alguien. Yo todavía creo en eso.

UNA CAVIDAD DESÉRTICA

Sábado 10 de junio, 2017

Querida Nadie:

Te sorprendería saber que ya no te espero, o que, en lugar del amor, hoy me aferro a la vida. Lo que no te sorprenderá es saber que, aunque no exista amor sin vida, casi siempre he tenido vida sin amor. Por eso para mí ambas palabras y sus respectivos conceptos tienden a desvincularse. Perdona si sueno un tanto negativo y si ya no me esmero por conseguir tu admiración como antes. Estoy en una etapa donde todo es un decorado. Si te contara, querida, sabrías incluso cuán barata es mi sonrisa. Si algún día decides no aparecer por aquí aunque te siga esperando, yo lo comprendería. Te lo aseguro. Aprenderé por obligación a quererte sin esperar que vengas y a esperarte aunque no me quieras… En qué nos hemos convertido, querida. Cómo y por qué.

No quiero aburrirte, pero te cuento que las clases en el instituto van bien; tampoco quiero enamorarte, pero leo más libros que antes. ¿Recuerdas la primera carta que te escribí? Espero que la conserves. Por aquel entonces aún era amigo de la máquina de afeitar, era más dócil y escribía mucho. Ya he pasado por esto antes, la diferencia está en que hoy no me siento culpable por ser indiferente. He comenzado haciendo reformas y he terminado por caer de nuevo en la rutina. Creo que no hay vida que gire en círculos todo el tiempo, ni persona capaz de resistir tanto mareo. Mi poesía siempre apuntó a ti, las musas que tuve antes sólo fueron intermediarias y me costó menos dejar de quererlas que haberlas dejado quedarse. Esto es increíble, querida: un día no puedes vivir sin alguien y al siguiente no la recuerdas. No me he esforzado por entenderlo. Tú tampoco lo hagas.

Querida Nadie, tu espacio en mi vida se ha convertido en una cavidad desértica, árida. No te conozco, tampoco te culpo, sólo entiende que si voy a seguir escribiéndote necesito una razón más grande que la esperanza. Más grande que ella es el amor, pero recuerda lo que escribí al inicio de esta carta. Te encomiendo la tarea de buscar algo que vuelva a hacer que crea en ti para no sentir que le escribo al vacío. Eso último es lo más seguro, pero no permitas que llegue a ese extremo. Claro, sólo si quieres. Hoy ya no pienso convencerte de, ni exigirte nada. Nunca lo he hecho, sólo te lo recuerdo.

Siempre creí que estaríamos juntos. Soñé tantas veces con decirte: «Mi única rutina contigo será la de amarte de distintas maneras todos

los días». Yo, que para cumplir promesas soy tan hermético como para no hacérselas a cualquiera. Aún creo en la probabilidad, pero ya no en la posibilidad. Te lo explico rápido: la probabilidad radica en conocerte; la posibilidad, en que existas. La primera depende de la segunda y de la segunda no tengo pruebas contundentes. Sin embargo, eres parte de mi vida, lo sé porque me siento incompleto. Pero a quién quiero mentirle. Llevo años comprobando que tú perteneces a una realidad que sólo existe cuando cierro los ojos.

Tuyo siempre (o nunca),
Heber

ESTA NO ES UNA DESPEDIDA

Domingo 18 de junio, 2017

Querida Nadie:

He pensado que, si existieras, acabaría por cruzarme cualquier día contigo. Pienso también que no hace falta forzar nada, sino dejar que todo caiga por su propio peso, aunque parezca cliché. El amor del bueno nunca termina flotando en el agua. No hay nada peor para algo tan sólido que quedar inestable sobre algo que bien le serviría para sumergirse. Las vistas superficiales pueden ser hermosas, pero es recién cuando llegas hasta el fondo que descubres la razón del misterio. Y a mí me encanta el misterio. Lo he comprobado desde que tengo uso de razón. De cada cosa que le cuento sobre mí a alguien siempre me guardo una parte significativa. No es importante que sea mucho, sino esencial. Si alguien descubriera al paso los secretos que guardo, en lugar de serle más cercano, terminaría por desconocerme. Pero la idea de esta carta no es hablar de mí, sino de ti. Claro, de ti si te quedas conmigo. De ti si vienes a mí. De ti si existieras.

Querida Nadie, al margen del centro sobre lo que gira aquello que escribo, que no es otra musa que una mujer, puedo decirte que estoy preparado para no esperarte, y recibirte si llegas de pura sorpresa. He dejado paralizado aquel megaproyecto de preparar mi vida para cuando llegues. Lo triste de mis playas es que la mayor parte del año permanecen desiertas. No hay turistas. ¿A quién se le ocurriría pagar para contemplar un paisaje vacío? El problema no radica en la falta de recursos, radica en que la ejecución ha sido corrompida y, cuando una herida se abre en mí, en lugar de cerrarse, se extiende. Lo mismo me pasa con la desesperanza, con la desidia, con los vicios y contigo. Pero lo irónico de tu ausencia es que no es vacía. Mientras más faltas, más razones tengo para escribir, o al menos para seguir aventurándome en otras rutas, hasta llegar a la vida de otras mujeres en las que me permitiré explorar el mundo a través de sus ojos.

No quiero permitirme otro desatino contigo ni quiero que tú lo cometas conmigo. Hablar de mí es confirmar la causa de un derrumbe. Luego de tantos terremotos, es posible que un nuevo movimiento telúrico termine por tirarme al suelo por tiempo indefinido. Si luego del desastre consigo levantarme, nunca lo hago de la misma forma. Nunca adopto la misma postura, nunca permanezco en la misma línea, nunca ofrezco la misma sombra.

Si llegas, ¿de qué te serviría? Muchas veces no sabría hacerte sonreír, la mayor parte del tiempo estaré cansado, ni siquiera tendré

ganas de escucharte. Si te quedas, ¿para qué? Hay tantos otros mejores que yo, tantos haciendo méritos por ganarse la mitad de lo que me ha tocado vivir a mí. No soy el más afortunado del mundo, ya olvidé esa sensación. Me queda el recuerdo de la ilusión mas no del sentimiento de estar sobre otros, de ser el centro de la vida de una chica, de, por primera vez, ser importante. Si en tu camino te cruzas con alguien que ofrece lo que buscas, no te lo pienses dos veces. Lo más seguro es que yo termine por decepcionarte, pues en mí no encontrarás más que vistas a un pasado ajeno, un balneario cerrado al público, un millón de empresas privatizadas por conveniencias personales. Mi intención no es causarte lástima, que lo sepas. Si llegas te atenderé como a cualquier visitante, te haré pasar a tomar algo, luego te despediré y seguiré con mi vida como si nada hubiera pasado. No estoy listo para entregarme completamente, y es posible que pienses que contigo será diferente. Lo cierto es que para que eso ocurra tiene que haber deseo y predisposición de mi parte, de lo contrario no es posible. Te lo dice alguien que lo ha intentado con otras chicas antes de ti. Tú no tienes mi voluntad en tus manos, así que no te creas especial.

Querida Nadie, son tantas las cosas que me gustaría decirte. Aún están pendientes las promesas que nos hicimos a través de otras personas, pero lo más seguro es que se queden encerradas en su condición de banales recuerdos. No es mi intención desenterrar el cadáver de la esperanza que quedó sepultada en mi último derrumbe, eso también es cierto. Quisiera que fuera distinto, para qué voy a mentirte. Pero a estas alturas (o planicies), lo más acertado (y decente) es quedarme a ver cómo otros tantos edificios se levantan alrededor de mi vida, y apostarme a su sombra, porque después de todo, yo siempre he sido un animal de superficie, y sé que tú entiendes perfectamente este punto.

Aquí firmo mi tregua, mi condición de paz; elevo mi bandera blanca. Esta no es una despedida y espero que no me odies, pero si lo haces, yo lo entenderé, como siempre he entendido. Puedes estar segura de eso.

Tuyo siempre,
Heber

NO ES FRÁGIL, PERO LÉASE CON CUIDADO

Sábado, 24 de junio, 2017

Querido diario:

Tengo mucho que contarte. Me he inventado leyes gravitacionales y ahora, cuando me tiro desde lo alto de cualquier tristeza, en lugar de tocar fondo lo que hago es mantenerme a flote. Es como si algo me sostuviera antes del impacto, y me dejase en el aire, con las vistas rocosas subiendo hasta las nubes y una oscuridad espesa ondulando bajo mis pies. No sabría decirte con certeza si eso me preocupa o si por el contrario me alivia. Lo que sé es que por momentos me viene a la cabeza la imagen de unas cadenas rompiéndose y una sombra creciendo a mis espaldas, justo al lado de la única rendija de mi vida, por donde se filtra la luz. No me pidas que te explique; yo intento comprenderme y te juro que a veces me noto más difícil que un ejercicio de trigonometría. Ya, no es tan difícil una vez que dominas el resto de nociones matemáticas, pero ponerle un ejercicio de esa escala a alguien que a duras penas ha aprendido a sumar es darle un golpe a su capacidad cognitiva. Es fácil perder la paciencia cuando lo que te viene en el examen nunca fue lo que estudiaste. Eso me pasa conmigo. Alguien me dijo que es porque estaba cambiando, que la pubertad me ha llegado tarde, que ya era hora de abrir mi mundo.

Si quieres mi versión de la historia, querido diario, te diré que, si bien es cierto que nunca me ha gustado mostrar lo que no era, tampoco me asusta ser ahora lo que nunca pensé ser. Sigo siendo fiel a mí mismo si en lugar de espantarme cada vez que me miro al espejo, sonrío. Con resignación, pero sonrío.

Han pasado muchos días desde la última vez que te escribí. Muchos años, mejor dicho. Te escribía alguien que amaba más los dibujos que las letras y, aunque te parezca sorprendente, no he cambiado desde aquel tiempo donde la mayor de mis ilusiones era que llegara mi cumpleaños. Espero que no te asuste el cambio tan drástico con lo que te escribo. De ser un niño de tantas palabras he pasado a ser un joven de tantos silencios. No te digo que soy un adulto porque, por mucho que me lo quieran hacer creer, no me comporto como tal. Me he enamorado tantas veces, que no recuerdo ya lo que era la soledad sin la presencia de una mujer. ¿Sabes lo que digo? Que es una lástima creer en un amor sucio, en un amor que no es verdadero si no te duele. Pero aquí sigo, espantando la dicha de ser como el resto y aumentando varias cucharadas de azúcar a mi taza de café, esa que me tomo antes de un desayuno que no llega, cuando necesito saber

que he despertado, y que la mañana en la que vivo no es la prolongación de un mal sueño.

Lo que sí tengo de prolongadas son las migrañas y las pesadillas. Las últimas que he tenido distan de hace un par de horas y de esta noche, respectivamente. La primera es provocada por callarme tantas cosas y la segunda por pensar demasiado. Mi cerebro es una de esas raras máquinas de fabricar relámpagos, que tienen las fauces lo suficientemente grandes como para tragarse toda la cordura que es capaz de aparentar alguien al que le cuesta controlarse. Menos mal que todo ocurre mientras duermo; así, a la mañana siguiente me siento tan cansado, que ganas de desatar otra guerra no me quedan y tengo que acoplarme a la rutina de besar la derrota. Las guerras que siempre se pierden, supongo, no son aquellas que no se enfrentan, sino las que se enfrentan sin querer y en las que ganar significa que el resto te desconozca. No ser capaz de mirar a los ojos a las personas me parece una factura demasiado alta para mi conciencia.

Verás, yo sigo sin vicios, si es que la poesía escapa de esa definición. Sigo aguantando las ganas de hacerme poeta de cualquier mujer, aunque es cierto que mi musa puede ser cualquiera. Tampoco soy de aquellos que necesitan la aprobación de medio clero para robarle un beso a una chica, pero si limito mis fantasías a eso, me dará lo mismo escuchar una canción sin estribillo. Puede parecer bonito pero es incompleto, e incluso a mí, que siempre me ha gustado la incertidumbre en el amor, me apetecerá cambiar de canción antes de que termine. O es todo o nada, ya no me importa si es algo bueno o malo. La mayoría de personas que conozco prefieren todo lo contrario, y eso me hace pensar que voy a contracorriente por el sólo gusto de colmar la paciencia. Y está bien, lo acepto: me he enamorado. No voy a darte detalles, sólo te diré lo que me digo cada vez que me enamoro: dame unos días. Bien para comenzar el proceso de desenamoramiento o bien para terminar amarrándome por completo. Me he enamorado de la manera que me habla, de cómo me hace volver a querer ser yo cuando pronuncia mi nombre. Me he enamorado del placer de la derrota, del «quítate» cuando estoy tan cerca, del «suéltame» cuando la abrazo, de sus brazos rodeando los míos cuando caminamos, del brillo que hay cuando me mira y del parpadeo que da para disimularlo. Me he enamorado de sus comentarios inoportunos sobre su exnovio, que tiene que regresar a casa temprano porque su madre se preocupa y la atiborra con preguntas que nunca le ha gustado contestar.

Dije que no iba a darte detalles, pero ya vas conociéndome. También comprenderás con el tiempo que soy más feliz percibiendo un imposible que la posibilidad de lo que no existe. Y eso es lo peor: no me he enamorado de una mujer, me he enamorado de la

incertidumbre. A estas alturas, si leyeras lo que he escrito con anterioridad tantas veces, no te sorprendería si esto me parece el paraíso. Un caos en mitad del desorden, como una parte del todo. El amor. O la completa estupidez. En fin…

Querido diario, a continuación te voy a relatar el resumen de esta semana tediosa y lo que espero para la próxima.

He tenido más problemas de memoria que antes. Siempre he sido selectivo hasta con mis recuerdos y he aprendido a recordar únicamente lo que quiero, pero en estos días hasta eso me ha fallado y es como notar que mi mente envejece más que mi cuerpo. He tenido exposiciones y exámenes. No me preocupan mucho las notas de las primeras, pero de las segundas, toda el aula ha salido desaprobada. Se trata de un examen con temas de química y algo de biología, y aunque mi puntaje fue inferior que diez, es la nota más alta que recuerdo haber sacado por mis propios méritos en esa asignatura. En toda mi vida.

Por otro lado, ser delegado de una especialidad te aumenta estrés, a menos que sepas sobrellevarlo y vivir con eso. El estrés que tengo no es mucho por las responsabilidades que me ponen, porque son menos pesadas de las que esperaba; lo que me pesa más es el estrés que estaba ahí antes de que me pusieran más carga.

Hoy se ha realizado el campeonato que organicé con los delegados de otras especialidades; he confirmado que me gusta el fútbol más cuando lo veo que cuando lo juego, y aun así me gusta poco, así que imagínate. Por cierto, dudo mucho poder cambiar de opinión, al menos durante varios años más.

Mi fantasma ha vuelto a hacerme visitas. No te he contado esto, porque pertenece a esos temas que callo porque el secreto me parece delicioso. Sólo te diré que gracias a él me siento menos solo. Quizá algún día escriba al respecto.

Por ahora, te cuento que mis bloqueos de escritor han sido más frecuentes también. A veces no es tan malo no saber de qué escribir, sino el no saber cómo escribir. Temas me sobran, lo que me faltan son palabras. Con esto confirmo que, si mi vida tuviera un sinónimo, sería «ironía».

He almorzado más que la semana anterior, y hasta me he permitido al menos a un par de desayunos. Te parecerá raro, supongo, pero esta excentricidad te gustará con el tiempo, o al menos eso espero. Voy al instituto con el estómago lleno de aire y agua, aunque no sé hasta qué punto es científicamente correcto afirmar lo del aire. Mi padre me dice que es bueno tomar agua, pero que durante las mañanas es menester un poco de azúcar también, pero sigo siendo amante del Hache dos O. Qué podemos hacerle.

Esta semana he estado más sentimental que de costumbre. Quiero

pensar que es por el invierno, que se ha oficializado hace unos días apenas. Sigo andando por la calle sin abrigarme, y puedo decirte, querido diario, que este invierno es menos cruel que el anterior. Me encanta esta estación. Lo juro. De ella, de la chica que me pone sentimental, te hablaré por otros medios, no te preocupes.

Lo que espero para la próxima semana no es mucho. Completar una exposición que dejé a medias por falta de tiempo, no estresarme tanto, poder juntar la suficiente valentía para tomar una píldora que actúa para las migrañas. Y antes de que me tomes por un cobarde, mi razón es que esa píldora tiene efectos secundarios, y ciertas cualidades de mi organismo me indican que soy más propenso a ellos que al alivio. Aun así. Con respecto a mi salud, por desgracia (porque sí, me gustaría que fuera diferente), no suelo preocuparme mucho.

«Moriré joven», suelo decir a veces, disfrazando esa expresión con un tono de sarcasmo que pocos detectan, sobre todo mis amigas. No les gusta que hable de esa forma. Les costará aceptar que me suelo burlar más de mí que de cualquiera y que, teniendo en cuenta mi sentido del humor tan negro, eso suele ser un alivio. También espero poder llegar al próximo sábado recordando que existes y que tengo que escribirte otra carta. Quiero una rutina de producciones e intentaré crearla contigo. Deséame mucha suerte.

Tuyo siempre,
Heber

LLEGÓ LA NOCHE

Viernes 14 de julio, 2017

Veo mi sombra y me doy cuenta de que a ella también le falta algo. El amor resultó ser los minutos de un atardecer cualquiera: hermoso, pero efímero. Al final llegó la noche, el respirar profundo y el ancla del sueño más insignificante del mundo. Cuando se va alguien que no se despide, te mudas a una soledad que no deja de llamarla de vuelta.

Escribo poemas, pero de qué sirve o, mejor dicho, de qué servía. No escribo si te pienso, porque si escribo termino pidiéndote de vuelta, por eso no te pienso aunque el precio sea no poder escribir. El amor es una canción mal entonada, y es más fácil equivocarse por quererte que cantar una en otro idioma. Es triste: abrir la mano y que se caiga tu mundo; intentar alcanzar algo y que el futuro se esfume. ¿Coincidir? Llámalo como quieras. Nunca me ha gustado el hecho de que quererte y olvidarme se hayan escrito en la misma línea.

Si todo es cuestión de perspectiva, creo que a mí me tocó la parte en la que el mundo se parece más a una pirámide que a una esfera. Tú no vuelves; yo no me atrevo a gritar que te quiero. Mientras más feliz eres, más baja es mi esperanza. Tu lejanía es otra señal de que mi vida se acaba. A fin de cuentas, de qué me sirve esperar, o aguantar el frío más cruel si no puedo conseguir el calor de un recuerdo tuyo que no escoza. Me tapo los oídos para no escuchar llorar al cielo, escojo las canciones con cuidado, porque ahora hasta las que no hablan de ti me hacen recordarte. Me pierdo un poco entre las novelas que conquistaron más de una de mis noches de sueño, adquiero sus colores, sus páginas llenas, sus finales trágicos. ¿Te dije que me gustaban los finales trágicos? Sólo hablaba de los libros, nunca imaginé que nos ocurriría a nosotros.

INSTRUMENTO Y RESULTADO

Lunes 14 de agosto, 2017

He escrito tres puntos suspensivos a un poema que soy incapaz de terminar. He ordenado las palabras de tal forma que ninguna se roce entre ellas, tal como siempre me las he arreglado para que nunca te acerques demasiado a otra mujer que me conozca. Lo dicho: antes creía que el destino eras tú y ahora me convenzo de que el destino no existe. Porque entonces, si existiera, se trataría de un destino caprichoso, que te pinta de tal manera que es imposible confundirte y al final te aleja como lo hace con cualquiera.

Hoy sólo procuro hacer mejor aquello que ya hago bien: escribir sin faltas ortográficas. Pero, ¿sabías que para que un texto se considere bueno no sólo hay que ver la ortografía, sino el sentido de las expresiones? Quiero decir que no es suficiente con que un mensaje sea entendible, sino que debemos procurar que lo que se entienda sea aquello que queremos transmitir; es decir, que sea sincero, puntual y claro. Lo mismo pasaba con aquello que decías, en aquel diálogo que enfrentaba nuestras miradas, mientras yo procuraba que el café que sostenía entre los dedos durara lo suficiente hasta que pronunciaras la última palabra. No hacía falta que mintieras, hacía falta que lo hicieras bien. Creerte siempre se me ha hecho fácil porque siempre le he temido a la verdad, aunque, si hablamos de preferencias, hubiese decidido acabarme de un trago aquel café y que te callaras. Que, si bien es cierto que odio una palabra mal escrita, prefiero tus faltas de presencia a tus mentiras tan puntuales.

He vivido de palabras tanto tiempo, he comido algunas letras cuando dejaste vacía la nevera. He calentado adjetivos a falta de terma, justo cuando el invierno decidió ser más cruel. He aprendido, querida, que volar siempre fue lo mío. Eso es algo que no me lo esperaba. También que todo este tiempo estaba caminando por el cielo equivocado. Descubrí que no me moría si te ibas, tampoco que se acababa el mundo si me faltabas. Que no hay nadie más esencial que uno mismo y que, aunque olvidar sea imposible, una persona tampoco duele para siempre.

No eras como te imaginaba, y tal vez por eso sólo te veía como quería que fueras. Al final no dolió que me cambiaras, dolió darme cuenta de cómo eras realmente. Y me siento más liviano. No en vano los nudillos me sangran. Han sido tantos golpes en el mismo sitio, para poder por fin derribar aquella pared mal pintada. Al otro lado seguía habiendo un camino. Eso tampoco me lo esperaba.

Tú hablabas y al reloj le pesaba hasta el aire. Yo te oía y me

pesaba hasta el alma. Amabas a aquel cantante, adorabas a aquel tipo que siempre te recordó al personaje de tu novela favorita; te enamoraba una voz, una mirada; te atraía una pantalla, te encarcelaba un sonido. Yo te veía encerrada en tu burbuja de acero, preguntándome cuántas páginas harían falta para que decidieras mirarme a mí con esa misma fascinación que se llevaban por delante aquellos desconocidos. Incluso hubiera hecho un trueque con la vida: mis palabras por tu tiempo. Prefería quedarme vacío, por la ilusa idea de llenarme de ti. Pero era un misterio dar con el lugar correcto, saber qué hacer para captar tu atención. Una vez alguien me dijo que en una relación el misterio es el mejor combustible. Te llevaba a querer saber más, y la curiosidad siempre te haría quedarte aunque quisieras irte. Entonces nunca se hacía tarde, ni siquiera cuando te embargaba la prisa de querer saber en dónde dejaste olvidadas las llaves, porque las puertas que se abrían no las necesitaban.

No te culpo que hayas querido saber a qué sabían los labios de aquel a través de los míos. Lo entendía perfectamente. Preferías el masaje y no mis manos. Mi mirada sosteniendo la tuya antes de aceptar que mis ojos también te pertenecían. Preferías el beso y no la boca. El marco y no el contenido. Y es que, ¿quién, en su sano juicio, elegiría al pintor antes que a la pintura? Enamora la luz, no la bombilla o el fluorescente. Está el instrumento y el trabajo hecho con ese instrumento; es decir, el resultado. Y por mucho que sea cierto que lo segundo no existe sin lo primero, el resultado siempre podrá disfrutarse de manera inmediata. Lo mismo sucedía conmigo. Amabas no sentirte sola, amabas saberte querida, amabas los poemas, pero no me querías a mí. El acto se repetía de mí hacia ti. Por no romper tu belleza, la miraba de lejos; no me sentía capaz de vestir con palabras un suspiro, un batir de pestañas, una sonrisa.

La idea, la sensación, son cosas que no se definen en el instante que surgen, sino cuando pasan, cuando se acaban. No se define el abrazo, se define el acto, la huella que deja en el alma, el breve calor que te comparte. Es algo más bien póstumo, como verás. Tú sonreías, pero yo no definía tu sonrisa, sino lo que provocaba. Me definía a mí en función de ella; mis sensaciones, mis motivos, girando alrededor de tus labios, por muy lejos que se fueran luego. Esto me lleva a pensar que hay poemas más interesantes que el poeta. Por eso no te culpo que no me hayas querido. El arte siempre será mil veces mejor que el artista. El artista, por muy útil que sea como instrumento, se olvida. El arte, por el contrario, prevalece. Es por esto que un poema hace inmortal al poeta y no al revés. Y te conozco lo suficiente como para decir que tú nunca te acostumbraste a lo efímero, incluso si como ser duras menos que eso, aunque no quieras aceptarlo. Y sigo sin culparte. Tú quédate con mis palabras. Yo me quedo conmigo, con lo que te

sobra.

Sergio Carrión diría en uno de sus escritos: *«Quiero encontrarte a ti en otra vida»*. Y si lo pienso, sería otra vida menos tediosa, donde yo no sea escritor ni tú musa. Una vida en la que nunca le des más valor a una palabra que a mí, incluso si esa palabra es mía. Una vida en la que seamos libres. *«No hay mayor condena que una libertad sin ti»*, dijo Ernesto Pérez Vallejo alguna vez. Pero yo no soy Ernesto ni Sergio. Yo te quise a mi modo y mi manera de querer se parece al modo que siempre quise que aplicaran para quererme. Y, a decir verdad, tampoco quiero una libertad contigo. Contigo sólo existe el exilio, y es demasiado triste huir cuando no hay lugar en el que estén esperándote.

Estos son los puntos suspensivos de los que hablaba. Necesitaba escribirte después de tanto tiempo, decirte que todavía no sé en dónde termina el camino. Que me veo mejor sin ti, pero que sigo echando de menos ese *no sé qué*, un ápice de algo que sigo sin comprender. Por mi parte, no tendrás más promesas por cumplir, ni despedidas, ni más puntos suspensivos. Tú llévate el misterio a casa, yo me llevo la victoria invisible de haber podido olvidarte. Esto es una mentira y ambos lo sabemos. Pero de vez en cuando es necesario engañarse a uno mismo. Todo el mundo lo sabe…

MATRIMONIO CON LA TRISTEZA

Viernes 16 de setiembre, 2017

Al otro lado hay un poeta. Ella se mira al espejo, se da los últimos retoques, se ajusta el vestido y revisa bien los pendientes. Sonríe como estrella de revista. Se ve preciosa, claro; incluso dentro del orgullo más profundo es imposible no admitir que es hermosa, tan o más hermosa que las huellas que deja, que el futuro que tiene por delante. La habitación no es tan grande ni tan pequeña; modesta, como el palco de un magnate. Decorada de recuerdos y sombras, a juego con las luces de sus ojos y de esa sonrisa, que hace de cualquier cubículo indecente la mejor suite digna de un hotel de lujo. Lo cierto es que la habitación es hermosa por ella. Y ella es hermosa por mérito propio.

Al otro lado hay un poeta. La madre de aquella dama radiante no puede estar más orgullosa. Se abrazan como si se despidieran, mientras ella lucha por no llorar, a riesgo de arruinarse el maquillaje. En su diario había señalado este como el mejor día de su vida. Despertó con el corazón a punto de salirle del pecho y revisó su reloj. Siempre es demasiado tarde para comenzar el mejor día de tu vida. Al otro lado, una ciudad se derrumba. Los escombros no hacen ruido, sino que susurran su derrota y la aceptan cabizbajos. Un poema vuela, un verso sangra sus palabras; se derraman las letras como suicidas que se arrojan desde un acantilado. Nadie le dice que en ese momento varios poemas están quedándose huérfanos de musa, que hay una sombra creciendo a sus espaldas, pero no tiene por qué saberlo. Quizá sea mejor así.

Al otro lado hay un poeta que la observa. La novia llega en un carro flamante, adornado con rosas blancas, justo a la hora indicada, para marcar la vida de dos hombres al mismo tiempo: a uno para hacerlo el más feliz del mundo; a otro, para terminarle de hundir la estaca hasta el fondo de su alma. Todos aplauden y el interior del templo la recibe con aquella canción de matrimonio. El poeta, desde lejos, jura que aquel beso le dolió tanto como el «sí, acepto» que dio ella tras la pregunta «¿...hasta que la muerte los separe?».

Se miró las manos, sin duda más vacías que nunca. Y para cuando quiso odiarla, le faltaron fuerzas.

El poeta regresó a casa para escribir esto, mientras que ella se fue a estrenar una de esas vidas que sólo se cuentan al final de las novelas. A sus espaldas, el pasado y una noche cerrada caía. Él siempre supo que aquel día llegaría tarde o temprano. Que la perdería para siempre, que ella sería feliz, que alguien llegaría a amarla bien, a dar la talla mientras que al otro lado —pero esto es algo que ella nunca supo—

siempre habría un poeta.

DIÁLOGO CON MI NOSTALGIA FAVORITA

En alguna fecha de setiembre del 2017…

—Lorena, ¿por qué te pones ese vestido escotado?

Cuando la conocí paseaba tan cerca del mar que temía que viniese una ola y se la llevara. La orilla era su parte favorita: ni tan lejos del mar para poder sentir su humedad, ni tan lejos de la arena, para poder sentir su firmeza. Vi las olas impetuosas abalanzarse sobre ella, pero cuando estaban a punto de llegar, aquella furia se reducía al sumiso acto de besar sus piernas, y luego regresaban, exánimes, como pidiendo perdón por aquella osadía. La escena era cíclica y aquella constancia perdía siempre su encanto al ponerse el sol, pues esa era la hora en que Lorena se marchaba y, aquello que yo siempre pensé que era la marea subiendo, sólo era el agua yendo tras ella, como pidiendo su regreso, como rogándole que volviera. A veces, contemplándola en ese vaivén hipnótico al que me sometían sus caderas, pensaba que ella era la razón por la que el mar se movía, y creaba sus ondas de agua, más feliz, porque había encontrado en ella su razón de ser, como si Lorena de pronto se hubiese convertido en musa del océano. Sin ella, las olas apenas se alzaban, con una voluntad desfallecida, y el mar lucía más vacío, más triste.

—¿No es así como te gusta verme? —preguntaba ella.

Lorena tenía la sutileza de responder a una pregunta formulando otra. Nunca perdía una discusión y, aunque yo sabía que había ciertas preguntas que más valía que carecieran de respuesta, nunca tuve ganas de sucumbir a la incertidumbre. Con ella, quedarse con las ganas de un mañana a su lado era quedarse sin las ganas de vivir el presente. La amaba, de eso estaba seguro. Estaba seguro de no poder amar a otra de la misma forma, y no porque no fuese capaz de hacerlo, sino porque ese amor que tenía para ella había nacido en el momento de conocerla, por lo que ese amor no podía ser igual a ningún otro. Se había amoldado tanto a ella que no podía pertenecerle a nadie más. Era un amor a su medida.

—Además, lo hago por los dos —continuaba—. Porque a mí no me gusta verme ordinaria y a ti te encanta este vestido.

No mentía, aunque tampoco decía toda la verdad. A mí siempre me pareció más guapa estando desnuda, vistiendo de primavera los pasillos, encerrando en la habitación nuestras canciones, acompasando el tiempo con sus gemidos, borrando con un beso mis recuerdos. A mí siempre me gustó más cuando el único atuendo que llevaba era su sonrisa desafiante y sus piernas abriéndose lentamente, poniéndole precio a mi hambre. En aquellos momentos sólo existía su cuerpo y mi

deseo de que el amanecer no llegara, que el sol se tome unas vacaciones, que la música sonara en bucle, que la noche nos aprisionara y esa sed que me embargaba, insaciable como siempre, sólo pudiera ser contenida entre sus labios, ahí donde la perversión suele jugar a las cartas con el verano. Nunca supe si hacíamos el amor o nos declarábamos la guerra, sólo sabía que ahí todo estaba permitido, desde la docilidad al frenetismo, desde el silencio hasta los estruendos que agrietaban los cristales, desde la inocencia hasta la culpa de no sentir más ganas, la culpa de sucumbir al cansancio en el que desembocaban las horas dedicadas a estudiarnos la geografía de los cuerpos. A su lado, el sueño siempre ocurrió estando despierto; lo demás, aquella realidad que salía a flote tras cerrar los ojos, era el eco de una vida lejana.

—¿Cuánto me quieres, Lorena?

No recuerdo haberle dicho que esa era una pregunta para la que nunca esperaba una respuesta, pero tampoco lo vi necesario. Lorena siempre odió medir al amor en números argumentando que, aunque era cierto que eran infinitos, el suyo era un amor que escapaba a las directrices de un paradigma cuantitativo. El amor que tenía para mí era empírico, demostrativo; ni siquiera de palabras, por esta razón únicamente me daba una sonrisa como respuesta, y acercaba sus labios a los míos, como si quisiera espantar todas mis dudas desde adentro. Los abrazos eran otro tema. No le gustaban mucho, aunque, cuando tenía ganas de uno, me lo daba, precisamente cuando lo necesitaba. Era como si estuviésemos conectados de alguna manera, y esa conexión la llevara a encerrarme en sus brazos justo cuando mi alma precisaba de algún refugio antisoledad. El suyo era un instinto casi sobrenatural y, en lugar de asustar, lograba ahuyentarme los miedos, como si con su abrazo estuviese recreando un mundo donde existíamos los dos solamente.

—La pregunta no es cuánto te quiero, sino cómo —me dijo—. Y lo hago bien.

La verdad es que ni siquiera parecía esforzarse. Esa era su manera de querer cotidiana: entregándolo todo, recibiéndolo todo, demostrándolo todo, haciendo de todo un cuánto y cómo únicos, de esa clase de amor difícil de categorizar, de ese amor que sólo aparece una vez y para siempre. Acariciarla era cumplir un deseo perdido, abrazarla era reconciliarse con la vida, besarla como saborear el infinito, poseerla como volver a nacer, una y tantas veces. Lorena era una mujer y varias al mismo tiempo. Solía tener divergencias entre todas sus facetas, pero si en algo coincidían ellas era en que, al momento de amar, al momento de elegir un compañero de vida, siempre terminaban señalándome. Esa era su manera de amar. Siendo absoluta, siendo una.

—Tú nunca te equivocas —le decía.

—Lo sé.

—¿Y qué es lo que más te gusta de mí?

—Tus buenos gustos —contestaba ella, señalando su rostro—. Me gusta que no te haga falta desnudarme para hacer el amor conmigo.

—¿Y qué es el amor?

No tuvo que pensarlo mucho.

—La sensación de estar segura cuando cierro los ojos porque sé que me cuidas. Cuando al terminar el día soy incapaz de acordarme de todo lo malo que alguna vez me tocó vivir. Te quiero por darme esa plenitud tan maravillosa…

La miré y me concedió una sonrisa pícara.

—Y porque el sexo es increíble —dijo—. En el amor siempre habrá sexo, pero esto no siempre se cumple de forma inversa. Para mí ambas cosas son lo mismo desde que te conozco.

—Gracias por estar en mi vida —respondí.

—Gracias por hacer de la mía una aventura.

Lograr que una mujer encuentre amor y sexo en el mismo hombre es como hacer cien apuestas a la vez y ganarlas todas. Estaba seguro de que nada enamora ni despierta el interés genuino de una mujer apasionada como Lorena que sentir un vínculo tan fuerte donde almas y cuerpos se funden en un vals de placer y gloria. Por esa razón me sentía invencible a su lado. Más fuerte, más completo.

—¿Qué buscas en mí, Lorena?

—Reciprocidad. Yo te necesito para compartir mi vida, tú me necesitas para complementar la tuya. Sin mí te ves muy triste, conmigo te ves más guapo.

—¿Por eso te has puesto ese vestido? ¿Para verme más guapo a tu lado?

—Y porque sé que te mueres de ganas de quitármelo.

La besé como besaba el mar a la orilla en aquella primera vez que la vi paseando en la playa, con el cabello dándole forma al aire, con aquel bikini blanco que contrastaba con la oscuridad de mi pasado. En su boca, yo era un mar impulsivo; mis olas la embestían, la buscaban, querían arrastrarla a mi interior. Pero al llegar a sus piernas me limitaba a lamer la ruta que seguirían mis manos en su piel, abriendo surcos, despertando sus instintos, para luego bajar y subir, y perderme en ese laberinto de emociones encendidas, de dudas apagadas. Luego ella se alejaba y yo la seguía. Lorena sonreía siempre, sabiendo que en aquel juego me sacaba ventaja, sabiendo además que la victoria era nuestra. Y, mientras se abría el escote, mi marea subía; mientras el sol se ocultaba, en sus ojos, un amanecer me daba la bienvenida. Todo comenzaba siempre con un beso. A ella los labios le sabían a canela, la piel al césped recién cortado, con ese aroma a promesa bajo las

sábanas, a futuro sobre promesas.

—¿Y tú, Julián? ¿Tú también me quieres?

Sólo una vez me hizo esa pregunta. Y no tuve mejor respuesta que besarla.

SIN RUMBO NI EQUIPAJE

Martes 31 de octubre, 2017

Querido amigo:

A diario intento comprender el mundo y cada vez me doy cuenta de lo lejos que estoy de pertenecer por completo a él. Podría decirte que he encontrado mi lugar, pero no te estoy escribiendo después de tanto tiempo sólo para mentirte. He hecho cosas malas. Muy malas. He matado gente, he escondido cadáveres a tres metros bajo tierra, he guardado su sangre por si algún día necesito mancharme las manos con algo. No te asustes. Sólo procuro hallarle algún sentido a esto. Han pasado tantas noches y tan pocos días, que se me hace difícil ya diferenciar entre la luz y las sombras. Soy incapaz de encontrar una planicie de tiempo para conjurar el sueño que alguien me ha robado. Ni siquiera escribo. O escribo poco. He buscado las palabras en medio de grietas, de resquicios, pero sólo he encontrado al viento silbando nimiedades. Quisiera también ponerle letras a eso, pero hay ruidos que ningún idioma puede traducir. Lo he intentado con el llanto, con la risa, con el susurro de un secreto, con la intensidad gutural de un grito agudo y nada. Es como si me hubiese abandonado a un estado de perpetuo silencio y yo, que siempre me he sentido parte de él, ahora comprendo cuánto vale el sonido de los momentos simples. Seguramente lo sabrás de sobra: yo comienzo a apreciar las cosas cuando las pierdo irremediablemente.

Y he querido escapar. Casi a diario fantaseo con acercarme a cualquier agencia, comprar un pasaje con un destino al azar y marcharme. Irme sin rumbo ni equipaje. Dejar todo atrás. Mis miedos, mis deberes, mi vida y, de ser posible, mi piel y los recuerdos; esta tormenta, la soledad y las lágrimas, la ansiedad y mis libros, y que nada me importe. Cambiar de nombre. Olvidar estos crímenes, la carga de pertenecer a la vida de alguien con la certeza absoluta de que nadie va a echarme de menos. Y comenzar de cero. Aunque para qué. Mejor quedarme así, sin responder al nombre de nadie, sin reconocer las calles y mudarme para siempre a una de esas ciudades tan perdidas que ninguno de sus habitantes tenga ya pasado ni futuro. Anoche soñé que viajaba, por eso te cuento todo esto. Y tampoco era tan bonito. En mis sueños siempre estoy escapando de alguien. En la vida real también; el detalle es que estando despierto me es imposible identificar a quien me persigue, aunque la sensación es la misma.

Querido amigo, hoy ya no busco inspiración porque sé que si la encuentro se me escaparía. Cada vez que soy feliz ocurre lo mismo.

Las personas más cercanas a mí las cuento con los dedos de una mano y aun así me sobran. ¿Quieres que te comparta un secreto? Nunca soy tan triste como escribo, pero en esta tristeza es donde me siento más cómodo, como si el negativismo fuera esa venda que les hace falta a mis heridas. He buscado mi lugar y no. Te juro que lo he intentado. He intentado pertenecer a algún lado. He intentado ser más sensible, menos indiferente; alegrarme por cualquier motivo, ponerme triste sin razones; he intentado abrazar, mantener la calma, atemorizarme, crear miedos y sorprenderme rápido. Ser entusiasta y aguafiestas; serio y gracioso; maduro e infantil; aburrido e interesante. Lo he intentado. Pero no consigo encontrarme. También me he hecho más duro, he creado murallas en mi cabeza, inexpugnables. He hecho promesas para no cumplir; he sorprendido y decepcionado, pero no consigo librarme de este vacío. He intentado pasar por alto el sentimentalismo, hacer malabares con los recuerdos, glorificar las heridas, minimizar la felicidad y reducirla a un soplo que dura segundos.

Comprenderás que me es difícil identificarme con un grupo de personas. Creo en Dios pero no me siento pleno con otros que también creen. Creo en los valores pero tampoco me identifico con aquellos que los practican. Odio la hipocresía, pero me es imposible entablar una relación lo suficientemente recíproca con aquellos que tratan de hacer lo correcto. Poca gente me inspira. Pocos aún los que me impulsan. Odio lo políticamente correcto y lo incorrecto también. No soy ni de derecha ni de izquierda; ni liberal ni conservador. Ni siquiera estoy seguro de ser neutro. He intentado sonreír con ricos y pobres, codearme con los de arriba y los de abajo, con los que tienen poco y con los que les sobra. Me he mezclado entre artistas e intelectuales, entre revolucionarios y conformistas. Créeme. Pero me siento vacío.

No me llena el alma lo que al resto sí; me es imposible verme abrazando las convicciones que los demás defienden, aunque también sean mías. No me llenan ni las salidas ni las fiestas. No encuentro mi lugar, como si al mundo se le hubiera olvidado que yo también necesito uno. Soy uno de los principales en mi especialidad del instituto y nunca me he sentido como tal. Ni siquiera me identifico con cualquier grupo de lectores; ni como escritor me siento del todo a gusto rodeado de quienes también escriben. Odio los extremos, las generalizaciones. No soy ni fuerte ni débil, e incluso dudo de mis convicciones. Te parecerá una tontería pero nunca he escrito nada más sincero que esto. Así que otra razón no tengo para ponerme triste. Y amarrarme al cuello esta perpetuidad de las causas perdidas.

Esos crímenes de los que hablaba al inicio y esas personas que te he mencionado, son gente que vive en el rincón de mi memoria donde confino todo aquello que, o me hace daño, o me estorba. No he

asesinado las suficientes personas, tampoco he enterrado los suficientes cadáveres, que no son más que recuerdos grabados a fuego en el alma. Aquella sangre que emanan viene a ser el rastro que dejan pese a haberse ido.

Porque nadie, querido amigo, nadie olvida del todo a una persona. Puedes librarte de ellas, puedes ponerlas a un lado, pero sus sombras te perseguirán aunque no quieras. Las volverás a encontrar en un detalle, en ciertos lugares, en una canción, en un libro o en una frase. Puede que incluso estén aquí, en estas palabras. Hay personas que caben incluso en una letra. Y eso, pese a todo el daño que causaron cuando se fueron, las hace especiales. Es algo de lo que nunca podrás librarte del todo. Te aconsejo que tampoco lo intentes.

En mi lista de víctimas me faltan muchísimos. Poco a poco mi mente se convierte en una fosa común, cubierta por la cal del tiempo que siempre se ofrece a aliviarnos la carga del olvido. Soy plenamente consciente de que, por las noches, cuando intente conciliar el sueño, rondarán aquellos fantasmas y me harán compañía. Después de tantos desvelos donde ocurre lo mismo, no me sorprendería mantener una conversación interminable con el pasado. Reconciliarnos y dormir juntos durante unas horas, para que al día siguiente volvamos a la guerra de siempre.

No busco tu lástima. Si la quisiera no te hubiera escrito todo esto. Tampoco busco tu odio, ni tu admiración. Busco que me entiendas o que lo intentes. Que sepas que no eres el único al que le ocurren cosas sin sentido, que no estás solo en esto. Que no eres quien se lleva el récord de cometer tantos errores a diario ni todo el cansancio de tanto luchar acallando recuerdos o a tus propios demonios. Yo también me busco, también me pierdo y estoy al alcance de un suspiro. Por ahí dicen que no hay mal que dure cien años. Aférrate a esa esperanza. Hazlo por mí, que yo sé que si este mal durara la mitad de ese tiempo, no viviría lo suficiente para ver que termina. Y mientras tanto aprenderé a adaptarme, como siempre lo he hecho. Llevo años viviendo así. Y ya me estoy cansando...

Tuyo siempre,
Heber

EFEMÉRIDES

Domingo 5 de noviembre, 2017

Un día como hoy, hace varias promesas, te quise. Después vino la decadencia. Un día como hoy, hace no sé cuántas tormentas, dolías. Después vino la cicatrización. Hoy te recuerdo, como todos los días. Recordarte es ya un acto de cotidianidad más que de masoquismo. Será porque el «automartirio» forma parte de mi rutina o porque esa dolencia que caracterizaba tu recuerdo resbala de la imagen que guardo de ti. Al margen de ello, te recuerdo de diferentes maneras, cada día con menos frecuencia, cada vez sorprendiéndome de ciertos detalles que he descubierto de ti ahora que estamos lejos. Creo que es porque cuando estamos cerca a una persona, un aura la envuelve y nos refleja de ella cierto encanto, cierta luz que hace brillar unas cualidades más que otras y ya, alejados, ese brillo, mengua y salen a flote otros rasgos que estuvieron ahí desde el principio pero que nunca los vimos. No me sorprendería tampoco que ahora veas en mí más de lo que llegaste a ver cuando estaba. Ocurre siempre, por desgracia. Se conoce mejor a alguien en el transcurso del olvido.

Un día como hoy, hace varias risas, hace varios insomnios, hace varias disculpas, hace varios *tequieros*, a una distancia insondable de aquellas confesiones, de las riñas esporádicas, del paso angustiante del tiempo, del esperarte, del echarte terriblemente de menos... un día como hoy te quise. Un día como ayer también. Y un día como mañana. Los días dejan de tener nombre, los meses dejan de tener días y los años son horas que duran más de la cuenta. Hoy no te quiero, claro, pero lo hice un día como hoy, en ese pasado con el que me cruzo de camino al olvido. El día que te quise también llevaba esta fecha, estos números, las mismas horas, el mismo atardecer, todo aquello que a veces nos transmite la sensación de que el tiempo no sigue su curso. Y mientras todo eso permanece, lo demás cambia. Las circunstancias, los sucesos, las situaciones, los contextos y nosotros. Ahora no sé si sigues pensando que el cambio es bueno, pero lo bueno hubiera sido ser felices sin tanto cambio.

Hoy el viaje es más ligero, las maletas las olvidamos al mismo tiempo —porque a estas alturas sería absurdo que carguemos con aquel peso—. Esto que te escribo también se irá en cualquier momento. Cada palabra que dejo es una palabra que abandono, cargada de nostalgia, de pesares. Porque escribir también es liberarse, es dejarte ir sin rencores, sin posdatas, sin ningún atisbo ni verdades a medias. Por eso escribo. No por embellecerte, sino por dejarte del todo.

Aun así, desde que no estás todos los días son promesas. Y no, a mí nunca me han cumplido una promesa. Soy yo el que las hace normalmente y me aferro a ellas. Si las rompo, me rompo yo también; si nunca las olvido, me ausento con ellas; si me libran de la responsabilidad de cumplirlas, me deshago de la responsabilidad de seguir siendo el mismo. Mi razón de ser es mi palabra. Me muevo en función de lo que prometo, por la expectativa que creo en otras personas, por aquello que ofrezco. Pero si me quitan esa ilusión, siempre llega algo a reemplazarla y a instalarse en el lugar que ocupaba en mi vida. Una pizca de incertidumbre, por ejemplo. Del qué hubiera pasado si, del qué estaría sucediendo ahora...

Un día como hoy te quise, hace años. Y un día como hoy, en un mañana al que poco a poco me voy asegurando de poder llegar de una vez por todas, también voy a olvidarte.

ESTE TREN QUE NUNCA SE DETIENE

Martes 23 de enero, 2018

Una de las cosas que más me ha costado —y que, dada mi naturaleza, me seguirá costando, evidentemente— es aceptar que en la vida de otra persona resulto siendo una lección más. Hoy me he puesto a pensar en ello y he contado a muchos con quienes he compartido algo más que una anécdota. Con la mayoría, el salón de clase; con otros, un paseo en autobús, un encuentro fortuito en la playa o en el campo, una mesa para almorzar, y así. Han sido personas de las que recuerdo mejor sus caras que sus nombres. Y ya no están. La lejanía de ellos me duele menos que la de aquellos con quienes he sido yo, es decir, siempre me van a hacer falta aquellos a los que he querido más.

Quizá por ese miedo a que me olviden por completo, he querido ofrecerles algo que —luego de haberlos conocido mejor— supe que nadie les había dado. En todos dejé una parte de mí, una experiencia, una anécdota que puedan contar después; algo que al oír mi nombre les haga sonreír y pensar que, aunque quizá nuestra relación no duró mucho, valió la pena. Porque creo que fuera del dolor que provoca en su momento esa pérdida, lo que realmente importa es que, mientras estuvo conmigo, he logrado aportar algo significativo a su vida. El dolor luego se desvanece y en lugar de la cicatriz se forma una piel nueva, un lienzo con esos recuerdos enmarcados que, en lugar de doler, adornan. En todos ellos hice un hogar y me sentí a gusto. Tanto así que en algún momento creí que íbamos a estar juntos siempre.

La última chica con la que confié en un siempre me dijo que nadie iba a quererla más que yo. Se equivoca. Pueden quererla más y mejor. Alguien lo hará y a mí me relegará al papel secundario de sus recuerdos más bonitos. Tarde o temprano nos olvidan, nos dejan en el lugar que merecemos: el pasado. No es de extrañar. Tampoco es algo que debamos superar, sino más bien aceptar. La mayoría de veces ocurrirá lo mismo, pero eso no significa que vamos a quedarnos solos de por vida. Llegará alguien que se quedará para siempre. Llegarán a querernos y a aceptar nuestra manera de querer. Querrán cambiarnos también y eso, lejos de ser algo malo, es favorable, siempre y cuando cambien nuestros malos hábitos, nuestra negatividad. Nunca terminarán de hacerlo, claro, pero una de las demostraciones más sinceras de corresponder esa buena voluntad es tener la disposición de hacer todo lo posible para que eso suceda.

Y mientras ese momento llega, ¿qué nos queda? Seguramente aceptar a quienes la vida nos ponga delante o pasar de ellos,

prescindir de la aventura o arriesgarnos, adaptarnos a su compañía y luego dejarlos marchar, o irnos si quedarnos ya no tiene mucho sentido. Va a dolernos, vamos a sufrir, va a costarnos asimilar. Pero, sobre todo, vamos a aprender. Y luego, ya lejos, ya superados, lo recordaremos todo. Incluso nos preguntaremos qué hubiera pasado si, o qué estaría pasando ahora. Lo más importante de todo este embrollo es, sencillamente, entregar ese tipo de cosas que nos hagan sentir tranquilos al recordar que la responsabilidad de aquella ruptura no la tenemos nosotros. Saber que lo intentamos. Y que pese a todo no se pudo.

En fin. Mi vida: una estación más de este tren que nunca se detiene.

ENCUENTRO EN LA PLAZA

Viernes 30 de marzo, 2018

Saliendo de entrenar me dirigí a la plaza principal de Chiclayo. Eché un vistazo somero alrededor, en busca de un lugar donde sentarme. En medio de la plaza vi a una chica que revisaba el móvil y, al no ver a nadie más sentado a su lado, decidí que no sería mala idea compartir la misma banca. Quería descansar un poco, distraerme y, a ser posible —teniendo en cuenta mi actual circunstancia—, hacer una nueva amiga. Comencé haciendo un comentario respecto a una señora que estaba con su hija caminando cerca de allí. A ella pareció hacerle gracia y me miró sonriente, como si estuviera esperando a que continuara con la conversación. Luego le dije que me gustaban los niños y los gatos. No sé por qué mencioné a los gatos, aunque bien podría haber sido por la influencia inconsciente de sus ojos claros. Ella respondió que le gustaban los gatos más que los niños. «Yo tengo un gato», dije sin pensar, y luego añadí: «es siberiano». Su sonrisa fue esta vez más amplia. Hacía tiempo que ninguna chica me sonreía de esa forma. «Siempre quise tener un gato siberiano», respondió.

Luego la conversación derivó por temas un tanto superfluos, podría decirse que lo típico de estos casos. Supe que recientemente había cumplido los veintidós años y que cursaba el noveno ciclo de enfermería. No era chiclayana, sino trujillana, y a juzgar por el color de sus ojos, el que le gustaran los gatos no era casualidad. A mí los gatos siempre me han significado elegancia, pulcritud, discreción; al mirarla, sus ojos me hablaron de lo salvaje, de esa fuerza interna que siempre les permite a los felinos caer de pie. Quizá por esa razón, y por la manera en que gesticulaba las palabras y me hablaba como si me conociera de toda la vida, no me cabía duda de que, siendo tan centrada en sus asuntos personales, la presencia de un extraño no la intimidaba. Hablando con ella tuve la impresión de que había estado esperando a alguien, aunque no a una persona en específico. Simplemente a alguien y aparecí yo. Todos, aunque sea una vez, hemos deseado lo mismo.

Nos embarga la soledad al punto que deseamos la compañía de un extraño, aunque esa compañía sea efímera, porque hay vacíos aparentemente profundos que resultan en realidad ser superficiales y que, para llenarse o desaparecer temporalmente, no exigen más que un saludo, un cruce de miradas, unas palabras amables que nos permitan salir del mundo en el que habitamos. Unos minutos más tarde miré mi reloj y comprobé que la hora pasaba de las siete de la noche, así que tuve que excusarme, alegando un asunto urgente que

debía atender en ese momento. Ella dijo que estaba bien, que ya tenía que irse de todas formas. Cuando me pidió mi número para comunicarnos por WhatsApp, la miré un instante antes de responder. Le dicté uno al vuelo y me fui. Era cierto que su soledad me había llamado la atención. Era cierto que quería hablar con alguien. Pero ocurrió lo que hace tiempo no me ocurría: un impulso de desidia de último momento. Cuadras más allá, mientras caminaba de regreso a casa, no pude evitar sentirme culpable: el número que le había dado no era el mío. Y no tenía gato. Nunca me gustaron los gatos.

EL UMBRAL DE NUESTRAS DECISIONES

Lunes 20 de agosto, 2018

Querida Nadie:

¿Hace cuánto que no te escribo? Supongo que nos hemos dado un tiempo, ¿no? Quiero decir, yo para intentar no buscarte y tú para pensar bien si quieres ser encontrada. Ha pasado más de un año, querida Nadie. Trescientos sesenta y cinco días, ocho mil setecientas sesenta horas, quinientos veinticinco mil seiscientos minutos, y así podría continuar hasta obtener una distancia kilométrica desde entonces y te juro que —ya no sé si a mi pesar o por fortuna— no he dejado de pensar en ti. No he dejado de idealizarte, quiero decir. Una de las cosas que más me ha costado es entender que te quiero mientras pueda sentirlo y lo sentiré mientras existas. O mientras albergue la esperanza de ello.

Me pregunto también si habrás existido para alguien más, si te habrán abrazado con esa ansia de que el tiempo se detenga, si te han besado desde los labios hasta el alma y del alma al infinito, si te has planteado no seguir tu camino hasta mi meta, o si acaso alguna vez pensaste en mí como un abstracto. Me pregunto si yo para ti también significo un imposible, un sueño que alguna vez tuviste y que no dejaste de buscar las siguientes noches. Me pregunto si anhelarás sentirme, encontrarme; si necesitarás la certeza de que estoy esperándote, de que te estoy buscando, de que hago lo posible para llegar a ti poco a poco.

Ya sé que te dije que no te esperaba. Sé que te reproché injusticias, que no terminé por entender que también tenías tus propias dificultades. Sé que es posible que las circunstancias —que desde siempre han jugado en nuestra contra— te hayan retenido por el camino y que te hayas tardado sin querer por ello. Ese ha sido mi pretexto para pensar en ti, porque no he podido dejar de quererte en trescientos sesenta y cinco días y ya no tengo ganas de hacerlo. Porque no, no es tu culpa. No te odio. Y nunca lo hice.

Sabrás que he continuado escribiendo. Sabrás que no lo he hecho como antes y que he cambiado un poco, según lo que me dicen. Ni siquiera lo he notado en el proceso, querida Nadie. Los cambios que uno ha tenido en la vida son visibles sólo desde el mirador del presente hacia el pasado, nunca a la inversa, así que puedo verlo recién ahora, cuando ya no puedo cambiar nada ni lo veo necesario. Estoy estudiando y me ha ido mejor de lo que esperaba. Me inscribí a un gimnasio y he recuperado gran parte de mi salud física, que para

tan corta edad se estaba deteriorando. ¿Recuerdas mis dolores de cabeza frecuentes, mis problemas para dormir, el dolor de mis huesos? Ya no están. Siento estar en un cuerpo nuevo, más fuerte, más atlético, apenas reconocible. Trabajé un tiempo en mi segunda pasión, que es la cocina. He aparecido por primera vez en un medio de prensa de mi ciudad y ha sido increíble. Todavía no me lo creo. Ahora tengo más amigos, el doble de planes y estoy lleno de ganas de cumplirlos. ¿Quieres aparecerte ahora o prefieres encontrarme completamente realizado? No hay prisa, querida Nadie. No hay prisa. Ya no. Ven cuando quieras, que aquí la puerta estará abierta siempre y cuando la que llame seas tú.

En estos meses he tenido tiempo suficiente para darme cuenta de que tú eres la composición de lo hermoso y sus contrapartes. Que no eres perfecta, que eres tan humana y como humana cometes errores, te dejas caer, tropiezas. Por ejemplo, yo, que siempre te vi fuerte y dura como el diamante, tengo que aceptar que eres blanda y dócil, que sueles romperte y que las grietas te adornan. Que no siempre tendrás las palabras adecuadas, que no siempre tu tiempo será el mío ni el mío lo harás infinito. No siempre vas a querer quedarte, no siempre vas a querer abrazos; también te gustará estar sola, también vas a querer tomar otros caminos, verter tu encanto, volver e irte, para regresar de nuevo, más bella, más fuerte, más lista. Por eso te escribo todavía, querida Nadie. Todavía quiero ser quien te espera, quien te anhela, quien te sueña y quien te pide a los vientos o a los mares como pide un náufrago una isla. Tú me salvarás la vida de esa forma. Sin ser perfecta, sin pretender darme lo que no tienes, y aprenderemos a ser felices con lo poco y mucho que podamos conseguir juntos, como lo hacen las mejores parejas.

¿Sabes? He escrito esto con la misma ilusión de aquella primera carta, hace casi tres años. Ahí ya había visto un futuro contigo, después en las siguientes cartas ese futuro se ensuciaba de rencor e impotencia y ahora parece ser que lo veo más claro. Ni tan rosa como al principio, ni tan gris como hace poco. Lo veo del modo que se ven las calles a través de una ventana, con ese realismo y esa esperanza de que lo único que nos separe sea el umbral de nuestras decisiones. He necesitado centrarme en ello para no caer en el peligro de sufrir por exceso de sueños.

Hasta que vengas, yo iré preparando las cosas por aquí, para darte la bienvenida que te mereces y no el adiós que te dije que te daría. Seguro que cuando vengas no será invierno, pero sea la estación que sea, será mi tiempo favorito porque has llegado. Y sé que lo harás para quedarte. Voy a seguir buscándote también, ¿de acuerdo? Tú haz lo propio y ya nos encontraremos cuando sea el momento oportuno. Eso sería lo ideal. Cuídate, hasta entonces.

Tuyo siempre,
Heber

MI MALDITA INTRANSIGENCIA

Viernes 31 de agosto, 2018

Nunca olvidaré esa sensación de vacío, felicidad, tristeza y éxtasis —todos juntos al mismo tiempo— que me dio cuando la vi. ¿Por qué será que llegamos a sentir simultáneamente eso por una persona? Tal vez sea porque solemos tener la ingenuidad de quererla sin tenerla y antes de tenerla ya tenemos miedo de que se vaya. No puedo encontrar otra explicación a lo que me ocurrió con ella esa noche en la fiesta. Yo llevaba ya varios minutos esperando en la puerta del local, dando la bienvenida a los que iban llegando. Justo cuando creía que no iba a venir, un taxi se estacionó y pude verla desde la ventana en el asiento trasero. No venía sola y, aunque reconocí a su madre y a su hermana, mi atención se la llevó ella por completo. Me quedé quieto, contemplando cómo el momento que había esperado durante todo el día se estaba haciendo realidad. Al verme sonrió como siempre: como si fuera la primera vez que lo hacía.

«Calma, Heber —pensé—. ¿Realmente estás enamorado?», pero en aquel momento no me atreví a darme una respuesta inmediata. De pronto, como intuyendo la situación, un fragmento de la canción de James Blunt llegó a mi pensamiento. *«I saw an angel»*. En aquel breve lapso que duró su caminar hasta donde yo estaba, me pregunté si acaso no era una especie de traición pensar en esa canción justo en ese momento, cuando antes la había pensado por otra mujer. Comprendí entonces que la magia que una canción transmite para hacerte sentir algo es increíble, pero que sientas algo tan hermoso para luego pensar en una canción lo es aún más. Tomé su mano y la saludé con un beso, de esos que se dan por formalidad, más porque estaba bajo la mirada de su madre que por falta de redaños. Luego me las presentó y saludé a la señora y su hermana, que conformaban un elegante trío de mujeres vestidas de luz y noche. Un instante después, procedí a escoltarlas hacia el interior.

La noche comenzó a demandar parejas a la pista. Varios ya habían salido cuando fui a verla para hacerle compañía, aprovechando que estaba sola.

Me quedé a su lado, contemplando el roce de luces que acariciaba sus mejillas y su cuello. Estaba preciosa, maldita sea. Preciosa. Un vestido negro que dejaba sus hombros desnudos y que le llegaba a medio muslo la ceñía. «No bailas, ¿verdad?», me preguntó, para luego asumir mi silencio como respuesta. Después comenzó a bailar, primero con su hermana, luego con un compañero. Más de uno se me acercó a pedirme que la sacara a bailar; a más de uno le di la misma respuesta.

No dudaron en atribuirme calificativos indeseables, pero eso ya me lo esperaba; en todas las fiestas a las que he ido ha sucedido lo mismo y aun así nadie nunca llega a entenderme.

Sólo me quedaba mirarla. Por cada paso que daba, yo la demandaba en mi vida; por cada movimiento que articulaba, me clavaba un puñal a mí mismo; un baile suyo era una tortura mía; así, por cada canción que bailaba, yo la tocaba en mi mente y la perdía al mismo tiempo. Me invitó a bailar dos veces seguidas y rechacé ambas. Sabía que ella lo entendía pero a la vez tenía claro que quien también debió entenderla era yo.

Se dirigió nuevamente al centro del salón para que todos los focos del mundo —y con esto me refiero a mis propios ojos— apuntaran a ella. A veces me pregunto si en realidad es la música la que se mueve a tu ritmo cuando bailas, pensé. Me sentí inexplicablemente feliz por saber que estaba ahí y algo me decía que eso debía ser suficiente. La veía bailar y deseé tanto ser yo aquel. Deseé tanto poder. Deseé tanto atreverme. Cuánto tiene que sacrificar un hombre con tal de mantener una moral. Cuántas derrotas caben en un solo baile. Cuántos tragos amargos. Cuántos.

La vi caminar de vuelta hacia alguna parte del salón. Y mientras lo hacía, no le quitaba los ojos de encima. Ya no me cabía duda de que la ternura y el deseo se habían fundido para darle forma a su cuerpo. Minutos más tarde se acercó a la mesa que compartía con otros amigos. Le ofrecí algo de gaseosa, que era lo único que yo había ingerido en toda la noche. Ella negó la invitación, lo mismo para el vodka. Entre pláticas dejamos que los minutos desfilasen hasta que vi el reloj y decidí que tenía que irme. Antes de que lo hiciera, me tomó de la mano, invitándome a bailar, por enésima vez. «Tengo que irme», fue lo último que le dije antes de besarla en la mejilla. La dejé ahí, compartiendo mesa con mi maldita intransigencia. Las luces borraron mi sombra. Su sonrisa se fundió en mi memoria. Más de un compañero insistió en que me quedara aunque sólo fuera por esa noche. Y lo hubiera hecho, pero no lo hice. Mientras me alejaba de ellos, intenté borrar la imagen de sus ojos acusadores, evadir la voz de mi conciencia martilleándome las sienes, que me impedían llegar a la puerta de salida sin arrepentirme más de una docena de veces de haberla dejado ahí.

Afuera las calles estaban desiertas. Pistas sin vehículos, casas sin luces, yo sin ella. El frío me atenazaba los huesos, pero los minutos también corrían. Y mientras yo me llevaba su imagen a casa, la música que aún sonaba en mi cabeza se llevó mi rastro. Llegué a casa con frío y me dirigí a la cocina para tomar algo caliente. Luego me metí bajo las sábanas, todavía incapaz de apartar su nombre de mi mente. Para cuando me volví a hacer esa pregunta, ya tenía la respuesta: «Sí, estoy

enamorado». Quise repetírmelo hasta creerlo. Porque lo necesitaba. Necesitaba creer que todo lo que había sentido por ella durante el baile era real. Aquella noche soñé que volvía a verla. Ahí sí me atrevía. Ahí no me importaba otra cosa. Y deseé que todo fuera tan fácil como en los sueños.

BLANCO FÁCIL DE LA NOSTALGIA

Domingo 9 de setiembre, 2018

Todo este tiempo he estado mintiendo y lo he notado luego de haberme despedido de la última persona con la que compartí una buena charla, donde no faltaron las risas ni las reflexiones, de esa clase de pláticas que tengo una de cada mil veces. Todo este tiempo he querido creerme una mentira, no con la intención deliberada de no aceptar la realidad, sino por la necesidad inconsciente de la supervivencia. Mucho he dicho acerca de que me gusta estar solo, que disfruto la lejanía, el ensimismamiento misterioso y lleno de silencios, el que nadie me conozca, el caminar a mis anchas, el enfrentarme a la vida todos los días con mis propias fuerzas sin más compañía que la de mi sombra. Pero no. No es cierto. ¿Cómo es que he tardado en reconocerlo? Y han pasado tantos años de eso, tantas oportunidades que he perdido, tanta resignación, tantas sonrisas que regalé con el propósito de evadir un cuestionario que le permita a mi interlocutor —sea quien fuere— conocerme un poco más de lo que estaría dispuesto a ofrecer de mí mismo.

Lo cierto es que, y a la luz de estas recientes cavilaciones, la soledad no me gusta. Me encierra en casa y me hace creer que mi mundo son esas paredes y esas mesas, llenas de papeles o desórdenes varios, en los que transcurren sin piedad mis minutos, mis horas bajas y altas, las más productivas e infructuosas. La soledad me es un parásito pegado a la piel, que se alimenta de mi vitalidad y me dibuja en el rostro expresiones de pérdida.

No salgo porque me deprime caminar solo, ir solo a los sitios, disfrutar sin alguien al lado. Me deprime ver a gente que tiene con quien reír, me deprime la felicidad ajena, saber que otros disfrutan lo que yo estoy destinado a envidiar. Necesito quedar con amigos siempre, saber que un lugar nos espera, compartir los momentos porque la amistad es lo único que embellece a mis ratos libres. Para lo que sea. Caminar, conocer nuevas rutas y destinos, para comer algo o simplemente para hablar de la vida y lo mucho o poco que hemos podido conseguir mientras no nos hemos visto.

Me he dado cuenta de que no soporto la soledad porque antes no me había atrevido a contradecirla. Si ella decía que sí, yo obedecía; si ella decía que no, yo bajaba la cabeza y guardaba silencio. Pero un día me enfrenté a mis propios argumentos y me prometí serme sincero, y acabé por reconocer que soy más feliz cuando comparto momentos con alguien. Que respeto y hasta envidio a quienes pueden desenvolverse en cines, restaurantes, plazas o parques sin nadie al

lado y que eso no les suponga ningún inconveniente; yo no puedo.

Lo he intentado pero en ninguna oportunidad he estado exento de inquietudes. Siempre he deseado tener a alguien acompañándome. Si no, le dejo mucho espacio a la tristeza, me convierto en blanco fácil de la nostalgia. No necesito de una multitud, sino de las personas adecuadas. Esas que me transmiten la sensación de que los días no serían los mismos sin su compañía son la clase de personas que necesito en mi vida.

TIEMPO Y PACIENCIA

Jueves 3 de enero, 2019

Querida Nadie:

Otro año sin ti, sin haberte encontrado. Pero quién me hubiera dicho que esto sucedería… Que, aunque no hayas venido puedo sentir que estás cerca. Estás todavía metida en mi octubre y he comprendido que los años que se me aumentan son los años que se te restan. Sin embargo, sé que vienes, querida Nadie, sé que vienes. De a poco, paso a paso, gota a gota, segundo a segundo, como midiendo tus tiempos, tus movimientos. Ya no te culpo la demora, no te condeno la ausencia, no le lloro a tu sombra, no beso tus huellas. Ya no me visto de tristeza, ni oculto mi sonrisa por miedo a la vergüenza; ya no me pesa la culpa ni me dejo llevar por mi cordura, ya no. Ahora soy capaz de mirarme al espejo sin maldecirme, puedo vestir esa ropa que nunca pensé que usaría y hasta me siento en el cuerpo de otro. Siempre amé esa sensación, querida Nadie: la de estar lo más lejos posible de mí mismo.

Claro que no huyo de mí del todo, claro que tengo deudas pendientes, claro que aún hay páginas en blanco y bolígrafos cargados de la tinta de historias que aún no escribo, pero ya no tengo miedo. Me siento como aquel que escribe porque sabe que necesita y quiere hacerlo, no porque debería. Me siento con la suficiente fuerza como para buscarte, fracasar en el intento y no culparte por estar tan lejana. Me siento de tantas formas y en ninguna de ellas me reconozco. Y así como ya no tengo miedo, tampoco tengo ganas de buscar explicaciones. Sólo sé que ahora tu presencia no está tan lejana, que he podido sentirte incluso, soñándote más despierto que dormido, cantando a tu lado, viendo películas, hablando de todo aquello que no le importa a nadie más que a nosotros. Pero no creas que ha sido fácil. No. He tenido que cortar algunos circuitos inútiles de esta máquina interna a la que llamo corazón y cuyos engranajes están oxidados por la demasía del tiempo y la escasez de mantenimiento. He tenido que vencer mis miedos, pero de eso se trata, ¿no?

¿Qué sería de la esperanza si no hubiese un miedo que la alimente? Por ello te tengo aún en la mira, querida Nadie. Yo me estoy preparando también para recibirte, estoy trabajando en mi personalidad, en mi actitud interior, para que al verme no te asustes ni pienses que estarías mejor sin mí, lejos, escondida en esa incertidumbre de la que tanto me ha costado sacarte.

También estoy haciendo planes para nosotros. Pero de ellos

prefiero hablarte cuando te encuentre, cuando por fin hayas llegado. Ahora me dedico a leer más libros, habituarme a ejercitar mi escritura a diario, para no olvidar aquello que vivo, para crear recuerdos que puedan leerse y no sólo evocarse en proyecciones mentales, en figuras o sonidos; quiero que las palabras hablen por mí, quiero que ellas sean las constructoras de este presente que mañana veré lejano, pero que al mismo tiempo me contará cómo he sido, lo que he hecho y, sobre todo, el momento exacto en que llegue a conocerte. A partir de ello podré darle a mi vida un rumbo, un sentido, rescatando lo que he venido aprendiendo durante años, para no cometer los mismos errores al quererte, al querer forjar mi porvenir a tu lado. No quiero una vida perfecta, porque lo perfecto no sólo es inalcanzable, sino también aburrido; contigo quiero una vida de incertidumbres; no de esas que nos hagan dudar de nosotros, sino de aquellas otras que nos permitan albergar expectativas, para que lo que venga siempre sea sorpresa, aunque la sorpresa ya haya llegado contigo.

En este tiempo he estado aprendiendo también. He conocido personas increíbles, he disfrutado momentos que quisiera haber vivido contigo, pero no me arrepiento y tampoco quiero que tú lo hagas. Quiero que, al encontrarte, traigas también tus aventuras, tus conocimientos, tu aprendizaje, y los compartas conmigo. Quiero conocerte a fondo, descubrir la estructura de tus pensamientos, que me expliques por qué sí o por qué no, y que podamos complementarnos de ese modo. Quiero que veas en mí un mundo por descubrir, un libro con páginas que no sólo puedas leer, sino también en las que puedas escribir. Quiero verte y contemplarte, descubrirte; que seas un misterio, que seas, en tu estado más puro, la demostración más fiel de ti misma, de esa mujer fruto de experiencias que te han hecho ser como eres. Yo puedo imaginarte de muchas formas pero la verdad sólo la conoceré cuando llegues.

Y mientras tanto, lee, lee mucho. Conoce, disfruta, atrévete a viajar, atrévete a sentir, a abrazar, a aprovechar cada momento. Canta, ríe, baila, llora. Sé agradecida, no te guardes palabras de las que suelen depender los instantes. Que tus miedos se enteren de que vas a vencerlos, que tus ganas sepan que no te quedarás con ellas, que la vida te sonría la misma cantidad de veces que lo has hecho, y que nunca tengas la necesidad de convertirte en otra, si lo que quieres es expresar aquello que sólo puede venir de ti misma. Yo voy a querer verte así, aunque tenga que soportar otro año lejos, aunque tenga que buscarte en otros vuelos, aunque me cueste conquistarte y decirte que, si bien es cierto que recién te conozco, la verdad es que llevo esperándote toda la vida.

Me centraré en construir ese hombre que quiero ser para ti, para que al verme también te entren ganas de descubrirme, para que al

quedarte ya no tengas ganas de volver a irte. Seré lo que buscas, si logro encontrarme primero. Y para ello necesito tiempo y paciencia. Espero que sepas comprenderme, tanto como yo me he propuesto comprenderte a ti también. Estamos juntos en esto, aunque no nos conozcamos todavía. Te quiero y espero.

Tuyo siempre,
Heber

REENCUENTRO

Martes 8 de enero, 2019

Cuando Noelia me pidió volvernos a ver no supe qué decirle. Habían pasado dos años desde que nuestros caminos se bifurcaron hacia diferentes futuros. Noelia, la música de mis silencios, volvía a esta ciudad que la vio nacer, vivir, cumplir los veintitrés y luego proponerse ampliar sus horizontes para abandonar a aquel poeta que creyó haber escrito sus mejores líneas con los labios sobre su cuerpo. Me citó en la playa, para pasear sobre el muelle que se adentraba más de setecientos metros en el mar, desde donde puede observarse ese atardecer de invierno que quedó grabado a fuego en mi memoria. No tuve más remedio que decirle que sí, fingiendo una voz serena que enmascaraba las ansias que en el fondo sentía por volver a verla.

El día previsto, llegué y la encontré apostada a la entrada del muelle. «Quise venir antes para recorrer el lugar sola antes de que llegaras», me dijo. Estaba radiante; los meses de intenso trabajo no le habían conseguido dibujar una sola marca de expresión. Radiante, como el sol mirándose al espejo; radiante, como debe sentirse una estrella que sabe que más de un incauto la mira para pedirle un deseo. Noelia, que siempre fue más valiente que yo, me tomó del brazo y así accedimos hasta el final del muelle. «Aquí nos besamos por primera vez», murmuró. La mención a aquel suceso me trajo mil imágenes a la mente. Un abrazo, un aroma, un tacto, un abismo, un beso. Fue un beso el que nos robó las palabras, fue un abrazo el que se llevó la duda, fue el tacto el que confirmó nuestra presencia, fue su aroma el que se quedó para siempre, fue el abismo el que nos recibió en la caída.

Y ahora, a varios años de distancia de aquel día, la miraba y no sabía por qué. Por qué tuvimos que dejarlo, porqué vaciamos el revólver disparándonos a nosotros mismos. ¿Nos odiábamos tanto como para querer matarnos, o nos queríamos lo suficiente como para no morir juntos? Pero ocurrió y ahora la encontraba asida de mi brazo, con sus ojos fijos en los míos, como si pudiese leerme por dentro.

Después vi el mar, y al sol mirándose en el espejo del agua. Luego el deseo abrió de nuevo el abismo. Noelia me miraba esperando, y entonces fue cuando supe que no quería perderla de nuevo. Quizá tuviera que pagar el precio del ahogo, del tiovivo de la vida que nos trae tarde o temprano al mismo sitio y a la misma persona. Pero supe que la quería al no haber regresado en más de dos años a aquella playa solo. Supe que la quería al no haberle contado a nadie que ella

nunca se había ido y que mi soledad era totalmente voluntaria. Entonces la besé. La besé en aquella playa. Y el abrazo, el tacto y el aroma hicieron el resto.

PARA SIEMPRE

Escrito: viernes, 14 de diciembre del 2018
Publicado: martes 30 de abril, 2019

Hay ayeres con los que aún no me reconcilio, atardeceres que carecen de belleza, futuros días que me esperan con las garras afiladas. No fue fácil y no hay día, no. No hay día ni hay horas, no. Pero un día me permití un amago de determinación, un poco de frivolidad en mis decisiones y te busqué, a tientas, casi con miedo a tropezar con ese obstáculo de la mente, de los temores que saben que nunca he sido bueno para querer a alguien.

Atravesé por bosques de dudas, desiertos de inquietudes, lluvias de recuerdos, ríos de inestabilidad, mares de tristeza sin puerto de esperanza, tormentas de pensamientos sin arcoíris de paz ni plenitud. Recorrí los caminos con tu mapa entre mis dedos inquietos; tu mapa y la luz de tus ojos, las rutas de tus manos, las huellas que dejaste y ese aroma que te hacía inconfundible. Nadador novicio, me arrojé al agua y casi me ahogué; poeta empedernido, te escribí sin cansancio y he quedado exhausto, vacío, sin palabras ni silencios. Mochilero sin mochila, viajador sin destino, te busqué por tus formas y te vi en mi sonrisa, en ese sol amable y limpio, cayendo a lo lejos; te vi en la noche, porque también fuiste tinieblas y te quise como se quiere a los días en los que somos felices: disfrutando de la luz, pero sabiendo que la oscuridad también forma parte del paisaje.

Por eso vine, por eso volví, porque no lo había olvidado. No olvidé quererte, ni desaprendí el pronunciar tu nombre a solas, cuando los ruidos de la calle no podían interferir con esa devoción casi enfermiza que tuve por recordarte. Volví y fue triste saber que no me has estado esperando. Fue triste saber que te habías ido, si no de este sitio, al menos de mi vida. Podía hablarte, podíamos platicar, pero estabas más lejana que nunca y yo... yo aprendí a verte a esa distancia. No hubo más *tequieros* y lo peor fue mi miedo de siempre. Pudiendo rescatarte, preferí alejarme también, porque, aparte de cobarde, lo cierto es que soy también muy orgulloso, y esa fue nuestra peor distancia.

Por eso no me sorprendió que, esa canción que alguna vez fue mía, se la estuvieras cantando a otro. Ese querer que me entregabas, lo poseía otro. Otro, como si mi nombre no hubiese pesado nunca en tu alma, como si fuese una etiqueta de un recuerdo completamente desechable. Otro, como si el reemplazo enmendara las tristezas. Ese otro te querrá, entonces; adornará contigo sus días y a mí me quedarán las heridas que me hice de retorno a las puertas de tu vida.

Nos mató el silencio, la palabra pendiente, el futuro lejano. Nos mataron los sueños: creer en ellos; nos mató la esperanza: pensar que no se iría. Nos matamos nosotros, porque al irme callé y quise hablarte cuando ya no me oías. Vuelve. Quédate. Sé que no me oyes, pero te quiero. Y ahora sólo me queda ese camino que me espera tras la espalda, el retorno al aura lúgubre de los paisajes en los que no te encuentras, el sabor rancio de las mañanas en las que no me acompañas.

Llámalo desesperado, exagerado o ridículo, pero el llanto que solté por ti también fue sincero y profundo; un llanto de pérdida y lejanía, de un sentir tan real como el dolor que causa la ausencia, como la tristeza por ver cómo te marchabas sabiendo que nunca más volvería a verte. Hoy debo volver para rescatarme, para regresar a aquel que abandoné porque nunca quise creer en sus advertencias; le pediré perdón, le prometeré que ya nunca volveré a dudar de sus palabras. Ya no tengo nada que perder, no me queda ningún pendiente tras tus pasos. Se ha ido todo contigo, los libros y los poemas, también mis sueños y el futuro que aún me mira con esos ojos de desprecio. Sólo me tengo a mí y debo aprender que vine a este mundo sin conocerte y que me iré de él sin volver a verte. Pero cómo duele. Cómo me dueles.

Espero que seas feliz en los parques que nunca nos vieron juntos, espero que seas feliz celebrando los aniversarios en la ciudad de tus sueños, espero que se apiaden de ti las noches en las que, por azar de las circunstancias, recuerdes que hubo alguien que intentó enamorarte con palabras porque eso era lo único bueno que podía ofrecerte. Pero, sobre todo y, llegado el momento, espero que me olvides y nunca más confundas mi nombre con angustia, nunca más te culpes ni te odies, que para entonces también habré aprendido a no esperarte y a descansar en la ignorancia, que tan feliz dicen que puede hacernos.

Adiós, bonita. Me duele saber que nuestros caminos jamás existieron para ser sempiternos. Me duele ver cómo se le quita las alas a un poeta, un poeta que hoy se queda sin la mujer que quiso para sí, sin palabras que existan más allá del papel y la tinta que nunca valdrán lo que tu presencia significó para él. Adiós, señorita de mi vida. Adiós para siempre, mi querida y dolorosa, mi eterna y pasajera musa. Nunca dejes de inspirar.

Tuyo siempre,
Heber

DISTANCIA DE CUALIDADES

Domingo 18 de agosto, 2019

Querido diario:

Te tengo algo abandonado, no me culpes. Tampoco es que sea del todo inocente por haberlo hecho. Verás, han sido días difíciles. Creo que lo son más por mi empecinamiento que por su propia dificultad. Los días son prácticamente los mismos pero soy yo el que se encarga de dotarlos de cierta individualidad. Ayer fue un día especialmente cansado: estuve con malestar todo el día y me prometí que hoy, que es mi único día libre de toda la semana, iba a pasármelo leyendo y escribiendo algunas cosas. Adivina qué. No hice ninguna de ellas —si descontamos esta excepción, claro—. El malestar continúa y no da señales de irse desvaneciendo...

Ya no escribo como antes. Creo que la última vez que escribí un poema fue el 28 del mes pasado. Al inicio era muy frecuente, ¿sabes? Por allá, por el 2014, cuando la llama de la ilusión aumentaba su intensidad con cada día, los poemas llovían casi a diario. Las frases que salían de estas manos también lo eran. En mi blog no había día en el que no se viera algo nuevo y, ahora, es como si todo eso se hubiese ido. Siento aún la pasión, el empuje, pero no siento las ganas. Tengo las ideas, pero no el modo de ordenarlas; las palabras están ahí, pero supongo que, muy a mi pesar, he decidido acobardarme cada vez que veo un espacio en blanco en el que escribir. Me he alejado de las personas también. Es cierto que nunca he sido de muchos amigos, pero esto está lejos de ser lo que imaginaba. No he vuelto a ver a gente que me importaba muchísimo y lo peor es que yo mismo he marcado la distancia. Esta distancia, más que de kilómetros, es de cualidades. Me separa de ellos una serie de costumbres y preferencias.

No hago lo que ellos hacen porque no lo disfruto y ellos no hacen lo que yo hago porque no es su mundo y lo acepto. No convergemos, esa es la realidad. Cuando me pongo a pensar en qué fue lo que nos unió al principio, para todos tengo una misma respuesta: un salón de clases. Eso es lo que nos unía, por eso los conocí; fuera de eso, no tenemos muchas cosas en común. Por eso digo que casi siempre he estado solo.

Necesitaba desahogarme, querido diario. Ahora que has vuelto a ser público, me pregunto si no habrá alguien que, como yo, se sienta parte de un mundo que se acaba, un mundo donde no existe lo que conocía, en el que ya no tiene ganas de sumergirse. ¿Se me apaga la pasión? Sí, pero, ¿por qué? Supongo que es por tanto fracasar. No me

preguntes, que no pienso contarte en qué. No todavía. Me gusta hablar de mis errores cuando los he superado y aún estoy sumido en ellos, sufriendo sus consecuencias. Hasta cuándo, me pregunto todos los días. Hasta cuándo estarán las consecuencias, pero, sobre todo, hasta cuándo seré capaz de hacerles frente y salir de este lío. Ojalá —y esto es algo que pido con fuerzas todos los días— llegue el momento en el que pueda perdonarme a mí mismo. Soy muy rencoroso y, al final, la persona a quien más le guardo rencor la veo todos los días frente al espejo.

Hasta pronto (espero),
Heber

ONCE MESES

Miércoles 6 de noviembre, 2019

—¿Y te acuerdas de ella?

No podía negarlo.

—Todos los días —respondí.

Ella estaba en todas mis rutinas, desde mi despertar, con esa luz preciosa que se instalaba en sus ojos de madrugada. Estaba en el espejo cuando me arreglaba, más por gustarle que por gusto propio. Estaba en mis rutinas del gimnasio, en mis viajes en auto, en los atardeceres que alargaban las sombras al paso. Estaba ahí, incluso, con su nombre en el calendario, con su voz dándoles forma a mis palabras, con sus manos que despedían y acariciaban. Estaba en forma de luz, de recuerdo, de imágenes fantasmales que me acompañaban y que a veces se confundían con la gente de la calle, con los libros que abría, y que entorpecían mi intento de escribir poemas idealizando un mundo en el que no cupiera la nostalgia, en el que fuera posible quitarse el dolor de encima.

—¿Qué es lo que más te gustaba de ella?

—Tal vez esa es una de las preguntas para las que no suelo tener una respuesta. Y digo bien: una respuesta, porque tengo varias, ya que nunca me ha gustado limitar su encanto. Me gustaba su sonrisa de hipnotizar mis gestos, su silencio de callar mis demonios. Me gustaban sus piernas de despertar mis hormonas, sus abrazos de estrenar estaciones. Me gustaban sus labios de humedecer intenciones, su lengua con sabor a futuro, su culo de pervertir mis pasiones, sus gemidos de maldecir la tristeza. Me gustaba su manera de abrir las piernas cuando me deseaba dentro; su manera de cerrarlas cuando me tenía ahí, para no dejar que me fuera. Con ella embelleciendo mis noches me daba cuenta de que, mejor que tener a alguien en tus manos, es saber que le perteneces a la persona correcta.

—¿Y ella era la correcta para ti?

—Me gusta pensar que sí, aunque esté lejos.

—¿Qué tan lejos está ahora mismo?

—No tengo idea. ¿Cuánta distancia hay entre un sentimiento ajeno y un recuerdo?

—¿Qué piensas que está haciendo?

—Siendo feliz, por supuesto. Si es cierto que fue mi persona ideal, no necesariamente esta condición se cumple a la inversa. No me recuerda, no me echa de menos. Publica fotos en Instagram siendo feliz con su nuevo novio, tal vez bendiciendo los once meses que ha pasado con él, tal vez maldiciendo los cuatro años que perdió

conmigo. Pero eso no quita el hecho de que la quise como a nadie. Él no va a quererla en once meses lo que yo alcanzaba a quererla en un solo día. Puedo sonar egoísta y no me importa. Del amor siempre pensé que sólo una vez se quiere hasta el punto de entregar tu vida por una mujer, y a ella ya le entregué lo que yo nunca podría entregarle a nadie, que es igual a decir que le di aquello que nadie le había dado.

—¿La sigues queriendo?

—Con toda mi alma.

—¿Por qué se fue?

—Llevo once meses haciéndome esa misma pregunta.

—¿La extrañas?

—¿Cuál fue la primera respuesta que te di?

—Todos los días.

—Pues eso. Todos los días. La extraño todos los malditos días.

CRISIS CREATIVA

Jueves 14 de noviembre, 2019

Querido diario:

Ya no sé cuántas veces he intentado escribir sin conseguirlo en estas últimas semanas. Pensé que era cuestión de leer más y, debido a esto, me he embarcado en lecturas y relecturas, sólo para comprobar, después ante un espacio en blanco, mi nula capacidad de colocar las palabras correctas en un orden armónico. No he percibido musicalidad ni belleza en los intentos de poemas que esbozo y que terminan siempre en publicaciones ocultas o borradores en el móvil. Esto me ha llevado a formularme una pregunta recurrente: ¿Qué diferencia a este Heber que soy ahora con el que era hace cinco años, cuando la llama de la ilusión era abrasadora? La respuesta es obvia, los cambios que hay parecen innumerables, pero creo dar con una cuestión en específico que incluso yo mismo quería ignorar: la tristeza.

Antes, por mi manera de afrontar las circunstancias, era propenso a bajones causados por desilusiones propias de la adolescencia. Con el tiempo he ido, si se podría decir, perfeccionando la manera de canalizar mis emociones y ahora es imposible verme llorar por alguien, pensar en alguien, dedicar mi tiempo a alguien. Ya no busco, no me aferro, ya no intento, como lo hacía antaño aquel Heber quinceañero, sumido en su ingenuidad; ahora dejo ir a las mujeres como si fuesen tamo arrastrado por el viento, aunque debo reconocer que esto también me ha llevado al extremo de ya no fijarme en nadie y evitar dar rienda suelta a mis sentimientos. Lo cierto es que era precisamente eso, la sensibilidad de antes, la que me llevaba a escribir inspirado en el dolor, en la ilusión, en la fantasía. Hoy, que carezco de dicha sensibilidad y me ampara solamente la indiferencia, ya no puedo siquiera escribir ficción. No hay musa, en otras palabras; ni dolorosa ni placentera; ni cruel ni benevolente.

Es verdad que en estos días he conseguido arrancarme unas cuantas frases, uno que otro poema, pero si hay algo que debo admitir es que con ninguna de esas contadas producciones me he sentido realmente satisfecho. Incluso la mayor parte del año pasado me aventuré a explorar nuevas temáticas y opciones de expresión que me vinieron bien y las disfruté; hoy, ni eso. Y lo he intentado, querido diario. Ahora el futuro que vislumbraba, ese, el de vivir de mis novelas, se vuelve cada vez más incierto, más opaco, por la simple lógica de que, si no puedo escribir un poema, menos podré escribir una gran historia.

A veces pienso que hasta aquí he llegado con esto de la poesía y la escritura en general, que ya no tengo nada más que ofrecer, que todo lo que tenía que decir ya lo dije, pero, como mi propio padre reflexionó un día, al sorprenderse por la cantidad de páginas que encontró en cada libro que he escrito: «Siempre hay algo de lo que escribir». Y es verdad, únicamente necesito encontrar el modo de hacerlo. Creo que esto de escribir se va tornando en sufrimiento, pero siempre he pensado que, prestos a sufrir, es mejor hacerlo con y por aquello que uno ama. Y yo amo la escritura, pese a que estoy pasando por esta crisis creativa. La amo profundamente.

CATARSIS CONTENIDA

Domingo 24 de noviembre, 2019

La mirada perdida, un nudo en la voz, arena en la garganta: lo que me caracteriza en estos días es parecerme más a un espejismo que a una persona. Soy una sombra en los pasillos, una silueta etérea en los salones, un hombre con el ánimo a rastras, un niño que rompe lo que toca. Soy una letra sobrante, la hache que todo el mundo ve y nadie pronuncia. Estoy en esa etapa de la desgana, que me mutila la iniciativa de querer conseguir algo aun si tengo muchas posibilidades de lograrlo. No quiero intentar, no quiero probar, no quiero arriesgarme, no quiero y no porque tenga otras prioridades, sino porque en verdad no me siento capaz de llevar a cabo acciones que ahora mismo me parecen hazañas. No siento la adrenalina de la ilusión, la determinación firme que causan las convicciones, no me crecen alas, ni siquiera me pongo nervioso; al contrario, me invade una terrible y al mismo tiempo irresistible sensación de completa indiferencia.

A veces creo que estoy triste, pero debe ser una tristeza muda, una tristeza de esas que ahogan mis expresiones, porque no lloro, no me duele el pecho ni me roba el sueño ninguna sensación de ausencia. Es una tristeza sin lágrimas, inexpresiva, pero que me pesa y la siento, como una presencia constante, como una voz en mi interior que me recuerda a ese grito callado, a la catarsis contenida. Tampoco me siento nostálgico, ni solo. Estoy en una especie de limbo adormecedor que me quita las ganas de sentir y, por ende, de ilusionarme al punto de rendirme ante la sola proyección de un futuro. No doy el primer paso. Nada. Soy una figura que simplemente está ahí, pero que no forma parte de ningún paisaje. Soy fácil de ignorar. Un declive. Sólo soy yo.

Me paso los días arrastrando interrogantes. ¿Por qué ya ninguna mujer me roba el sueño? ¿Por qué, al ser consciente de una entrada, de una invitación escondida tras un gesto de cordialidad o una mirada inquisitiva y curiosa, no me atrevo a dar un paso más y, en cambio, me desisto, sigo en esa ruta de la indiferencia, con la certeza apabullante de estar haciendo bien las cosas para, después, pasar largos momentos a solas arrepintiéndome? ¿Qué me detiene? ¿Los recuerdos, el futuro, la inexperiencia, el miedo, las dudas...? Supongo que, tal vez por ingenuidad, cometí el error de entregarle todo lo bueno que tenía a quien nunca debí hacerlo; tal vez siento que ya no tengo nada que ofrecer, que si alguien viniera se encontraría con un terreno baldío, infértil sentimentalmente hablando; alguien con la

mirada llena de dudas y certezas, con una boca que dice *te quiero* y un corazón que no siente esas palabras.

Siempre he pensado que, cuando dos se juntan, se crea un idioma que los enlaza a través de gesticulaciones, palabras clave, risas o miradas que conforman un código único que puede ser decodificado solamente por los hablantes de esa lengua. Una caricia es sólo una caricia viniendo de cualquiera; pero se vuelve distinta cuando te la da cierta persona. Una plática siempre será una plática cualquiera, tal vez interesante, tal vez profunda, pero adquiere un matiz distinto cuando esa plática la sostienes con cierta persona. Es inevitable, no procuremos negarlo: no es lo mismo con ella que con el resto. Es esa complicidad, esa exclusividad, aquella rutina de ecos y reflejos, la que convierte a las acciones en un lenguaje hecho por y para dos solamente.

Tal vez por eso es que me siento como un extranjero en las fronteras del resto. Un portador de una cultura extraña, ajena a su cotidianidad, tan familiar como la lava y la nieve; tan oportuno como una carcajada en un velorio. Sus vidas son suyas, sus planes, sus sueños, todo eso que estoy destinado a contemplar de lejos; sus caminos no me pertenecen, mi nombre no cabe en sus listas. Así que rehúyo los eventos, adquiero una actitud de soslayo ante quienes me rodean, como si intentase mantenerme al margen, quieto, invisible, como una sombra proyectada sobre el pavimento que todo el mundo pisa.

Lo cierto es que, aunque mi soledad sea voluntaria y mi voluntad reacia, en el fondo continúo esperando, paciente. No me ha abandonado la esperanza de ser encontrado, de que alguien, al pasar, me note dentro del paisaje, me haga encajar y comprenda que, sin mí, nada de lo que existe sería lo mismo. Sueño con que alguien me mire y se quede sin ganas de mirar al resto. Sueño con que alguien me despierte y me haga entender que la vida es eso que me pierdo por estar siempre a oscuras, encerrado en mi silencio, ignorando mis necesidades y las del mundo y suplantándolas por una fría indiferencia que pesa tanto.

Sueño con existir para la mujer correcta y crear un nuevo idioma, que sea nuestro; una lengua compartida, un secreto mutuo, exclusivo, de aventuras al atardecer, de caminatas al infinito; una lengua que traduzca las emociones, los gestos, y que me permita recuperar la esperanza y la fe en aquello que ya había dado por perdido: yo mismo. Pero no estoy triste, ni nostálgico, simplemente estoy esperando, soñando siempre, silencioso y solo, como el dolor detrás de una sonrisa, como la fuerza que se va acabando tras cada empuje, tras cada intento, con la mirada perdida, un nudo en la voz, arena en la garganta...

A PESAR DEL FRACASO

Escrito: viernes 28 de enero, 2019
Publicado: sábado 18 de enero, 2020

Tu felicidad es visible, tu sonrisa no miente y, si miente, tampoco se me haría raro. Porque un tiempo también sonreías por mí, también me esperabas ansiosa, como una niña que anhela un abrazo como premio por haber hecho algo bien. ¿Y qué hacías tú? Existir, por eso te amaba. Te amaba aunque mintieras, aunque ocultaras tus miedos y te ahorraras explicaciones sólo por no preocuparme. Mentías para ser feliz conmigo; ¿ahora también mientes con él? Yo te veo feliz en sus brazos, eres tan feliz que has olvidado que alguna vez lo fuiste conmigo; pero, vamos, en su sano juicio, nadie querría recordar un intento de amor si en sus manos ya tiene un amor completo. Te veré subiendo al altar, como ocurría en mi sueño, de aquel día que nunca existió; te veré formando una familia, como ocurría en mi sueño, de aquel futuro que nos manda saludos. Y seguiré recordándote, porque aunque ahora tu tiempo le pertenezca a otro, ese otro siempre quise ser yo.

Todavía te puedo recordar llegando: en silencio, con pasos torpes, tan ilusa al pensar que podías cambiarme; mientras que yo te abrí las puertas, tan tonto por pensar que podías quererme. Así pasaron los días; entre confidencias y risas me atrapaste tanto que, cuando quise fijarme, ya habías entrado a fondo e hiciste tuyo todos los rincones de mi vida. Pasé tantas noches preguntándome cómo era posible que hubiera ocurrido, por qué no noté que te estaba cediendo todo lo mío: mis pensamientos, mis horas, mis textos, mi poesía.

Y luego mi historia dio ese giro apuntando a tu dirección y tuve que acostumbrarme al cambio, a no ser ya el que era, a tener fe en ti y en que esta distancia no nos jodiera tanto. Creí ser fuerte y mírame: todavía estoy mirando al pasado.

Luego estuvieron los proyectos que soñamos, los viajes, las ciudades, nuestro hogar. Los sueños serán siempre sueños mientras no hagamos nada por llevarlos a cabo. Y soñar con realizarlos no basta. Era obvio, lo sabíamos. ¿Por qué, entonces, nos dolió tanto? Supongo que duele más abandonar el futuro que el pasado. Y eso espero que hagas conmigo: que recuerdes lo que íbamos a ser, no lo que terminamos siendo. Tal vez sea mejor así. Yo soy mejor cuando me idealizan que cuando me conocen. O mejor no. Mejor olvídame, borra de tu memoria los sentimientos que pude provocarte con una sola palabra, las sensaciones que logré transmitirte con lo que escribía. Al fin y al cabo, en sus brazos no vas a necesitar mi calor; en su boca ni

siquiera pensarás en mis labios; estando con él ni siquiera vas a recordar que yo existo...

Al margen de ello, la verdad es que terminé queriéndote como nunca había querido a nadie. Y esta verdad se evidencia en cuánto tuve que ceder y doblegarme para ti, cuánto tuve que abandonarme, cuánto tuve que cambiar... aunque supongo que esto se debió también a una debilidad mía por aquello que siempre he buscado y casi nunca he admitido: enamorarme perdidamente de alguien, a tal punto de hacerla feliz porque eso me haría feliz a mí también, pues yo siempre supe manejar las palabras pero nunca aprendí a controlar mis sentimientos. Y cuando te conocí fue inevitable: caí sin remedio y el remedio fuiste tú durante mucho tiempo.

Me aferraba a ti queriendo pasar por alto ese dolor frío y cortante de los silencios enfrentados, de las heridas que nunca sanaron por completo, en aquellas noches en las que la habitación se convertía en un campo de batalla sin estandarte, y contemplábamos esa guerra de fantasmas que nunca benefició a nadie. Contigo aprendí que se puede amar y odiar a una persona al mismo tiempo, y eso es algo que nunca quise aprender con nadie.

No imaginas de cuántas maneras te he pensado: desde lo más puro y tierno, hasta lo más sucio y carnal; desde lo más iluso y romántico, hasta lo más real y cruel; de la forma más humana posible y con las fuerzas más fatigantes. No imaginas las noches que deseé tenerte, las figuras que anhelé trazar en tu cuerpo, las facetas que quise mostrarte para que supieras de ese modo que lo que ves de mí no es todo lo que soy. Que pude haber sido tu dueño y tu esclavo, tu compañero y guía, tu confidente, tu amante, tu soporte, tu plenitud, tu certeza, tu duda, tu cariño sincero y tu odio visceral.

No imaginas las sonrisas que pretendí sacarte, o las lágrimas que quise enjugarte. No imaginas qué planes tracé con la ilusión propia de aquel a quien todo le parecía estar al alcance de un suspiro. No imaginas, tampoco, todas las ciudades que recibieron nuestros pasos, todos los aviones que nos elevaron, todos los paisajes que se detuvieron a mirarnos. Me llevaría toda la vida describirte las sensaciones que quise tener contigo, todos los centímetros que me propuse quemar a la altura de tus labios, todo el tacto pasional y el aroma embriagador, todo el frío y el fuego que terminó fundiéndose junto a aquellos poemas que, por desgracia, ahora ya has olvidado.

Supongo que no debería estar escribiendo todo esto. Que, en lugar de remover mis deseos, debería estar enfocado en proseguir en la escala de un futuro con otros horizontes, lejos de ti y de mí, cargando con lo que aprendimos, a pesar del fracaso. Pero quería decirte, ahora que ya no volveré a verte, que la vida que dejas conmigo me pesa, tal vez porque aún no estoy dispuesto a luchar solo, pero así como

sucedió con tu llegada, el cambio a tu partida pronto me parecerá un camino leve. Yo también me voy, tras haberte dejado tres cartas con tantas páginas, y que no te extrañe si vuelves a leerte en la última carta que aún no publico. Serán muchas páginas también, que te contarán, mejor de lo que nunca pude, de aquel amor que tanto quise que sintieras por mí.

No hace falta que lo diga, pero sé feliz, incluso más feliz de lo que soñaste alguna vez serlo conmigo. Pierde el miedo a ser querida; baja la guardia, deja que él te desnude, deja que te descubra, deja que te disfrute. Deja, sobre todo, que te haga feliz, que nunca podrás serlo de otro modo que arriesgándote. Y eso es algo que yo aprendí demasiado tarde, porque ahora no estás; nunca supe amarte de otro modo.

Tuyo siempre,
Heber

DILECCIÓN

Lunes 3 de febrero, 2020

Y después de mucho tiempo, volví a verla. Serena, radiante, preciosa. Estaba como la recordaba, pero más ligera de cargas mentales, con ese brillo en los ojos que sólo confiere la experiencia. Caminamos, charlamos; tocamos ese tipo de temas tan trillados entre dos que alguna vez compartieron la vida y que ahora sólo comparten palabras. «Me voy pronto —me dijo en aquel puente, bajo el que transcurría el tráfico de esta caótica ciudad—, no me pienso establecer aquí». Y en ese momento, pensé que «aquí» era mi vida. No me extrañó en absoluto; ella nunca se establecía en la vida de nadie. Barajaba posibilidades, creaba vínculos convenientes y marchaba hacia puertos seguros. ¿Cómo iba a pensar yo, un completo ingenuo, que aquella mujer de secretos y aventuras iba a elegirme a mí? Pero en ese momento, mirando la infinidad de las luces de los autos transcurriendo en ambas direcciones, se me ocurrió una de esas ideas tan locas que vienen casi siempre de la mano de la urgencia por decirlas:

—¿Y si te acompaño…?

—No seas tonto —cortó.

Y me tragué las palabras. No debí haberme dejado llevar por la emoción.

—¿Recuerdas la primera vez que me fui? —preguntó—. Fue porque necesitaba el trabajo y me hacía ilusión vivir en otro sitio. Las cosas han mejorado, claro, pero no tanto como para establecerme definitivamente allá…

—…ni allá ni acá —completé.

Me miró a los ojos. La tentación de besarla era incontenible.

—¿Algún día podrás perdonarme? —preguntó.

Resoplé.

Perdonarla. ¿Por qué? ¿Por haberme hecho el hombre más feliz del mundo aunque aquello hubiera durado poco más de un año? ¿Por haberme dado un motivo para escribir, para ser mejor… en fin, para vivir?

—No tengo nada que perdonarte —contesté—, pero todavía tengo mucho que ofrecerte.

Ella me devolvió esa sonrisa de nostalgia y esperanza… esa maldita sonrisa la volvía inevitable. Esa sonrisa lo embellecía todo, lo abarcaba todo, lo perdonaba todo…

—¿Y qué puedes darme que no me hayas dado ya? —preguntó.

—El resto de mi vida, esa parte no se la he entregado a nadie aún,

ni siquiera a mí mismo.

Ella negó con la cabeza.

—No creo que sea oportuno hablar de esto. No quiero soñar tanto de nuevo para que después las cosas se compliquen y tenga que…

—¿Qué? ¿Irte?

—Sí. Irme.

—Nos vamos juntos.

—No es tan fácil. No insistas con eso. Estoy aquí porque hoy es mi último día en la ciudad y no quería desaprovechar la oportunidad de verte. Mañana temprano vuelvo a viajar.

—¿Mañana temprano? Entonces tengo tiempo suficiente para hacer mis maletas —dije.

Ella rio.

—Estás loco. Aquí tienes tu vida, tus amigos, tu trabajo, ¿qué te falta?

Tú, pensé.

—Hay algo que tal vez hayas olvidado —dije—. Antes de que te fueras por primera vez, te hice la promesa de esperarte. No me importó pensar en la distancia, en el tiempo que íbamos a pasar lejos, o si alguna vez alguien más iba a venir a mi vida a reemplazarte. Y ahora sigue sin importarme eso, pero tengo que advertirte que ya no pienso seguir esperándote. Ahora pienso seguirte, acompañarte, porque si tú te vas, ahí donde estés también estaré yo; porque nunca tuvimos razones para separarnos más allá de una distancia que puede acortarse. Y si tienes que ir, entonces voy contigo. Porque esta dilección es más fuerte que cualquier problema. Porque te quiero. Y a estas alturas de mi vida no creo que pueda dejar de hacerlo.

Ella entonces me abrazó, intentando ocultar sus lágrimas en vano. No puedo probar nada de lo que estoy a punto de decir, pero en aquel encuentro de nuestros cuerpos, tan cercanos como estaban, sentí que las conexiones más elementales de una pareja volvían a hacerse vigentes.

Mi alma había extrañado la suya; su alma había extrañado la mía. Al tenerse tan cerca, volvieron a nacer, como si resurgiesen de su letargo hasta hacía poco ininterrumpido al descubrir ese calor mutuo. En aquel abrazo comprendí que nuestras almas se habían echado de menos desde el primer día que nos alejamos.

—También te quiero —la oí decir.

Sonreí y, casi con timidez, como si fuera la primera vez que iba a hacerlo, la besé. Su boca, al contacto con la mía, hizo que todo mi interior temblara. Ese beso despertó en mí sueños dormidos, metas por cumplir, caminos por recorrer, una vida por la cual luchar. Ese beso me confirmó que la decisión de acompañarla era correcta, que no me equivocaba al quererla de ese modo, del modo que sólo pueden

quererse a aquellas personas que uno no está dispuesto a perder nunca. Si ella no se establecía en la vida de nadie, al menos yo iba a establecerme en su volatilidad y de ese modo planeaba demostrarle que soy alguien que merece la oportunidad de un deseo sempiterno, la oportunidad de una seguridad que iba a corresponder con mi determinación de vivir para ella, de quererla como nadie la quiso nunca, tal vez como ni yo pude quererla antes. Pero estaba dispuesto a corregir las cosas, si aquello me garantizaba tenerla conmigo.

Al término de aquel beso que pareció milagroso e interminable, solté:

—Entonces, ¿juntos de nuevo?

—Juntos para siempre —respondió ella.

—¿Como la primera vez?

—Y como la última.

—¿Cuál última?

—Esta.

Y supe que esta vez sí iba a ser para siempre.

PRESENTIMIENTO

Lunes, 6 de abril, 2020

Querido diario:

Cuando tenía doce años, uno de mis miedos latentes era el no llegar a cumplir los veinte. Literalmente, había noches en las que no podía conciliar el sueño pensando en eso. Algo había con el número veinte que me resultaba aterrador. Pensaba que debía pasarme algo antes de cumplirlos que me impediría hacerlo y, sí, ese algo era la muerte. Nunca se lo confesé a nadie hasta tiempos recientes, cuando decidí abrirme con poquísimas personas y contarles acerca de eso. Nadie supo, por ejemplo, que una de las razones por las que llevé a cabo la edición y publicación de mi primer libro no fue solamente porque me inspiró la historia de un chico que publicó el suyo a los diecisiete, sino porque tenía la certeza de que no iba a vivir hasta los veinte, y por eso puse en marcha ese plan, para sentirme realizado y lograr que se me recuerde como algo más que un niño con talento, por entonces, para el dibujo. Cuando publiqué mi tercer libro a los diecinueve, pensé que debía darme por satisfecho y ya no proseguí con más proyectos literarios, salvo Sexta Fórmula, claro, que lo había emprendido un año antes. Lo cierto es que ese miedo fue el impulso y pensaba que, si llegaba a entrar a mi segunda década de vida, sano y salvo, ese miedo iba a esfumarse. Me equivoqué. Y es que no sólo tenía ese miedo. También les tenía miedo a los años 2020 y 2022, no sé por qué. Obviamente ese temor, del que había aprendido a olvidarme por un buen tiempo, ha resurgido con todo lo que está pasando, aunque no en forma de miedo como tal. ¿Acaso ese niño de doce años presentía que esto iba a ocurrir? ¿Sabía que algún día esta ciudad, que es una de las más corruptas, ahora iba a ser la más golpeada por la pandemia después de Lima? Por supuesto que no. Él sólo presentía que algo iba a pasar, pero no sabía qué exactamente. Sinceramente intento no pensar en eso, pero, al ver que la situación en mi ciudad es cada vez peor, la idea de que aquel niño me estaba lanzando una advertencia no deja de darme vueltas en la cabeza. Cumplir los veinte años significó un triunfo y, ese día de mi cumpleaños, una de las amigas a las que le había compartido mi secreto me abrazó y me dijo: «¿Ves que no pasó nada?». Y yo le contesté: «Ahora sólo falta sobrevivir al 2020. Si eso ocurre, estaré más tranquilo». Era el año 2018. Y este año que tanto temía ha mostrado sus garras incluso antes de concluir el primer trimestre. Como mencioné anteriormente, no es miedo lo que tengo, sino cierta

inquietud. Si al final ocurre lo que mi yo de hace diez años sospechaba, no me extrañaría, pues he tenido más sueños premonitorios antes y se han cumplido (uno de ellos, mi favorito, es ese donde vi dos celulares, uno con dos cámaras traseras y otro con cuatro; años después, aparecieron como novedad para todos pero no para mí), pero sí me lamentaría no concluir lo que he comenzado: tengo un libro listo hace dos años a la espera de ver la luz, tengo una novela en marcha y a Sexta Fórmula dando nuevos pasos luego de años de abandono. Confío en superar esto, tal como superé los veinte años sin problemas, pero si lo logro, aún quedaría esa inquietud del 2022. ¿Qué pasará ese año?

DÍAS DE TRISTEZA Y RUINAS

Domingo 19 de abril, 2020

Han sido días de tristeza y ruinas, días en los que mi alma se ha pintado del mismo color que esta oscuridad casi sólida de mi habitación. Me recuerda a aquellos días en los que me debatía, casi exánime, entre mi propia vida y una muerte ajena, pero que también sentía como mía. Hoy aquellas fechas tachadas en el calendario no son más que recuerdos, sucesos grabados a fuego en la piel de la memoria, como tatuajes mal hechos, cuyas cicatrices todavía duelen a pesar de ser viejos. Pero no he logrado salir de aquí, de este sitio mal iluminado y húmedo, en el que a veces pienso que gastaré hasta mi último aliento de vida.

Los muros de esta celda sin ventanas que llamo hogar encierran una tiniebla apenas perceptible tejida con el humo de los diez mil cigarrillos que se desvanecieron en mi boca en estos días de soledad mordiente. Tampoco me he atrevido a deshacerme de las botellas vacías de ron y vino que ahora yacen criando polvo en los rincones. La música me trae de vuelta a las personas, pero no las sensaciones buenas de ellas. He olvidado el calor de los abrazos, el sabor de un par de labios urgidos de abandono, el tacto de una piel derretida de sudor y saliva... lo he olvidado todo.

Hace días que no como. Cada vez que visito el cuarto de baño, el reflejo me devuelve la imagen de un rostro demacrado, con un aspecto cadavérico y una selva negra suplantando el área que alguna vez ocupó mi vello facial. La tristeza es una enfermedad que comienza robando los buenos recuerdos y termina devorando la fe en el mundo, en la vida. Escribir, ahora, más que una necesidad, es la única manera que tengo de sentirme en conexión con este mundo de mierda del que ya no tengo esperanzas que pueda surgir algo bueno. Hubo quien ha intentado convencerme de lo contrario, pero mi condición me impide aceptar tamaña perspectiva.

Le ruego a ese dios que nunca se molestó en escucharme, que me dé alguna señal de que todo cambiará algún día. Que me explique por qué se llevó a mis padres cuando aún los necesitaba y por qué ese es un dolor al que no he podido convertir letras. ¿Cuántas almas necesitas, señor? ¿Por qué me has abandonado?

Aquí, en este rincón insignificante que comparto con libros y desvaríos, en este lúgubre espacio de espaldas al mundo, he aprendido a esperar paciente y sin esperanzas el día en que la paz deje de venir en forma de suplementos mortíferos que saben a pólvora. No pienso escapar a ninguna parte. Escribiré mientras tanto como un eterno

convicto, expiando mis errores mientras el mundo se desvanece entre muerte y miseria, ignorando que aunque pasen los días y una luz nueva llegue a inundarlo todo, existe un lugar en el que siempre es de noche, un lugar donde estoy yo y del que nadie puede rescatarme.

EN SILENCIO Y A ESCONDIDAS

Lunes 29 de junio, 2020

Quererla era un arte concebido para amantes pudientes. Ella, a veces tan frívola, a veces pasional, era un conjunto de rarezas que al principio inspiraba curiosidad, luego simpatía y finalmente convertía a quien la contemplaba en adepto a su belleza. La uniformidad de sus gestos, plausible en ocasiones, sutiles todo el tiempo, era un espectáculo reservado para quienes hubiesen llegado hasta ella con la esperanza de que les cambiase la vida y que al final descubrían que todo este tiempo la vida siempre había sido hermosa, sólo que no se habían dado cuenta.

A veces también se volvía invisible, amparada en esa sombra que nublaba su mirada y la ocultaba del mundo. Invisible como su voz ausente, abstracta y serena, como un murmullo inaudible. Aprendí a quererla también de ese modo, cuando su calma se convertía en una muralla infranqueable, desprovista de todo asomo de humanidad que la hacía tan frágil como una hoja seca llevada por el viento.

Cada vez que escribía pensando en ella, mis palabras desprendían ese perfume inconfundible de la nostalgia provocada por los deseos que no se cumplen. Porque ella era así, inalcanzable, prohibida incluso, sobre todo para los cobardes aspirantes a dominar ese arte tentador y desaconsejable del querer. Yo era muy cobarde como para matar mis miedos y plantarle cara, envalentonarme aunque sea por un instante para decirle mirándola a los ojos que ella era todo cuanto había soñado y que desde que la conozco un insomnio me atormenta devolviéndome su nombre cada noche. Esa es la peor manera que tuve de aprender que quien de sueños vive, de realidad se muere. Pero la quise porque a veces los cobardes también queremos, aunque sea en silencio y a escondidas. Me hubiera gustado que lo supiera.

MUSA DEL REMORDIMIENTO

Martes 30 de junio, 2020

Apareces en forma de insomnio, volando sobre la superficie de mi memoria. Algo te permitió salir a flote, porque la última vez que te vi me encargué de anclarte a una piedra que te hundiera en el océano de mi olvido. Pero estás aquí, náufraga del remordimiento, como musa que se niega a abandonar el pedestal de mi inspiración. Y te ves distinta, claro. Ya no buscas con la mirada mis heridas, no te atreves a encontrarte con aquel que, años atrás, necesitó de tus primeros auxilios emocionales. Veo que los años sólo han incrementado tu belleza, y sé que eres bella porque yo siempre me enamoro de lo que me duele. Y dueles, alteras este mundo y lo vuelves espejismo. Es el poder que te otorga el haber pretendido borrarte con el tiempo. No es nada nuevo. Estoy acostumbrado a urdir planes que nunca terminan como yo quiero.

¿Qué buscas? ¿No te es suficiente con visitarme de vez en cuando en las escenas que se reproducen en mis sueños? Tampoco quiero mentirte. Hubo noches en que deseé que esto pasara, que vinieras y te sentaras en aquel trono que siempre fue tuyo, rodeada de un vergel de versos y prosas, donde alguna vez iba a visitarte para buscar en ti ese motor que ponía en marcha el mecanismo de mi escritura. Noches en las que, amparado por esa desesperanza que acude a nosotros cuando ya todo está perdido, dejaba resbalar los minutos inertes en todas las ventanas de esta ciudad, todas reflejando las mismas calles vacías, vacías de ti, vacías ya de inspiración alguna, como si la poesía también hubiese abandonado esta urbe maldita que cada día se parecía más a un cementerio de recuerdos.

Te eché de menos en los balnearios, los acantilados, los callejones oscuros que contigo me parecían llenos de luz y gracia. Te eché de menos casi con culpa, pero con una desesperación sincera, un anhelo enfermizo de que jamás te hubieses ido. Te eché de menos porque nunca aprendí a olvidar. El olvido sólo es un pretexto, es el cobertor del sentimiento que opaca las palabras que tomamos por verdades.

Dije que sin ti estaba mejor, que no te necesitaba, que si te volvía a ver no iba a sentir lo mismo. Pero era sólo ese cuento barato de siempre, en el que me refugiaba cada vez que quería sentir que en mi interior todavía quedaba un ápice de valentía. Y ahora que has vuelto tengo miedo, un miedo de perder todo lo que he conseguido, como si los meses y los años estuviesen hechos de polvo que la más mínima brisa de nostalgia fuera capaz de disipar.

Si te lo preguntas, no he intentado reemplazarte. El reemplazo es

como el olvido: se puede pretender que funciona, pero uno en el fondo sabe que siempre habrá un margen de error, un cálculo equivocado, ese color que sobresale en el paisaje, que también decora pero no completa, que está ahí pero no forma parte del conjunto. Por eso sé que nadie puede tomar tu lugar, y me he dedicado a construir otros tronos, otros paraísos en los que contemplar la belleza de una musa sin máscaras. Ninguna fue como tú, no tenían tus ojos de paralizar el mundo, tu sonrisa de resolver preguntas, tus piernas de embellecer los caminos.

Por eso, este lugar que reclamas como tuyo, estos poemas que los erigí dejándome llevar por la arquitectura de tus curvas, todo te lo entrego. Y si no quieres irte, no seré yo quien te convenza de lo contrario. Quédate el tiempo que quieras. Vístete con la ropa de las promesas. Siéntate en el trono de la inspiración. Sé una musa de nuevo, yergue ese torso de orgullo. Pero no salgas. Disfruta de tu estadía en la cárcel de mi indiferencia. Acostúmbrate a no verme de rodillas, sino al otro lado de los barrotes, viviendo con la indicada esa vida que tanto hiciste que te rogara. Quéjate del silencio de mis palabras, añora que escriba versos a tu sombra.

Intentaste reconquistar reclamándome tuyo, sin saber que te estaba esperando y sabiendo que, ciega como siempre fuiste, no ibas a sospechar de embuste alguno. Esta vez yo no seré el que va a arrodillarse. No seré yo el que se muera de ganas. Este es el último insomnio en que nos vemos. Este es el adiós definitivo.

LA RESPUESTA QUE NO ME PEDISTE

Miércoles 1 de julio, 2020

Apareces en mi bandeja de entrada, trayendo a mi memoria tu nombre, como quien procura dejar encendida una llama por temor a que se apague del todo. Fue en un segundo aterrador que me descolocó por completo: al leer tu mensaje supe que eras tú de inmediato, porque ningún anonimato te ha sabido ocultar de mi intuición. Un escalofrío me recorrió el cuerpo y me hizo temblar. Entendí entonces que por mucho que pase el tiempo siempre voy a sentirme nervioso si eres tú quien me dirige la palabra.

Te he echado de menos, no lo niego. Te he echado de menos porque te fuiste así de repente, desapareciendo tras un parpadeo. No hubo más adiós que el silencio, que llegó como un golpe de indiferencia que me puso ese temor en el pecho de que esta vez la lejanía iba a tratarse de algo más que distancia: ausencia. Pero una ausencia con nombre y apellidos, de carne y hueso, de voz audible y piel palpable. Tengo que admitir que sentí como si me hubiesen arrebatado algo que por derecho me pertenecía, pero luego comprendí que tú nunca habías entrado del todo en mi vida.

Y ahora eres ajena, claro. Ajena como un tesoro codiciado, como una flor que reina en su propia primavera. Ajena y enigmática, lejana, distante. Si antes de perderte ya te veía de ese modo, ahora que has anclado tu futuro al de alguien más, esa certeza simplemente se solidificó, volviéndose irrebatible. Porque ahora no hay ya más oportunidades, no hay segundos viajes, nuevos «quizá» que nos pintaban los sueños de ese color de las violetas que tanto te gustaban. No hay más ciudades, ni calles que cubrir con nuestras sombras. Ya no hay nada. Ahora no son mis poemas los que te quitan el aire, no soy yo el que ocupa tus sueños, ni mucho menos el que colocó su vida en un anillo para compartirla contigo. Supongo que de nada sirve ahora hacer especulaciones sobre nuestra vida juntos, porque de ella sólo quedan fantasmas. Se murió en el momento en que aceptamos que una distancia siempre es más fuerte que el sentimiento, aunque este fuera correspondido.

Me pregunto si eres feliz. Si acaso, al llegar al altar, sabías que tomabas la decisión correcta. Me pregunto, es más, si acaso hubo altar, si realmente te vestiste de blanco o si la practicidad te llevó a formalizar todo en un papel que nunca aceptaría mi firma al lado de tu nombre. Me pregunto por tu madre: si él supo cumplir sus expectativas, si lo aceptó de buenas a primeras o si te costó convencerla de que era un buen hombre. Me pregunto también si él te

ha conocido al punto de franquear esa barrera que nunca me permitiste atravesar. Si te conoce ya, si habrá aprendido a leer tus gestos, a identificar tus silencios, a asociar una mirada con un deseo, una caricia con un mensaje, un beso con las canciones. He de decir que quiero pensar que sí, que has olvidado nuestras promesas, el futuro de esa vida que nos resultó imposible. Y está bien, no me malinterpretes. Quiero decir, los finales son inevitables, y antes que verte deambulando entre mis sueños, prefiero que vivas el tuyo, el que has construido con alguien que probablemente no sepa que eres dueña de tantos poemas, de tantos sentimientos, de tanto anhelo. Déjalo con la ignorancia, si es que la tiene. Que no sepa cuánto me dolió que me alejaras. Que no sepa de toda la tristeza que llegué a provocarte. Que no sepa de nuestras canciones, de los libros que llevan nuestros nombres, impresos para vivir tal vez incluso más que nosotros. Sólo en ellos volvemos a ser los de antes, es lo que me queda: la evidencia de un amor que fue real mientras existió. Será nuestro secreto, como el que tienen los amores que duran toda la vida, aunque toda la vida permanezcan separados.

No quiero mentirte: no me alegra que seas feliz a su lado. Tampoco me duele. Es más bien un sentimiento de total indiferencia, porque para mí siempre serás mía, siempre me pertenecerá esa sonrisa que nacía acompañada de un poema. Siempre te tendré para mí, bonita, especialmente cada vez que te rescate de ese baúl de los recuerdos que habita en mi memoria, ahí donde todavía me quieres, de donde nunca nos fuimos ni tuvimos miedo. Te tendré porque nos pertenecen las personas a las que alguna vez también les pertenecimos, aunque se hayan ido, aunque estén con alguien más. Siempre serán nuestras porque nadie puede despojarnos de nuestro recuerdo.

Desde el principio supe que no fue casualidad el haberte conocido y ahora que has vuelto tampoco ha sido una casualidad. Sucedió aquella tarde. Me encontraba escribiendo un texto, recordándote, y al revisar la bandeja de entrada, ahí estabas tú. Por eso fue el escalofrío, porque pensé que te había invocado con mis pensamientos, que asomaste atraída por mi nombre, un nombre que te llamaba sin voz ni sonido, sino en la mente, donde se esconde todo aquello que nos controla: el subconsciente. ¿Era posible, acaso, tanta coincidencia?

Has de saber que también me has visitado en sueños, siempre teñidos con esa aura propia que nos inspira el anhelo de una vida perdida, arrastrada por el tiempo inexorablemente. Te soñé varias veces y en todas ellas me mirabas como queriendo hacerme preguntas; y yo te devolvía una sonrisa triste, de resignación, acompañada de ese silencio que ponía fin a las tristezas, como despidiéndome de ti de manera definitiva para reconciliarme con la idea de verte formando

una familia, envejeciendo acompañada, sin dormir sola por las noches, visitando lugares paradisíacos a los que jamás hubieras ido conmigo.

En fin... Dijiste que no querías una respuesta, pero sabes que nunca he sido de limitarme. Sólo tú tenías ese control cuando aún no te habías ido, pero ahora que no estás esa soberanía escapa de tus facultades. No es con mala intención. También sé que en realidad sí querías que te respondiera, así que quiero que sepas que estoy bien. No tanto como tú, pero lo intento. Ahora mis anhelos de romance los he reemplazado por el anhelo de los proyectos realizados con éxito. Tal vez tendría que calificarme como un materialista, pero es algo que no me importa. Me importa saber que, aunque sea por un instante breve, tú tampoco me has olvidado. Eso ya de por sí me dice muchas cosas, teniendo en cuenta tu pésima memoria. Sigue amando las orquídeas, chica poesía; sigue amando las violetas, las canciones de Birdy, y atesora mis libros todavía, porque son nuestros: yo los escribí pero la inspiración la pusiste tú. ¿Recuerdas que alguna vez dije que algún día iba a llegar alguien que, en lugar de poemas, iba a dedicarte la vida? Sinceramente, espero que ese alguien sea él, que tu búsqueda por fin haya terminado.

Tuyo, siempre que me recuerdes: Heber

PESIMISMO RACIONAL

Miércoles 26 de agosto, 2020

Aún recuerdo esos días de ingenuidad desmedida, de sentimientos a los que todavía no les ponía nombre. Todavía me parece que en esas calles se quedó todo lo que alguna vez me hizo feliz, incluyendo a las personas. Al volver a ellas —a las calles, me refiero—, una sombra de nostalgia las inunda, y me embargan los recuerdos como un montón de cadáveres de tantas realidades apiladas en calendarios que ya perdieron todas sus fechas.

El mundo no era el mismo, no al menos desde mi punto de vista. Todo era más simple, menos malicioso, como cualquier sueño de infancia, y esa hostilidad que ahora anega calles y plazas era apenas un soplo de esperanza entre parques y juegos. Los amigos eran por entonces leales, los recuerdos no existían, y el amor se abría frente a mí como una rosa ocultando sus espinas. Quise ser feliz en aquellos años, creyendo que la felicidad me esperaba a un par de décadas por delante, sin darme cuenta de que lo mejor de mi vida estaba en aquellos días, cuando todavía no conocía de cerca la natural animadversión de un mundo de más sombras que personas.

Ahora no concibo una sonrisa sin lágrimas, sin dolores ni suturas varias, adheridas a la memoria como una segunda piel. Antes soñaba con ser todo lo que ahora no soy, pero hoy no me siento en deuda conmigo ni con nadie. Con el tiempo, uno aprende a hacer las paces con aquel niño que ha sido, y los dos, el hombre y el niño, aprendemos a vivir con nuestras propias aspiraciones porque a fin de cuentas la vida es la misma y el beneficio es para ambos.

Lo que no ha cambiado es la incertidumbre. Antes le tenía miedo a lo que no sabía y ahora le temo a todas mis certezas. No es una cuestión de rechazo deliberado ni mucho menos un caso particular de desconocimiento propio. No dudo de lo que soy, dudo de lo que el resto dice que soy, dudo de lo que los demás dicen de sí mismos y sobre todo dudo de aquellos que no dudan. Es como si en mí hubiese un espíritu de rechazo y reciprocidad al mismo tiempo, un punto ciego que no se puede explicar más que observando e intuyendo ese comportamiento silencioso que determina todos mis movimientos e impulsa a buscar el porqué de todos ellos. Alejo a los que me alejan, les retiro la palabra a aquellos que no me dirigen la suya, como si mi vida fuese un espejo al ejecutar en ella pasos en contra de los que dan los demás en relación conmigo.

No niego que hay días en que me gustaría volver a tener esa inocencia que decoró mis años más tiernos, pero el realismo —o el

pesimismo racional, como dicen algunos iluminados— me dice que el dolor sufrido por las verdades del mundo ha valido la pena, y que si hay algo de valía en mí es gracias a esos episodios en los que descubrí de qué tamaño son mis reservas de fortaleza. Y he vivido gracias a ello. Para bien o para mal, no quiero cambiar nada de todos los elementos que me componen, desde mis recuerdos hasta mis miedos, pasando por mis secretos, mis vivencias y toda esa gama de aprendizajes varios que la experiencia me ha otorgado.

Que el mundo siga su curso, yo seguiré el mío, porque todavía me quedan varios dolores que sufrir, varios errores que cometer, tantos aprendizajes por asimilar.

LA CIUDAD DE LOS RECUERDOS

Domingo 25 de octubre, 2020

Querida amiga, ojalá supieras cuánto te echo de menos, aunque haya intentado huir de los espejos que siempre me devuelven lo que soy por dentro. He intentado ignorar aquello que me compone: esa ciudad que tiene tu nombre en cada calle, que pone tu rostro en cada esquina, como si quisiera adornar su paisaje urbano tan gris con tu belleza tan luminosa. Me pregunto a quién se le ocurriría, querida amiga, reducir tu belleza a un cuadro en el que rascacielos y avenidas se enredan en un horizonte infinito. Tú vales más que eso. En mis recuerdos es el infinito el que te imita, son las ciudades las que sueñan contigo. Admito que intenté huir, pero nadie que sepa de laberintos garantiza que se pueda salir de uno en tiempo récord. Cada vez que camino por las avenidas de esta urbe descubro escenarios que fungieron de telón de fondo de nuestros encuentros. Las paredes me devuelven nuestras palabras, las aceras me recuerdan todos nuestros pasos. Y quiero que sepas que, aunque no he querido, te he buscado; que, aunque nunca me lo propuse, terminé echando de menos el refugio que creabas con un abrazo, el universo que me instalabas con un beso.

Querida amiga, he escuchado tus canciones, he leído nuestros mensajes, he rescatado nuestras fotos como si se tratasen de un tesoro invaluable. Hay recuerdos que son como un búmeran: al lanzarlos lejos tarde o temprano vuelven, aunque no queramos. Pero entre el momento del lanzamiento y el momento del retorno transcurre un intervalo de tiempo en el que avanzamos por la vida casi a la deriva, y es ese transitar prácticamente a ciegas lo que nos hace correr el riesgo de interferir en el trayecto del retorno. El impacto se puede presentar en momentos puntuales, a través de lugares ya vistos, personas cuyos nombres abren un episodio de nuestra historia que siempre estuvo velado pero no ausente. Son esos episodios los que nos devuelven las vivencias pasadas, como proyecciones imprevistas de una película que todo este tiempo se había mantenido oculta en la profundidad de los archivos de nuestra memoria. Lo cierto es que al recordar volvemos al precipicio del abismo del que ya antes habíamos salido. Y volvemos a caer. Caemos porque somos débiles, o quizá porque no hemos sabido convertir nuestros recuerdos en figuras geométricas que encajen entre sí hasta congeniar fluidamente en el rompecabezas de nuestra vida.

Pero te echo de menos y no lo niego. Echo de menos tu espontaneidad, tu naturaleza, tu mirada que calmaba y provocaba tormentas, porque a veces eras tú tan despejada, y otras tu cielo se

ponía tan nublado que las lluvias eran inminentes, y te inundaban por dentro. No negaré que quise que te fueras, que sigo queriendo ignorar todos los caminos que me llevan a rescatar tu nombre del naufragio del olvido. No lo niego porque soy humano, y mi naturaleza me lleva a dirigir por carriles opuestos todos mis ideales. Sin embargo, quiero que sepas también que, sin importar que mis propias convicciones levanten muros a mi costa, todavía me queda suficiente fuerza o ingenuidad para admitir que te quiero, que no he dejado de quererte, porque en mí todavía vive aquel que te tomaba de la mano al caminar, aquel que te abrazaba sin permiso, aquel que te sonreía como si tú fueses el cumplimiento de una promesa maravillosa. Vive aquel al que no le importa lanzar todos los búmeran del mundo porque siempre va a ser feliz recordándote, viviéndote como aquellos días en los que fuimos más cómplices que compañeros, más amantes que amigos, más de aventuras que rutinas.

Sea donde fuere que te encuentres, has de saber que intento vivir con todo lo que dejamos pendiente, escribiendo esos capítulos de nuestra historia en los que quise creer que me abrías las puertas de tu vida sólo para descubrir, al final, que quien abría las suyas era yo para ti. Y nunca entraste. Espero que estés bien, lejos del peso que supone vivir una realidad que no te gusta, y viendo por fin tus planes florecer como los girasoles que tanto te gustaban. Ya no huyas, ya no te culpes, ya no te quejes. Hazlo por aquel que fui contigo, hazlo por esa versión tuya que alguna vez me quiso. Hazlo por los dos cuando todavía éramos soñadores. No permitas que eso se pierda, que el tiempo termine por diluir nuestros nombres, nuestras sombras, nuestros lazos que, aunque enterrados, todavía nos devuelven al inicio del camino, como un búmeran que recorre su trayecto de manera constante, y nos arrastra consigo inexorablemente. Déjate llevar por la nostalgia. A lo mejor puede ser la última vez que lo hagas y me encuentres en el camino, esperándote. Esa ciudad de los recuerdos es lo único que nos queda, porque en ella viven todavía las calles y los lugares en los que nos refugiábamos cada vez que nos atrevíamos a olvidar que tú y yo sólo éramos amigos.

REALIDAD INEXORABLE

Jueves 19 de noviembre, 2020

Te vi llegar pausadamente, escrutando a tu alrededor en busca de una sombra, hasta que me encontraste. No habían pasado tantos años pero aun así te veías distinta, y tuve la impresión de que el ambiente a mi alrededor incluso se había vuelto más liviano. Los centros comerciales nunca me han gustado para las citas, pero ahí estábamos, en medio de una multitud que transcurría indiferente, siluetas que se evaporaban con cada paso al son de esa música que flotaba en el aire. Fue imposible evitar verte constantemente de reojo, pero ni la emoción de aquel encuentro pudo quitarme la inquietud de saber que algo había cambiado en ti.

Porque vi que eras distinta a las fotografías. No me refiero a que te veías menos atractiva, sino distinta, como si un matiz se hubiese instalado en tu piel, haciéndote ver como sacada de un retrato, porque te veías tan bella que no parecías real. Luego me abrazaste. Y no fue lo que esperaba. Tantos años soñando con este momento y cuando se cumplió nada fue como lo había planeado. En mis idealizaciones febriles este abrazo era de encuentro, de bienvenida a un futuro; era la aproximación más certera a la felicidad compartida, no una simple cortesía que, aunque sabía muy bien que era sincera, no me llenó como lo había esperado. Sin duda, los sueños no se cumplen para todo el mundo.

En ese momento, me pregunté si tu voz también sonaba como en las llamadas, y una vez más la realidad mutiló mi expectativa, pues te oías diferente, como si el tiempo hubiese ecualizado el tono de tu voz, despojándola de calidez, y ahora sonaba como si tuviese un eco integrado, un eco casi imperceptible, pero que estaba ahí, delatando las noches de llantos ahogados, de una voz que se rasga por echar tanto de menos. Te escuchaba hablar y supe que ya no creías en las promesas, que no te veías conmigo, que ya tus ojos no guardaban mapas ni destinos, porque ahora tu mirada se anclaba a un porvenir lejos de mi compañía, y de la de cualquiera. Al principio pensé que esa era una visión un tanto trágica de mi parte, pero con cada momento que pasábamos juntos comprendí que aquella visión no fue sino la manifestación de una señal contundente.

Recordarte como eras antes es reconciliarme con una parte de mi vida única e irrepetible. Sé que hoy no sientes lo mismo, que tus pensamientos han cambiado, que ya no amas las mismas cosas, que las ilusiones no van contigo. Sé también que tienes miedo, un miedo inmenso, que te dice que las caricias arrancan pieles, que los besos son

peligrosos, que los abrazos son adictivos y que las almas puras —que alguna vez fueron tu máxima aspiración—, ahora ya no existen. Lo sé porque ese miedo yo también lo he sentido. Y al quererte, lo enfrenté. Tú has sido ese miedo que me hizo ser valiente.

Luego nos dejamos llevar por la marea, caminando a todas partes y a ninguna. Me sentí aislado del mundo, preguntándome cuánto me iba a durar la sensación de estar siempre escapando. Hubiese querido ser distinto, manejar con manos expertas esa trágica coincidencia que hizo que nos distanciemos por tantos años, porque ahora que te tenía delante ya no eras como te había conocido, y no hay nada más triste que volver a los lugares donde alguna vez fuimos felices y no encontrar en ellos a aquello que los hacía únicos. Pero supongo que está bien, porque las personas cambian, crece en ellas un amago de sabiduría, como si el tiempo, de alguna forma, les agudizara la manera de ver el mundo, y tras someterlas a experiencias y errores, a desengaños y golpes de realidad, nos entregara de vuelta a quienes quisimos pero casi irreconocibles.

Me contabas, por ejemplo, que habías terminado con tu novio, ese con el que llevabas ya tres años. Que el día de la boda se acabó la magia cuando apareció la ruina. Que descubriste que tu mejor amiga nunca fue tan amiga, al ver cómo ella y tu novio publicaban fotos juntos en las redes. Que tus sueños ya no te llenan el alma como antes, porque tras haberlos cumplido todos, comprendiste que siempre existirán vacíos incluso en la realización de las metas trazadas. Me contaste que, al final, nunca hubo boda, ni amigas ni metas, y que todo el mundo que creías conocer en realidad nunca había estado ahí. Que te estabas tomando un tiempo para replantear tu vida, cuidar de tu padre y ver en qué lugar poder comenzar de nuevo, porque dentro de ese vacío tan profundo, te ardía una llama de esperanza.

Pero te miré y comprendí que la esperanza no trae de vuelta a las personas. La esperanza no es una máquina que borra cicatrices. La esperanza es un empuje, un ímpetu que nos lleva siempre hacia adelante, sin retroceso. La esperanza no pone en nuestro rostro las sonrisas de ayer, no nos devuelve la mirada de inocencia; en definitiva, la esperanza siempre nos va a alejar de aquellos que nos hicieron daño porque, aunque volvamos a los lugares donde antaño encontramos nuestro sitio, lo cierto es que estos hace tiempo dejaron de pertenecernos.

Y me da cierto pesar formar parte de esa lista de personas que te hicieron dejar de creer en lo bonito, en que el mundo puede ser como quieres que sea, pero te prometo que falla incluso aquel que tiene las mejores intenciones. Tantas conversaciones por WhatsApp, tantas videollamadas, tantos sueños, para que al final, la primera vez que logramos vernos en persona, fuera también una despedida. Sin duda,

esa fue la peor parte, porque estábamos renunciando a lo nuevo sin haberlo intentado, estábamos renunciando a la aventura, al desafío, al compromiso que exige toda relación.

¿Qué será de ti en los próximos años? ¿Volveremos a vernos algún día? Esas preguntas me ametrallaban la cabeza mientras me contabas, insegura, aquellos planes que por ahora sólo viven en tu mente. Te libraste de un mal novio, aquel que siempre envidié y terminé odiando, pero no te has librado de mis poemas, de toda esa ingenuidad que llevaba tu nombre y que todavía sale a flote en mitad de un naufragio inducido por la distancia y el tiempo, por personas que siempre se interpusieron hasta hacernos creer que nunca estaríamos juntos. Y supongo que lo lograron.

Luego, mientras sonreías distraídamente, sentí esa guerra inabarcable en el pecho y supe que tenía que conseguir una tregua inmediatamente. Fue entonces que te besé. Y la paz reinó de nuevo en mi alma. No quería hablarte de promesas, de segundas oportunidades, únicamente quería que supieras, en ese beso que me atreví a robarte —y que representa a todos los besos que quise darte tantas veces durante tantos días y noches—, que te estabas llevando esa parte de mí que siempre quise que te perteneciera y que, aunque pase el tiempo y nuevos paisajes se te dibujen en la mirada, nunca voy a querer que me devuelvas.

Nuestra despedida fue pausada, como robada a la vida y a la muerte. Ninguno de los dos quiso dar el primer paso que nos alejaría de manera irremediable, porque el primer paso al alejamiento es también el primer paso hacia el olvido. De haber podido, me hubiese quedado ahí, contigo, como quien rescata a una damisela en apuros de su propia desgracia, pero no pude, porque ni tú estabas en desgracia ni yo tenía nada que hacer ahí, así que me resigné como se resigna uno a pertenecer al pasado de otra persona, ahí, en ese recuerdo en el que se convierten los instantes, y que no es más que una cárcel del tiempo, de donde no podemos rescatar a nadie porque las cosas y las personas que pasaron no vuelven jamás al presente, y tarde o temprano son reemplazadas.

Te comenté que mi vuelo salía en una hora, que me esperaba más de medio día de viaje, y tú me dijiste que se te estaba haciendo tarde para volver a casa. Ese encuentro raudo resultó ser un sueño cumplido de manera tardía, pero por lo menos ya sé qué se siente tenerte entre mis brazos, a qué saben tus labios, y te tuve tan cerca que me pareció que todas aquellas vicisitudes que precedieron nuestro encuentro habían sucedido una tras otra con el objetivo de guiarme hacia ti. Pensé, dentro de esa ilusión que sólo tú me inspiraste, que toda mi vida cobraba sentido a tu lado.

Al dejarte en aquel aeropuerto, tuve la certeza de que sellaba para

siempre esa historia a la que tarde o temprano iba a volver aunque sea para recordar que hubo un tiempo en que yo también perdí la esperanza, porque hoy finalmente la he encontrado. Eso es lo que rescato, lo que has logrado enseñarme. Por eso me alejo, por eso te dejo crecer a solas, vivir a solas, para que encuentres tú misma esa plenitud que tanta falta te hacía. Vive por los dos, porque si volvemos a encontrarnos, verás en mí a alguien distinto al que dejaste en aquel aeropuerto. Verás a alguien con la voz y la mirada diferentes, porque el tiempo —y esta es una realidad inexorable—, me habrá cambiado para siempre.

NO QUIERO OLVIDARTE

Martes 8 de diciembre, 2020

La sombra de una ilusión afligida de incertidumbre repta por mi mente cobrando a su paso anhelo y malicia. Si lo pienso con detenimiento, algo impide que te vayas por completo. Quizá sea aquel destello del sol por las mañanas en el que puedo adivinar tu sonrisa en un amago de recuerdo que inunda mi habitación. Quizá sea aquel aroma que se impregna en mi piel como un virus letal que me desencadena las ganas de volver a mirarte a los ojos. Lo cierto es que he tenido que aprender a vivir con la idea de encontrarte únicamente en sueños, y superar el maldito reto de olvidarte al día siguiente. Como una condena. Pero si alguna debilidad tenemos los que vemos paisajes en las heridas son precisamente las condenas en forma de recuerdo. En ese sentido no me da miedo afirmar que eres una de esas maldiciones con las que uno se atrevería a cargar toda la vida.

Al paso que voy, seguramente terminaría por perder la razón. Si salgo a caminar, me parece que las calles se ensanchan, que los parques están vacíos y que los centros comerciales pierden clientes con la misma velocidad que yo pierdo la vida. Últimamente los callejones son barridos por una brisa gris que les roba los colores y les confiere el aspecto de prisiones demasiado oscuras en las que no se sonríe sino hasta que llega la esperanza de morir el día menos pensado. De por sí, sonreír ha llegado a ser parte de una canción triste que apenas recuerdo. Cada lugar me cuenta sobre los momentos más bonitos de mi vida que quedaron atrapados en fotografías borrosas criando polvo y olvido. En todos los lugares estás tú y, al mismo tiempo, a todos les faltas. La gente tiene frío; por las tardes todo parece formar parte de un invierno cruel, pero a nadie se le ha ocurrido pensar que ese frío es la manera que tiene la ciudad de anunciar que te has ido, que ya no perteneces a sus calles, ni a sus paisajes urbanos con edificios llenos de gente que ni siquiera sabe tu nombre. Y es triste, pero tristes son las realidades más duras. La felicidad, al final, es un atuendo que a muchos nos viene varias tallas grande.

¿Quién es el traidor? ¿El que apuñala o el que da la espalda? Pero si alguna culpa tenemos en común es que no supimos cómo retener la felicidad que prometía quitarnos el frío en días como estos. Comprendí que amar tanto a veces puede simplificar la vida a dos graves cuestiones: dejarse llevar por la monotonía o rendirse ante el aburrimiento.

Cuando me encuentro deambulando en casa, recorriendo los

pasillos en los que mis pasos adquieren otro eco, me doy cuenta de que ahora la felicidad se ha convertido en un lienzo de mi memoria en el que apareces sonriendo, abrazándome; un lienzo transparente, que te hace aparecer de repente en los jardines, oteando en las ventanas o bailando en la sala, pero ese lienzo dura poco y se esfuma cuando despierto de aquel ensueño. Tu sonrisa ahora es para mí igual a una página en blanco en la que nunca he tenido idea de qué escribir.

A pesar de todo, no quiero olvidarte. Y tengo miedo de no poder darte las gracias. Gracias por ser la pieza principal al rompecabezas que ha sido mi vida. Gracias por haber estado a mi lado para comprender lo mucho que duele la ausencia. Gracias porque abriste caminos en mi interior que no sabía ni que existían. Gracias por el mundo que trajiste contigo y por hacer que te quiera como no he aprendido a querer a nadie. Y, sobre todo, gracias por esas heridas tan bonitas que me tatuaste en el alma. Sé que sería trivial si dijera que si no hubieras llegado no sería el mismo, pero es cierto; mi vida completa no tendría los paisajes que tiene ahora. No quiero que te vayas de mi mente. Olvidarte es una de esas misiones imposibles que se les delega a los tontos de remate, o bien a quienes han perdido el orgullo, el sentido común y la esperanza…

LAS CUATRO ESTACIONES DE MI VIDA

Miércoles 9 de diciembre, 2020

Hoy, de nuevo, te he convertido en mi paisaje predilecto, en mi zona favorita, de confort y aventura, de adrenalina y misterio. He decorado tus acantilados con mis labios, he descendido a tu abismo, me he perdido en ti como se pierde un hombre cabal entre tantos caminos, y no por no saber elegir cuál seguir de todos ellos, sino por querer explorarlos todos a la vez y con tantas ansias que, al final, la senda se bifurca y la pérdida —como la satisfacción que causan las nuevas experiencias— resulta inevitable. Eres tantas figuras, tantas formas, que todas las mías se amoldan a las tuyas, y al amarte soy tantos hombres como tantas mujeres contienes. A tu lado estoy estrenando vidas, y tus manos me reciben como si me estuviesen dando la bienvenida a los nuevos comienzos, esos que carecen de finales, porque incluso tus confines son prados vírgenes, y aunque las haya recorrido en su plenitud, tus curvas siempre me resultan inexploradas. Amarte es una aventura constante.

Hoy te he convertido en mi condición atmosférica, para recordarte que te he amado en cualquiera de tus climas, en todos tus tiempos, en tus días cálidos y gélidos, cuando atardeces y cuando anocheces, y comprendo que lo mejor de mi vida ha sido encontrarte, saber que las fotografías no mienten cuando me muestran ocasos tan bellos. Sin duda lo mejor de ti es cuando amaneces, porque es lo más parecida que resultas a la primavera, y floreces como los girasoles buscando el resplandor del sol, o como las rosas poniéndoles color a todos los inviernos. Me gusta tocarte entonces, sintiendo cómo tus poros se abren ante mi tacto, como pétalos amaneciendo constantemente, mientras mis manos recorren con suavidad y firmeza tu piel de terciopelo.

Me he enamorado de tu cielo abierto y nublado, porque en ambas versiones me has dejado conocerte a fondo, y te he descubierto humana y frágil, pero, sobre todo, sincera. Me has dejado navegar en el océano de tus pensamientos, en los lagos de tus indecisiones, en los ríos de tus cabellos, en los mares que decoran el archipiélago de tus lunares.

Y debo admitir que siempre voy a amar que me lluevas encima, porque incluso fragmentada eres capaz de llenarme y de devolverles la vida a todos mis desiertos. Te he saboreado dulce y salada, árida y húmeda, y nunca me basta, porque tus texturas son una invitación constante, y ganas me sobran de convertirme en huésped permanente de tus paisajes de ensueño.

No concibo nada mejor que mantener una conversación larga y fluida contigo, porque tienes tantos temas ahí dentro, como si estuviesen dormidos a la espera de que un rayo de sol e interés los despierte para salir a flote. Eres un vergel de palabras e ideas, expresiones que sólo un buen observador o un romántico empedernido es capaz de dilucidar. Y escucharte… escucharte es sentir cómo tu encanto cruza las fronteras de mi psique y les otorga paz a mis emociones, porque suenas a lluvia en mitad del bosque, a olas rompiendo contra las rocas, y me gusta la musicalidad que tiene tu voz cuando susurras, porque es como si el viento de pronto se hubiese aprendido todas las melodías de mi alma. Mirarte es ver estrellas de cerca, y lo mejor es que no hace falta la noche para que tu resplandor se note, porque brillas y el sol te envidia, y las estrellas te admiran, y los hombres te desean, y yo me enamoro.

He amado tus bosques, tus playas, tus zonas urbanas, tus edificios palaciegos, tus carreteras interminables, tus parques y plazas, porque eres mi refugio favorito, mi ciudad predilecta, mi hogar escogido, mi bendición más grande. Y pasaré el resto de mi vida conociéndote, amando tus costas y tus cordilleras, tus selvas extensas y tus montañas rocosas. Te conoceré una y tantas veces, como tantas veces te he soñado, tan perfecta y real, tan llena de errores y escondites, porque eres una mujer con distintas fases y yo un ermitaño dispuesto a conocerlas todas, desafiando al tiempo y las circunstancias, hasta que te conviertas en las cuatro estaciones de mi vida.

EL QUID DE LA CUESTIÓN

Sábado 12 de diciembre, 2020

Querida Nadie:

Espero que me recuerdes. Me imagino que, como todo el mundo, has pensado que este no ha sido tu año. Ha habido mucha tristeza, mucha incertidumbre, es verdad; también se han perdido ilusiones a un futuro, se han abandonado sueños, han quebrado los negocios y muchos otros se han visto obligados a cambiar el rumbo de sus planes. No sé cómo habrá sido contigo. Si acaso sobreviviste, si acaso perdiste a algún ser querido o si hace tiempo vives sola y la muerte ya no te asusta. Tal vez te contagiaste y has sobrevivido. Si te ha pasado esto último, entonces, que sepas que ya tenemos algo en común.

En todo el año no te he escrito una sola vez y, si hubiese esperado un poco hasta el tercer día de enero, se habrían cumplido dos años exactos de absoluto silencio. No voy a intentar excusarme. Simplemente ha sido un error de cálculo y este tiempo lo he dedicado a actividades meramente egoístas. Te he olvidado, te he ignorado, te he dejado de lado por un tiempo. En ocasiones me he preguntado incluso si ya no te espero. Si aquel niño de diecisiete años todavía piensa que eres el amor de su vida. Desde luego, ya no tengo diecisiete, aunque por la ingenuidad que todavía me vela la mirada me parece que sigo teniendo esa edad.

Bueno, el quid de esta cuestión, querida Nadie, es que llevo días pensando en que tal vez, sólo tal vez, en realidad no quiero que vengas. No por ti, sino por mí. Verás, he experimentado un apego bastante fuerte a la soledad. Me gusta que, al dibujar a una mujer con palabras, no sea un nombre el que me limite; me gusta que sean varias sonrisas las que encandilen mis poemas; me gusta no tener como margen idealista un solo color de ojos, un solo tipo de cabello, una sola manera de vestir. Me gusta que mis palabras me eleven y no interferir de ninguna manera en su rumbo. Me he acoplado tanto a la soledad que ahora me parece terriblemente seductora.

Me gusta la idea de dedicarme a escribir sobre lo que sea y a quien quiera, y quizá sea por eso que temo verte, cuando llegues, como la dueña de mi arte. Que te erijas como musa absoluta, como fuente de inspiración inagotable. Y sería un placer tenerte siempre como mi musa, no te confundas, es sólo que uno de mis mayores placeres es la dispersión, la de abarcar en mis textos a tantas mujeres como me sea posible, sin ser de ninguna, sin que ninguna se lleve para sí este ardor en el alma que se enciende cada vez que comienzo a

escribir. En la dispersión está la belleza, la riqueza que sólo la ficción y la soledad son capaces de conceder. No me gustan los esquemas de los celos, las explicaciones que tengo que dar para evitar malentendidos, las promesas que luego tengo que romper, los seudónimos tras los que tengo que esconderme para sentirme más libre. Quiero que la escritura sea un escape, no una más de mis prisiones.

Y es por eso que, si vienes, luego podrías pensar que no te quiero, si no te encuentras en alguno de mis poemas, si quizá tu nombre no resuena en alguna línea, en algún párrafo; puede ser que se te cruce por la mente que me importan menos nuestros momentos, por no escribir casi nunca de ellos; o que puedas pensar que echo de menos a otra por tanto escribir sobre pérdidas y nostalgias. Lo más seguro es que a ti te inventaré y reinventaré en mis ficciones, en mis relatos cortos; y serás tantas que luego tendrás celos de ti misma. Pero no quiero arriesgarme a embellecerte y perder mi esencia al mismo tiempo, pues a veces simplemente la felicidad no me inspira, no me llena; y si hablo tanto de despedidas es porque la mayor parte del tiempo es la tristeza la que me ofrece más maneras interesantes de abarcarla.

Otro motivo es mi falta de predisposición. Me refiero a mi falta de afectividad, mi nulo romanticismo en la vida real y mis pocas dotes de hombre detallista. Soy más romántico en la ficción, querida Nadie. Me gusta echar de menos para escribir pero no para vivir. Me gusta llorar cuando, al escribir, me he convertido en otro o en miles, y no cuando soy yo mismo. Me gusta sentir, enamorarme, ser iluso y entregarme sólo entre las páginas; mi alma, en la vida real, permanece exenta de aquellas emociones. Estoy mejor en la ficción y posiblemente sea ahí donde mejor te me representas. Me hace sentir más seguro el hecho de imaginarte que el de tenerte. Por eso te idealizo, te sueño con tantos rostros, te poseo con tantos cuerpos, porque después de aquella catarsis puedo volver al que era antes, a ese ser ordinario y frívolo acostumbrado a ver más que a mirar, a oír más que a escuchar; ese ser que siempre ha estado ahí pero que ahora sale a flote con más frecuencia, como si fuera, por fin, la personalización definitiva del hombre que voy a ser por el resto de mi vida.

Nada me inspiraría más temor que llegaras a confundir al escritor con el hombre que soy detrás de aquella faceta. El escritor es un personaje prácticamente ficticio, creado con el objetivo de fungir de agente canalizador de las emociones que a veces me asaltan, para estimular mi creatividad y explorar posibilidades de expresión. Pero ni las emociones ni mi creatividad ofrecen una visión certera y transparente del alma que tiene el hombre. El hombre no sabe nada de poesía, prefiere esa vida solitaria, de lobo estepario, indiferente al

mundo y a las promesas de romance. Y tengo que admitir que eso me genera cierto temor: llegar a ser aquel que, por ingenuo o idealista, durante años intenté evitar. Y que, como una heroína escapada de cuentos o fábulas, aparezcas tú en el último momento a rescatarme, a vengar mis propias decisiones y me regreses la sensibilidad de antaño; sin embargo y, por el momento, prefiero quedarme así, sin ataduras sentimentales, sin límites emocionales, pues he entendido que, aunque pase más de la mitad de mi vida escribiendo ficción, lo cierto es que en ningún otro rubro voy a ser más sincero conmigo mismo. Estoy hecho de perspectivas, de sueños, de alucinaciones, incluso. Estoy hecho de historias inventadas, de compañías que son más personajes que personas, de anécdotas prestadas, de experiencias ajenas. Estoy hecho de invenciones, querida Nadie, y me siento real en todas ellas, me siento incapaz de verme de otro modo.

Supongo que, siendo como te imagino, serás alguien que sepa entender todas las aristas de mis cuestiones, y te limites a disfrutar mi arte, a agradecer el tiempo a mi lado, a conformarte con protagonizar todas mis producciones en modo abstracto, siendo la esencia pero no el rostro; el alma pero no el cuerpo; el nombre pero no las palabras; la mujer pero no las siluetas, los colores, la música de fondo, los paisajes, los rincones, los sentimientos… pero tampoco quiero eso para ti, porque más allá de mis escritos está ese ser frívolo del que te hablaba, ese que nada tiene que ver con el poeta, y muy probablemente ni siquiera voy a quererte cerca, y no por odio ni indiferencia, pues en todo este tiempo he llegado a desarrollar ese instinto territorial que inspira siempre el aislamiento voluntario. Voy a querer permanecer dialogando a solas, descifrando la complejidad del mundo en compañía de todas mis facetas, leyendo a los autores que me marcaron, aprendiendo de ellos, descubriendo nuevas voces literarias, antiguas o contemporáneas, cuya sabiduría e inteligencia sean los recursos destinados a enriquecer esta personalidad, esta voz propia que estoy construyendo para sobrellevar la carrera de mi vida. Y esto es algo que, en definitiva, tengo que hacer solo. Sin distracciones ni desvíos, proyectando mis esfuerzos de manera fija a una meta que muy probablemente me lleve años lograr alcanzar.

En esencia, es eso en lo que he estado tan concentrado, querida Nadie. Por eso no te he escrito antes, y lo siento, pero espero que sepas comprender que, si alguna vez vuelvo a escribirte, no será para pedirte, como en ocasiones anteriores, que vengas lo más pronto posible, sino para decirte que te tomes tu tiempo, mientras voy contándote, de manera esporádica, acerca de mis progresos, a la vez que te ofrezco, como tantas otras veces, el palco principal de este teatro de mi vida, desde donde podrás conocer mi manera de verte entre mis poemas; narrándote, desde luego, sobre la chica que fuiste o

que eres en mis ficciones, cómo te imaginé, qué fue lo que hicimos, lo que dijimos, las personas que conocimos, todo eso como un ejercicio creativo constante. Quién sabe, a lo mejor, de entre tantas ficciones, puede surgir un futuro. Y el encontrarnos será sólo la manera que tendremos para hacer realidad todo lo que he escrito en tu espera.

Nos estamos dando ya bastante tiempo, pero démonos más todavía. No quiero elegir entre mi escritura y tú, no al menos en un futuro tan cercano. Así que no te apresures, elige los caminos largos, disfruta de las vistas que ofrece el viaje. Nos vamos a encontrar en el momento correcto, seguramente, y ese será cuando ambos estemos listos y seguros de lo que queremos. Porque siempre he pensado que una relación es un compromiso serio, y se debe ser consciente de sus implicaciones y, sobre todo, de las responsabilidades. Yo, contigo, no voy a querer un *para siempre* de unos meses, y si voy a pasar toda la vida a tu lado, primero debo haber arreglado las cuentas que tengo pendientes conmigo. Por eso, para cuando la vida por fin nos junte, estoy seguro de que tú y yo seremos lo suficientemente maduros y sabremos escribir nuestra propia historia.

Por favor, continúa cuidándote, queriéndote, encontrándote con experiencias que luego quieras compartir conmigo, en aquellos días futuros que se acercan con parsimonia. Muy probablemente nos esperen años peores que este, así que habremos de ser fuertes y valientes, porque al final el amor es similar a los estragos de la vida: ganan los que mejores aptitudes de supervivencia tengan. Y eso es algo que debemos tener en cuenta desde ya.

Con cariño,
Heber

ADICTO A SU PRESENCIA

Domingo, 28 de marzo, 2021

Al principio fue sólo un gusto, de esos que uno toma para recrear la vista, contemplando sus paisajes curvilíneos ir de un lado a otro llevando recados, despidiendo el verano con aquellos muslos descubiertos, de piel blanca y tonalidad áurea. Luego, el gusto se convirtió en gozo y el gozo pasó a ser deseo. Sin darme cuenta memoricé el ritmo de sus pasos, su prisa, las líneas de maquillaje de sus ojos.

Siempre he pensado que hay mujeres que, antes de marcarte la vida, te van dando avisos con una sonrisa o un breve cruce de miradas, de esas que te advierten que si continúas observándolas corres el riesgo de comenzar a echarlas de menos. Ella es de ese tipo de mujeres. Se grabó primero en mis pupilas, luego se hizo un espacio en mi mente y poco a poco está consiguiendo envenenarme el alma hasta volverme adicto a esa mezcla de dolor y placer que causa su sola presencia. Lo sé porque cuando no está suelo vigilar el camino que toma, en ambas direcciones, y me quedo expectante porque el sólo verla aparecer convierte a cualquier mala jornada en un día digno de ser eterno.

Me gusta. Me gusta verla pasar llevándose entre sus labios todas las palabras que todavía no tengo el valor de pronunciar. Me gusta que sus ojos a veces busquen los míos, en esa ráfaga de segundo que se evapora más rápido que mis absurdas esperanzas. Me gusta que nos separe un silencio, apenas unos pasos, y la ignorancia mutua que tenemos uno del otro. No me sé su nombre pero no importa. Una chica así se distingue por su aura, por esa luz que incluso en las noches se percibe. Una chica como ella está destinada a convertirse en musa, a ser inolvidable, a marcar la vida de cuantos hombres la contemplan sin decir nada, deseando que, como yo, nunca deje de aparecer delante de sus ojos, para no sentir que esta vida está un tanto vacía y que merece la pena aguantar uno o dos días más sólo por seguir entregándole secretos a través de miradas y sonrisas cuyo silencio jamás se ha roto. Seré yo, entonces, portador del privilegio de quererla como puedo querer un deseo incumplido: disfrutando de la sensación que provoca, pero sin ponerle una mano encima, a riesgo de hacer trizas esa ingenua realidad que, al menos de momento, sólo existe en mi desastrosa mente. Supongo que todavía no soy adicto a su presencia, pero algo me dice que lo seré pronto, y sólo espero que cuando ocurra ella esté ahí para dotarme de la dosis necesaria para mantener este equilibrio emocional, o romper mis idealizaciones en

tantos fragmentos que no pueda ni contarlos. Entonces, y solamente entonces, podré saber si todas esas miradas han sido correspondidas, si todas esas sonrisas han valido la pena, si acaso ella continuará embelleciendo todos los caminos que recorre, incluidos los de mis deseos, aquellos que pueden volverse menos pesados si una luz como la suya se aviene a iluminarlos.

SUEÑO DE ENSUEÑO

Domingo 13 de junio, 2021

El presente texto aparece únicamente en este libro, porque lo considero muy personal como para publicarlo en mi blog o alguna de mis redes, en las que sólo he compartido fragmentos.

Has vuelto, y me pregunto por qué. Supongo que ha sido porque en estos últimos días he estado prestándole bastante atención a la edición y corrección de este libro, en el que estás metida, tal como te recuerdo, y encontrarte ha sido inevitable, al punto de que, si bien es cierto que no has invadido mis pensamientos de manera inquietante durante estos días, sí que te has quedado escondida en mi subconsciente, ese rincón donde se ocultan todos mis deseos inconfesables, y te he visitado en el recorrido acostumbrado que doy todas las noches por aquellos lares encantados de mi casi atormentada psique. Los misterios de nuestra mente, de nuestros recuerdos —y en esto me parece que todos estamos de acuerdo— resultan demasiado complejos, como para, siquiera, comenzar a buscarles alguna resolución.

Soñé que viajaba a Colombia. No sabría decir a qué ciudad, pero intuyo por el contexto —que fue actual, por cierto, porque incluso en mi sueño ya estabas casada— que fue la ciudad de Armenia, donde tengo entendido que te estableciste. Me recibiste acompañada de él, que me saludó efusivamente, como si ignorara —nunca lo supe— que en algún momento de tu vida estaba haciendo méritos para ocupar su lugar. Subimos en su carro y me llevaron a la casa donde vivían. Supongo que en el camino compramos algunos víveres, porque al llegar bajamos varias bolsas llenas de comida. Cocinaste algo rápido mientras él y yo conversábamos, o más bien intentaba sacarle tema de conversación. Sí, yo, el más retraído; yo, el completo extranjero. Completa ironía. No se comportó mal, pero algo me dijo que mi presencia no era de su total agrado, a pesar de su actitud inicial.

En algún momento me dediqué a explorar la casa que tenían. Estaba todo en desorden, extrañamente, como si nadie hubiese vivido ahí en meses. Era una casa demasiado grande para dos personas. Varios cuartos, varias salas. Luego, cuando estuvo lista la comida, un excelente aunque modesto almuerzo que olía a gloria —sí, en mis sueños puedo percibir olores—, anunciaste que nos acercáramos a la mesa. En ese preciso instante vi a varias personas, entre adultos y niños, salir de todos los rincones de la casa, incluso de aquellos que

acababa de explorar. Estaban eufóricos, con hambre y ganas de devorar lo que les pusieran delante. Imaginé que era tu familia, aunque no te molestaste en aclararme nada. Mientras almorzábamos —en una mesa pequeña donde sólo cabíamos los tres—, recuerdo, nos tomamos varias fotos en las que también salía él, aunque es verdad que nos las arreglamos para tomar varias en las que sólo saliéramos los dos.

La siguiente escena que recuerdo fue la de una caminata por la ciudad. Hace años había realizado un viaje a la frontera de Perú y Ecuador, en Aguas Verdes, y los paisajes que vi en mi sueño eran los mismos (de algún lugar mi mente tuvo que extraer los elementos decorativos de aquella urbe). Caminábamos tranquilamente, otra vez tomándonos selfis; unas veces salíamos los tres, y otras —mis favoritas —, únicamente los dos. Comentábamos cosas triviales, como el parecido de las calles entre Armenia y Chiclayo, o la diferencia del clima entre ambos países. Extrañamente, todo estaba desierto en las calles y avenidas. Los negocios estaban abiertos, incluso el tráfico estaba activo, pero no había ninguna otra persona en las calles. Le dijiste a tu esposo que nos dejara a solas, y me pareció más disgustado que instantes anteriores. Sin embargo, minutos después, se había ido.

Te vi sentada a una mesa de un restaurante, igualmente vacío que el resto de locales. Estabas sonriente, escribiendo algo en un papel. Puedo verme recostado en la puerta de entrada, contemplándote con ganas de abrazarte, de besarte, de decirte aquellas cosas que antes había guardado por cobarde y que ahora volvía a ocultar porque era consciente de que ya no servía de nada una confesión a esas alturas. El corazón me latía con fuerza. Era un latido de desesperación, de deseo desmedido, de amor reprimido, completamente angustiante, por saber que incluso en mis sueños eras ajena, como si mi mente me estuviera recordando que llevaba varios años de retraso en este proceso de olvidarte, de dejarte ir para siempre. Mirándote comprendí que no quería. Que marcaste mi vida de un modo indeleble y que no estaba dispuesto a cambiar esa situación.

Finalmente, no pude seguir aguantando. Interrumpí tu escritura y te pusiste de pie. Mirándote a los ojos, tan cerca y tan lejos como estábamos, te confesé cuánto te extrañaba, cuánto me estaba costando aceptar que te habías ido, cuánto dolía verte en los brazos de otro, saber que esperabas un hijo suyo, que estabas compartiendo tu vida con alguien que —estaba seguro— no iba a quererte en toda su vida tanto como llegué a quererte yo en unos cuantos años. Fue inevitable romperme. Las lágrimas brotaron de mis ojos como como caudales, ríos de impotencia, de tristeza profunda. Y te perdí perdón. Por los errores, por el tiempo que también sufriste conmigo, por haberte herido sin la menor intención, por haberme ausentado, por haberte

llenado de dudas. Me pediste perdón también, y en aquel acto de reconciliación, me confesaste que te estaba ocurriendo algo similar y que me querías. Que, pase lo que pase, ibas a quererme siempre, porque yo en tu vida también había resultado indeleble, completamente inolvidable.

El llanto me despertó, y la sensación de soledad que habitaba en mi cuarto estuvo a punto de invadirme, pero no se lo permití. Conjuré una de esas ideas tan aparentemente absurdas pero viables: recuperar el sueño que estaba teniendo. Cerré los ojos, recreando las imágenes de aquel instante, hasta que lo logré.

Ahí estabas de nuevo, correspondiendo ese abrazo interminable. Entre lágrimas, conseguimos esbozar una sonrisa rota, de nostalgia desmedida. Me entregaste entonces el papel en el que habías estado escribiendo. Fue ahí que leí esas palabras que me llenaron el alma. Y, traicionando todo lo que había aprendido pero consciente de que aquella era quizá la última vez que iba verte en toda mi vida, me dejé guiar por mis instintos, por mis emociones —yo, que tanto autocontrol había ejercido sobre mis impulsos desde que tengo uso de razón—, y decidí poner fin a años y años de represión: te besé. Ese fuego que nació fruto de nuestros labios tan juntos como estaban, ese ardor de esperanza y pérdida, de vacío y llenura, de triunfo y fracaso, me invadió el alma y deseé con todas mis fuerzas que aquel instante no se acabara. Te abracé con esa firmeza pasional de no querer dejarte ir, y continué besándote, consciente por completo de que aquel era un error, pero dispuesto a correr el riesgo, desafiando al mundo y las circunstancias porque no quería irme de tu lado, no quería abandonar esa mezcla de felicidad y tristeza, esa mezcla de sensaciones similar a la que siempre me acompañó cuando te escribía un nuevo poema. En aquel momento estaba escribiendo mi obra de arte en tu boca, y nunca me sentí tan artista como entonces, al sentir a la señorita de mi vida, tan mágica y ardiente, en esa intimidad sin testigos que nadie jamás podrá quitarme, aunque nunca la haya tenido realmente.

Luego de aquella breve eternidad, nos dijimos palabras cariñosas, como antaño, de las que no recuerdo más que las sensaciones. Sabía que el final se acercaba, así que no dejé de abrazarte hasta que todo aquel mundo se fue desvaneciendo lentamente.

Las calles lucían desoladas y, al fondo, una oscuridad había comenzado a crecer, devorando los elementos que componían aquella urbe de mi sueño. Mientras esa sombra iba anegando los lugares vacíos, los vehículos de un tráfico silencioso, conseguí articular una sonrisa de agradecimiento, de plenitud. Tú, débilmente, también me sonreíste, una lágrima resbalando por tu mejilla. Me despedí de ti en paz. Un adiós que quise pensar que fue definitivo. Después todo fue oscuridad.

No hace falta decirlo, supongo, pero sé que no debería estar escribiendo esto. Sé que a estas alturas de nuestras vidas los dos hemos tomado decisiones con la firme convicción de que hacíamos lo mejor para nosotros. Sé que lo que acabo de escribir resultará inmoral en muchos sentidos. Sé que debería estar avergonzado. Sé que no debería quererte todavía, que ya nos hemos despedido veces suficientes en la vida real. Lo sé, lo tengo claro, créeme. Lo que no sé es cómo evitarlo.

Tengo esa maldita costumbre de regresar al pasado, como quien visita un cementerio para dejarle flores frescas a un amor que murió sin motivos razonables. Cada vez que vuelvo a nuestros mensajes —que, aun hoy, soy incapaz de eliminar— no puedo evitar soltar un llanto amargo, porque vuelvo a tocar la herida y de ella brotan los recuerdos, abriéndose paso a cuchilladas por mi alma, que cada vez tiene más cicatrices. Siempre que nos leo me embarga una gran sensación de impotencia, porque sé que dejamos tantas cosas pendientes, tantas explicaciones no dadas, tantas dudas insólitas, ausencias ridículas, reproches sin sentido, completamente injustificados. Y me doy cuenta de cuán fácil hubiera sido corregir los errores en el momento oportuno, cuán fácil nos dejamos arrastrar por la inseguridad, a pesar de habernos querido tanto. Ganó el orgullo, las deducciones apresuradas, ese maldito prejuicio, el tiempo que nunca jugó a nuestro favor.

Así que, cada vez que me asaltan esas emociones, en mí vuelve a nacer ese amor que en realidad nunca había muerto —o quizá sí, y es su fantasma el que aún me atormenta—. Y vuelvo a quererte. Vuelve ese impulso que reprimo, el deseo de escribirte, de contactarte para saber cómo estás, preguntarte si acaso la vida te sonríe más que antes, y si aún sientes algo por mí que me permita albergar una esperanza. Pero sé que no, aunque no me lo hayas dicho. Estás formando una familia con el amor de tu vida, sales feliz en las fotografías, le dedicas aquellas palabras que nunca tuviste para mí, y no te culpo. Siempre quise verte realizada, contenta, y no me perdonaría ensuciar aquella paz de tu nueva vida, aquella ilusión en la que yo salgo sobrando.

Quiero que sepas que lo voy a intentar. Intentaré ya no pensar en ti, matar —como lo he hecho anteriormente con otras chicas— ese sentimiento que ya comienza a envenenarme la razón y me impulsa a escribirte, a desearte entre letras, a anhelar de vuelta tu presencia en mi vida. No te prometo lograrlo pronto, pues, aunque he intentado evitarlo, tengo que reconocer que, aun ausente, aun lejana, continúas inspirando textos, continúas siendo musa. Y eso escapa de mi voluntad, porque se trata de algo más profundo. El sentimiento se controla, pero no se extermina; se reprime, pero no desaparece; se evita su crecimiento, pero no su existencia.

Seguiré escribiendo sobre ti, seguro, y quiero pensar que, contrario a lo que he venido diciendo últimamente —que me siento mejor solo, que no estoy interesado en ninguna mujer, que prefiero evitar el compromiso de las relaciones—seré sincero conmigo mismo y aceptaré que en mí todavía late un ápice de deseo por ti. Pero, por sobre todo eso, también aceptaré que en el fondo no te quiero de vuelta.

Ya no sé cuántas veces me he despedido de ti, en los mensajes, en los poemas, en mis sueños… pero esta vez no te hablaré de un «para siempre». Me despido de ti para volver de vez en cuando a tu recuerdo, para que vuelvas a inspirarme uno que otro poema sin que ello implique un deseo mayor, o eso espero. Sé que no merezco soñarte ni guardar ninguna esperanza. Somos lo suficientemente conscientes de que, aunque nos queramos —e incluso eso parece utópico—, a ninguno de los dos nos conviene el retorno. Es la imposibilidad de la vida, que al seguir su curso natural inevitablemente nos separa y lo hará para siempre. Tu camino nunca tuvo que cruzar con el mío, y cuando lo hizo nunca fue el destino que ambos terminaran juntos. Sin embargo, agradezco haberte conocido, porque no pienso negar que los mejores textos que he escrito hasta ahora han sido para ti. Me has ayudado a encontrar un estilo, me has ayudado a mejorar mis expresiones, sin que te hayas dado cuenta. Escribir para ti fue lo mejor que le ha pasado a mi madurez literaria. Sé que tengo mucho que aprender todavía, pero el avance es innegable, incluso para mí, que casi siempre detesto lo que escribo. Ese ha sido tu papel como musa: motivarme, inspirarme, ser eterna, y eternizarme contigo.

Si por casualidad o adrede estás leyendo esto (no voy a negarlo: lo deseo con el alma), espero que sepas comprenderme. No es tu culpa que mi subconsciente continúe empecinado en traerte al presente. Asumo toda la responsabilidad. Asumo la culpa. No te martirices. Sé que viviré más eventos como este: queriéndote, amándote en mis sueños de ensueño, tal vez de manera involuntaria, pero olvidándome de ti al despertar, en mis horas conscientes. Sabe Dios cuánto durará este litigio entre ambas facetas, pero lo cierto es que es un asunto que debo resolver yo solo.

Cuídate y cuida a esa familia preciosa que has formado. Sé feliz. Siempre te lo has merecido, bonita.

Sinceramente, Heber Snc Nur

Echo de menos todo ese mundo que dibujamos y que ahora se desvanece como acuarela en el agua, como tinta derramada en ese mar que presenció nuestros naufragios.

HEBER SNC NUR

DOCE MESES
2020

De las memorias de Dashten Geriott,
que fueron las de Heber Snc Nur
todo este tiempo

ENERO

Jueves 30

Después de ti, no ha vuelto la ciudad a ser la misma. Recorro sus calles, sus recovecos, y en cada rincón que alguna vez fue invadido por nuestras sombras, hoy quedan ecos: los ecos de las promesas que hicimos como pactos de sangre, promesas que hoy vacilan entre la imposibilidad de cumplirse y el inevitable destino del olvido. Los jardines que alguna vez viste florecer cada primavera, lucen desprovistos de vida, de cuyas rosas sólo quedan los pétalos inertes, como vestigios de una maldición. La piscina en la que me enseñaste a nadar ahora ha perdido su brillo; su azul metálico ha sido reemplazado por un verdor oscuro, de musgo y recuerdos. Las primeras brazadas, las veces que creí ahogarme: el tiempo que pasé bajo el agua, tan desesperado por subir a la superficie para darme cuenta de que el sólo hecho de respirar es la sensación más maravillosa del mundo. Ahí también me olvidaste. Dejaste aquel trasto inservible que pretendía quererte. Y no ha sido fácil.

No ha sido fácil recorrer salas de cine tan llenas de gente, tan vacías de ti. No digo «vacías sin nosotros», porque tú y yo dejamos de ser uno el día que, al mirarnos, descubrimos que en la mirada del otro nos volvimos unos completos extraños. Vacíos ya estábamos, lo que hicimos luego fue separarnos, porque ya no había razón de ser en nuestro intento de compañía. He pasado largos días con la sensación que me causaba asomarme al borde de aquella piscina maldita en la que se ha convertido tu imagen del pasado: te veo a través del agua con tu sonrisa maquillada, con el cabello recogido, tocándome como si con el tacto quisieras decirme lo que tus labios se niegan. Que me querías, pero que no podías quedarte. Que no te odiara, que continuara creyendo en las ilusiones, en el amor aunque doliera, en ti aunque mataras. Luego tu imagen flotante se diluye en todas las noches de insomnio e incertidumbre de las caricias negadas, de las espaldas enfrentadas, del silencio tras las preguntas, de la ausencia de ellas.

A veces, con la intención de continuar con ánimos para proseguir en los pasillos interminables de esta urbe fantasma, intento recordar por qué te quise, como si con eso pudiera obtener alguna redención por toda la culpa con la que ahora cargo. Y recuerdo que te quise porque me parecías distinta sin saber que ibas a dolerme como todas antes de ti; ahora me ahogo, vuelvo a la piscina dando brazadas de desesperación, luchando con fuerza, pero la corriente me arrastra hacia dentro y termino desfalleciendo a último momento. Cuando

vuelvo al borde de recordarte, al precipicio del pasado, puedo ver mi cadáver todavía en el fondo. Y digo «mi cadáver» y no «nuestro cadáver», porque al final quien ha fallecido es mi parte de la historia. Tú has comenzado otra, ilesa, como si mi ausencia no te pesara, pero yo continúo reptando por el asfalto, a la sombra de edificios carcomidos por el tiempo…

FEBRERO

Sábado 29

Cambio. Hay un cambio en todo lo que alguna vez conocimos. Los niños del barrio han abandonado las plazas, ahora dejan transcurrir el tiempo encerrados en sus calabozos de internet e incertidumbre. Cambiaron la calidez de la camaradería por la frialdad de una vida a solas, de pantallas y luces. Los árboles, frondosos en sus mejores épocas, ahora visten la desnudez de las ramas que apuntan a un cielo que parece siempre a punto de desplomarse. Los poemas que alguna vez escribí tampoco son los mismos. En su momento me parecieron el modo de salvarme del mundo, el modo de librarme de la tara de la soledad y la única manera que existía para convertirte en una mujer digna de recordarse. Y en parte lo he logrado. Te recuerdo, te añoro, pero ya no me transmites el romance, no me inspiras la gracia, ni siquiera extraño esas noches en las que el deseo nos guiaba las manos y los labios, aquellas noches que parecían infinitas; en las que, mientras tú creabas estrellas con tus gemidos, yo estudiaba el universo de tu piel con mi lengua, saboreándote por dentro. Quién diría que esas noches también iban a acabarse. Quién diría que las ventanas iban a cerrarse, que la ciudad no iba a guardar memoria de sus mejores días, que las cartas no iban a ser respondidas, que tú ibas a marcharte y yo no iba a saber cómo lidiar con eso.

Ahora el mundo es un abanico de fantasmas, un paisaje desolado, herido de silencio, poblado por figuras que deambulan como salidas de alguna pesadilla, con rostros irreconocibles, que no han tenido el valor de abandonar las puertas desvencijadas de su conciencia porque con el transcurrir del tiempo han llegado a convencerse de que esa decrepitud era todo cuanto existía. Son figuras extrañamente familiares, que se enfrentan al caminar y, cuando se miran a los ojos, se descubren incapaces de admitir que aún se echan de menos. Figuras tristes que, por las noches, al amparo de esa luna llena que acompaña siempre a los solitarios, se desean sin decírselo, se añoran con el alma. Somos nosotros, querida. Somos nosotros.

No pudimos con nuestros demonios, no pudimos vencer la distancia de la memoria, porque nunca aprendimos —o no quisimos aprender— que el amor fue siempre convertir nuestra necesidad de llenura en una adicción recíproca, y buscarnos aunque el cielo nos cayera encima, aunque no hubiera niños en las plazas ni árboles con vida, aunque no pudiésemos lidiar con el pasado, con la incertidumbre de saber si mañana también estaremos, si para entonces continuaremos queriéndonos.

MARZO

Sábado 21

Una de las cosas que tuve que aceptar una vez que te fuiste fue que por mucho que te recuerde no voy a lograr materializarte. Podrás imaginar que es una obvia tontería, o una tonta obviedad, pero lo cierto es que cuando te fuiste todavía podía materializarte deambulando por los matorrales del jardín afuera de casa, en las sombras nocturnas que la luna apenas conseguía pintar de plata. Te materializaba en sueños y te hacía mía, porque bien sabrás que al dolor de la pérdida sólo le queda el placer de los deseos imposibles, como un consuelo estúpido, igual que buscarte en otras mujeres.

He de admitir que las he visitado una a una —a las mujeres, me refiero—, y traté de que fueran siempre tan contrarias a ti, de esas que tan mal te caían. Te busqué en ellas, desde luego, no por el parecido, sino porque sé que nunca las habrías aprobado y yo siempre fui de ganarme más rápido tus reproches que tu aprobación. Ahí también te materializabas. Tu odio podía percibirse en cada caricia, en cada beso ajeno, en cada embestida que daba con rabia, herido de orgullo, tatuando con tu ausencia las pieles que nunca serían mías, aunque estuvieran en mis manos. Las amé —o eso quise creer— como intentando ralentizar el dolor de una espera prolongada.

Te percibí en las noches de insomnio revestido de recuerdos, de tormentas en la oscuridad mientras cabalgaba en utopías que siempre llegaban a desvanecerse si le echaba un vistazo a esta realidad sin ti. Pero ahora no. Ahora todo es distinto. Ahora no te encuentro si no es en los libros, no te oigo sino en las voces de los recuerdos, y cada lugar que vio tu sombra me devuelve únicamente un suspiro de nostalgia. No te veo en otros cuerpos. Ni siquiera tu odio y tu reproche me martirizan la conciencia. Escribo para poder decirte que cada vez te pareces más al olvido, más a una herida de infancia, con una cicatriz que deja marca pero no dolor. Cada vez estoy más cerca de perderte definitivamente. Lo sé porque las letras de nuestras canciones ya no suenan a nosotros; difieren con mis recuerdos.

Y sé que lo mismo soy para ti, porque te veo y ya no eres la misma, ya no me devuelves esa mirada que me llamaba en silencio, y me temo que has aprendido a olvidarme también, porque aunque me duela he llegado a aceptar que no soy eterno, ni siquiera para que me recuerden. Los últimos golpes de esperanza que recibo es cuando a veces siento que vuelves a decorar con tus uñas mi espalda, escribiendo promesas, trazando surcos infinitos de placer y gloria. Pero no es verdad, porque ninguna mujer ha de iluminar la penumbra

que me dejas, aunque desaparezcas poco a poco, aunque te marches para siempre.

Seguramente nos acabaremos algún día, congelando los instantes en fibras de vidrio y quebrándolos para siempre en la planicie que dibuja el tiempo tras su paso. Nos fragmentaremos en mil piezas filosas; estaremos irremediablemente rotos, imposibles de encajar entre nosotros. Nunca nos lo dijeron pero lo comprenderemos con el tiempo: olvidar no sólo es imposible, sino que el solo hecho de intentarlo nos dejará secuelas imborrables. Habremos de ser muy valientes o muy cobardes para terminar convertidos en títeres del tiempo, con cicatrices en lugar de rasgos, dibujando con gestos sin sentido nuestros estados de ánimo, fingiendo que llevamos una vida normal mientras arrastramos nuestras almas heridas en el pavimento de la indiferencia, haciendo como que no existen.

Olvido, lo llamamos ahora. En otros tiempos eso se llamaba cobardía.

ABRIL

Sábado 11

Hay un pacto de silencio entre el calendario y mi reloj, porque hace tiempo que ninguno le dirige la palabra al otro. El reloj me dice que es la hora de olvidarte, pero el calendario me miente diciendo que hoy es el día de volver a verte. La sala se ha convertido en una trinchera vacía, y las armas que alguna vez protagonizaron la batalla, no son ahora más que un dibujo mal pintado en el escaparate de mi memoria. No han vuelto las noticias a informar sobre tu ausencia; toda la prensa ha sido comprada por la promesa ridícula de un futuro bonito, un futuro lejos de tus piernas, un futuro condenado al olvido por adelantado.

Te has convertido en el mar tras mi ventana, porque aunque a diario me recuerde que estás ahí, no me atrevo a zambullirme por temor a ahogarme. Y has de saber de esta ironía, querida mujer de mi pasado: que el agua nunca me ha transmitido miedo, sino libertad.

Ha sido difícil desprenderme de tus fotografías, de tu porte de mujer inalcanzable, de la perversión con que tus piernas le mataban la inocencia a mi ego, del olor a puta que tu ropa interior desprendía, la misma que olvidaste en nuestra última noche, cuando ya estuvimos hartos de guardarnos secretos porque ya nos conocíamos de memoria. Ha sido difícil también dar con tu paradero para enviarte estas cartas que más que diálogos se convierten en una documentación de mi descenso a la locura, de mi incapacidad para sobrellevar una soledad que pesa aunque hace unos meses hubiera escrito que ya todo estaba resultando ser más simple. Pero ahora que te tengo de nuevo en la mira vuelvo para escribirte estas misivas mensuales que, sospecho, destinas al fuego antes incluso de leerlas. No te culpo porque, en realidad, debe ser muy evidente que son mías, pues desde las primeras líneas escribo arrastrando las palabras, cortando caminos entre la pena y el odio, buscando atajos entre el amor y la esperanza, que es lo que hacemos los que no hemos aprendido a vivir sin la añoranza absurda de un amor que se ha ido y al que aún queremos de vuelta.

Porque sí, te quiero de vuelta. No soporto oír mi voz sonando solitaria en una casa donde se oyen las risas de los hijos que no tuvimos. No soporto llegar a casa y no encontrarte, saber que tus objetos continúan ahí, en un permanente recordatorio de que alguna vez también habitaste estas sábanas; que tu sonrisa no sólo estuvo en fotos, que no siempre me he duchado solo, que hay más lugares que la cama en donde nos atrevimos a romper las reglas del decoro y la decencia.

Tú, que sabes mejor que cualquiera lo orgulloso que puedo llegar a ser, debes ser la primera sorprendida al intuir un amago de cariño entre estos enunciados. Y yo no voy a ser quien va a mentirte: si vuelves harás que se reconcilien los vacíos de esta casa con los recuerdos que de ti guardo. El reloj y el calendario firmarán una tregua, al por fin ponerse de acuerdo y prometerme que cuando te vea entrar por la puerta, serán el día y la hora por fin alienados al resto del mundo. Y volverá la primavera a visitar las flores, recorrerá por mi alma un calor que detendrá las hemorragias; en la sala por fin se levantará una bandera blanca y por las noches volveremos a firmar ese pacto irreverente que nunca debió romperse: ser más tuyo que de nadie, y que seas más mía como nunca.

MAYO

Jueves 28

Tras bautizar a mis sueños como películas negras, casi siempre duermo pensando que, al despertar, una nube gris coronará el cielo de mis horas. Al abrir los ojos lo compruebo. Esta vida de tinieblas es casi un lujo, como una maldición pagada, llena de extractos de recuerdos que flotan en esta bruma gélida, casi sólida, a la que me he acostumbrado a esperar llegada la tarde, justo cuando la temperatura desciende y se abren las puertas de los infiernos del remordimiento.

A veces también apareces: en forma de mensaje, en forma de pregunta, o dentro de una fotografía. Apareces en el sol de mediodía, o en aquella calidez sin fuerza de los atardeceres. Me dice la intuición que eres feliz, y eso lo sé porque tú siempre fuiste feliz sin mí.

Durante esas noches de desvelo me dedico a tatuar páginas en blanco con tu nombre. Si no hay tinta, utilizo mi sangre, al final no importa: cuando escribo también utilizo el alma y puedo jurar que duele menos. Pero en esa conjura de palabras, el arte me recuerda que no nací para amar a nadie, que soy sólo un arquitecto de espejismos, de personas hechas de niebla cuya solidez desaparece con un roce. Por eso mis sueños son películas negras, pesadillas en escalas de grises en las que constantemente me encuentro investigando la naturaleza de varios crímenes aparentemente ajenos sólo para descubrir, al final, que el asesino de la dama inocente siempre había sido yo. Quizá por esa razón, ahora, cuando vuelve tu imagen y me mira a los ojos como queriendo escrutar las sombras de mi alma, yo simplemente me dejo descubrir, sin tapujos, incapaz de ofrecer resistencia.

Luego tu imagen se va y te echo de menos. Te echo de menos porque sí, tú dolías, pero eras real. Tu olor y tu piel, y ese anhelo que se desvanecía entre penumbras… era real tu tibieza, tus labios temblorosos, tus uñas, tu voz rasgada, tu manera de hacer que desee estar vivo. Porque incluso las heridas que me dejabas me permitía decorar las sendas ordinarias de mi vida. Y prefería mil veces que me dolieras sinceramente a que me aliviaras dentro de una ficción pasajera.

Hoy que no estás y ya se cumplen cinco meses, quiero que sepas que la distancia que hay entre tú y mis recuerdos pesa, porque todo lo que te separa de mí es mi silencio, y esta absurda necesidad de convertir a quienes quiero en memorias de otras vidas, porque un hombre tiene tantas vidas como tantas mujeres haya amado. No tengo idea de por qué esa necesidad me embarga. Tal vez para salvaguardar la integridad de los buenos momentos, tal vez para protegerme a mí

mismo. Donde quiera que te encuentres quiero que sepas que soy un cobarde y que deseo que vuelvas, como se desea la muerte tras aguantar tanta tristeza.

JUNIO

Miércoles 24

He intentado convencerme de lo contrario, pero lo cierto es que te echo de menos. He rememorado en estas horas muertas el roce de tu piel, que ahora me sabe distante y ajena, como aire de otro mundo. Echo de menos ese resplandor que encendía mi vida, tan árida sin mi lengua en tu boca, tan húmeda con la mía en tu interior, en ese rincón con sabor a playa que siempre encontraba en tu entrepierna. Y es que, para rematar de ironía el asunto, el sediento siempre fui yo, pero si quería saciarme debía volcarme en ti, entregarte mis mejores tiempos, como cuando te sueño y por un instante te vuelves real y tangible, con la firmeza de tu piel intacta, tan serena y milagrosa, como un deseo de infancia cumplido.

Echo de menos tus manos, que me descubrían bajo la lluvia, y me quitaban el velo de secretos que enmascaraban mis ojos. Y tus gemidos, que siempre fueron mi canción favorita, me recuerdan que había sobrevivido a años de penurias únicamente para vivir aquellos momentos entre tus piernas, volviéndote real y radiante, como una diosa que congela el tiempo con sus gritos entrecortados de placer, demostrándote que a veces una muerte fugaz nos hace vivir de manera más intensa. Echo de menos las canciones compartidas, el exceso de cariño, los malos entendidos. Echo de menos las discusiones, los complejos que siempre matábamos al mirarnos. Echo de menos todo ese mundo que dibujamos y que ahora se desvanece como acuarela en el agua, como tinta derramada en ese mar que presenció nuestros naufragios.

No sé si tú aún me recuerdas, si al final tampoco quisiste irte, sólo sé que fui muy ciego, tanto que no vi las consecuencias de esta trinchera de silencios, un juego que terminó cobrándonos muy caro la osadía de tomarnos todo a la ligera, como unos niños que, por puro capricho, rompen sus juguetes y luego lloran la pérdida. Fuimos absurdos, tal vez yo más que tú; a estas alturas no me da ningún reparo admitirlo. Me vi entre tus manos y terminé huérfano de tacto; te vi entre mis sábanas y terminaste en otra cama, en otra vida.

No me dejes ir, si es que para ti esa vida que dejamos también tuvo algún significado. No dejes que el olvido me borre de la geografía de tu memoria, que los mapas que te dirigen a mi nombre se pierdan, que ya nunca más ningún objeto te devuelva mi nombre, aunque sea por casualidad. No me dejes ir porque a estas alturas esa es la única esperanza que me queda, el saber que todavía vivo en la mente de alguien que amé con todas mis fuerzas, hasta llegar a despojarme de

todas ellas. Encuéntrame entre tus sueños y deja que te invite a juntarnos las manos y la vida, la boca y los besos, como antaño, cuando creíamos que todo esto iba a durar para siempre.

Hoy, débil como siempre he sido, la única paz que anhelo es esa de caer inerte sobre tu recuerdo, que me entierres ahí dentro, y me guardes, quizá no como aquellas personas que llenan de felicidad todos tus paisajes, sino como el cadáver de aquel que intentó cambiarte la vida, aunque haya perdido la suya en el intento.

JULIO

Viernes 31

Otro mes sin ti es otro mes que tengo que lidiar conmigo mismo. Ya deberías saberlo. No sé convivir conmigo a menos que tú me ayudes a hacer las paces entre mi ser indiferente y aquel que te necesita. Los dos nos hemos enemistado y nuestro antagonismo crece en el mismo lugar donde alguna vez sonaron tus orgasmos. Ni siquiera el sueño, cuando lo concilio, me trae la paz del descanso. Ahora soy reo del insomnio, que le ha dado por tener tu cara y tu sonrisa, como si fuesen siluetas grabadas a fuego en la piel de mi memoria.

El otro sujeto, ese que me mira desde el espejo con ironía, suele decirme que hay juegos que terminan por acorralarnos hasta reducirnos a meras piezas en un tablero. Que en realidad no controlamos nuestro destino ni nuestra memoria, y que por eso mismo no debemos esforzarnos en olvidar a alguien porque tarde o temprano ese alguien volverá con otro rostro y otro nombre, pero con la misma esencia. A estas alturas, contradecirlo me parece una bofetada indirecta, como escupir al cielo. Nada evidencia más su afirmación que tu fantasma atormentándome durante siete meses, alargando esa condena irremediable de encontrarte cuando no te busco, de necesitarte sin recordarte, de perderte sin poseerte. Nada más irónico que odiarte sin poder odiarte con fuerzas, nada más triste que olvidarte echándote de menos.

Y aunque no sepa quién es el imbécil que controla los hilos que tejen mi destino, lo cierto es que sé que ya no tengo opción porque tú vas a quedarte siempre, para hacer de este infierno un lugar de acorde a tu esencia y tu sonrisa, tu maldita e inevitable sonrisa, cuando me la dedicabas antes de convertirte en esta penitencia sempiterna.

AGOSTO

Viernes 21

Nada. Eso es lo que siento. Como una corriente de aire que, siendo invisible, todavía logra fluctuar las llamas que me consumen desde dentro. Nada: un sentimiento vacío, de alcance insospechado, que sin permiso logra trazar los caminos que abriste en mi vida hasta hacer que cada resquicio, que cada resquebrajadura, que cada grieta me haga pensar en ti, en tu manera de quererme como si cada día fuera el último, porque tus besos siempre sabían a despedida. Nada: un volcán de ironía, de espacios prestados a la pena, de espejos rotos que todavía me devuelven tu sonrisa hecha pedazos. Nada: una mentira como todas las veces que dije que no te echaba de menos.

Ahora nada me sabe a todo porque te pienso; ahora pensarte me duele porque te quiero, y no puedo dejar de quererte porque soy incapaz de olvidarte. Y cada uno de estos meses ha caído por su propia inercia, ya son ocho los mundos que intenté construir sobre las ruinas de mi mente, y se han venido abajo, todos y cada uno, como piezas de dominó mal colocadas.

Te quiero porque no te olvido, no te olvido porque me marcaste, me hiciste recordar por qué nunca amé a nadie antes, precisamente por el miedo de entregarlo todo y quedarme en la nada. Pero en mi vida como en la de cualquiera, toda lección queda subordinada por la evidencia empírica: nos mentimos porque queremos sobrevivir, nos mentimos porque duele menos, y esto lo supe porque al irte no me quedé sin nada, no me dejaste vacío. Fue lo mismo que estar contigo pero sin ti, y todo lo que antes me traía calma ahora me atormenta. Si te ibas, te hubieras llevado todo, todo lo que ahora se disfraza de nada, de vacío, de ausencia. Porque estás en todas partes y no puedo, no puedo dejar de quererte.

SETIEMBRE

Sábado 26

Nueve meses. Han nacido. Digo «han» porque son gemelas. Tienen tus ojos y mi mirada; es como si la suerte nos hubiera llegado justo cuando ya no nos hace falta, algo que ocurre con casi todas las cosas importantes de nuestra vida. Una tiene tu gesto de inconformismo, y me mira como si todo el tiempo estuviese en desacuerdo con mis palabras o mi actitud; la otra, la más risueña, parece que siempre estuviera feliz de verme. A veces llego a sentirme como en casa entre ellas, y he aprendido a quererlas, porque son la recreación de ese futuro que nunca tuvimos.

Lo que me jode es el llanto. No ha habido una sola noche en la que haya podido pegar ojo durante ocho horas seguidas. Supongo que es el precio de haber cambiado el rumbo de toda esta historia. Cargo con ellas hasta calmarlas, pero aquella paz que consigo sólo dura unas cuantas horas y, luego, vuelve el insomnio a prolongarse, hasta sorprenderme mirando el alba con las dos entre los brazos. Tampoco he podido visitar nuestros lugares. Hay algo en ellas, te juro, que me convence de abandonar la totalidad de mis contactos, y rehúyo las reuniones, me aíslo en casa por temporadas realmente extensas, y nadie entiende por qué, pues no saben que ahora soy padre de dos criaturas que consumen mi tiempo y mis energías, y que ella, su madre, la mujer que les dio la vida, no está para darles el sustento que debería. Espero que nunca crezcan, porque en el momento que descubran que están solas en la vida y que su único sustento es este ser decadente cuya alma se cae a pedazos, es posible que no me lo perdonen.

Juntas hacen un gran equipo. Una de ellas me quita la sonrisa y se la pone como máscara, y cuando me mira con esa mueca robada de mi rostro me entra escalofríos. Ella se llama Nostalgia y, con aquella claridad de tus ojos, me recuerda que, en ocasiones, se quiere más lo que daña que aquello que nos conviene. Nostalgia me trae tu recuerdo de repente, para interrumpir el transcurso natural de mi rutina. Me devuelve tus fotos, me hace oír nuestras canciones y, para cuando consigo dormirla tras exponerla a un largo lapso de indiferencia, vuelve. El llanto comienza después, en silencio y desde el alma. Soledad, su hermana de sangre y cómplice en martirios nocturnos, es, irónicamente, la que más sonríe, tal vez porque su trabajo conmigo le divierte. Es la encargada de cortar cualquier conexión que todavía me ata al mundo más allá de estas cortinas cerradas que existen en el ático de mi memoria. Estar con ella significa vivir a oscuras, en una

noche que nunca termina, con un silencio que nunca se rompe. Soledad me inventa fantasmas del pasado y me hace hablar con ellos, me devuelve la voz algunas veces y le pone palabras a la ausencia de mis expresiones. Me hace llenar hojas y hojas de textos. Sólo ella sabe sacar el escritor que llevo dentro y, a veces, cuando el dolor de la pérdida me resulta insoportable, me abraza, se queda conmigo contemplando el paisaje lúgubre y sombrío que siempre tengo por horizonte.

El rol de cada una es particular pero siempre complementario. Soledad me priva de la libertad más allá de este encierro, y Nostalgia me retrata tu sonrisa, que duele mientras más lejana se encuentra. Entre ambas consiguen que te escriba cartas, que le dedique poemas a tu ausencia, con esta voz casi rasgada que sale de mis manos acostumbradas a palpar el vacío cada vez que comienzo a acariciar el lugar que ocupabas en mi cama.

¿Hasta cuándo cargaré con ellas? Supongo que hasta que aprenda a olvidarte, aun cuando siempre he dicho que el olvido no existe. Imagino que te acabarás un día, y Nostalgia terminará por marcharse también, cuando Soledad no siga dinamitando mis expectativas, mi contacto con la realidad y mis ganas de comenzar a vivir, pero vivir realmente, vivir sin este dolor en el pecho que causa el tener que enfrentarme solo a estas dos infantes y gigantes al mismo tiempo, porque pesan incluso más que mi conciencia.

Vuelve a por ellas. Hazte cargo. No renuncies a la responsabilidad que te corresponde. Yo te estaré agradecido, porque sé que, en cuanto estés aquí, ellas por fin podrán recobrar ese sueño ininterrumpido que les corresponde, y dejarán de despertarme todas las noches para restregarme en la cara que, más que a un padre viudo, me parezco a un padre adoptivo, totalmente inexperto si no es tu voz la que acalla este llanto, si no es tu abrazo el que me rescata de esta soledad mordiente, hasta que por fin les devuelvas la paz a mis desvelos y deje de estar en guerra con mis recuerdos. Sólo así podré reconciliarme con el mundo, sintiendo que me otorgas ese silencio que no es incómodo, las palabras correctas en el orden preciso, y vuelva mi mundo a tener parte de esa armonía que sólo tú eras capaz de darle.

Y no tardes. Ellas han vuelto a despertarse.

OCTUBRE

Martes 20

Ya no sé si volveré a verte, al menos, de la misma forma. No sé si mañana, cuando se vayan tras de ti mis miedos y aprendas a convivir con ellos, al verte yo siga deseando que el invierno nos encierre juntos. No sé si seguiré sintiendo lo mismo, o si acaso esta vida que se acaba terminará por corroer todo lo bueno que me queda. Seguramente tú para entonces serás feliz, y el rostro te habrá cambiado, amoldado a otros besos, a otras caricias, como si mis huellas hubiesen desaparecido con el paso de un tiempo que llegó en forma de otras manos. Te habré perdido, eso es seguro, porque desde que te fuiste supe que nunca habías llegado por completo. Me hiciste extrañarte, o acaso yo no supe hacer otra cosa, sólo quedarme quieto, con esa incapacidad que nace tras ver cómo ese mundo que vino contigo se consumía lentamente.

Luego quise volver a ser feliz, y te busqué en vano, porque en realidad nunca busqué donde realmente estabas, sino donde me llevaba tu esencia, arrastrándome tras tus pasos por las calles de mi memoria, en esa ciudad que no se parece en nada a la nuestra. Y te encontré, claro. Pero no eras la misma. Y aprendí a verte sólo en esos viajes con vistas a una urbe demasiado grande para nosotros, una urbe que sólo existe en el recuerdo. Hoy ya no sé si todo lo que soñamos volverá a nosotros algún día, o si mañana estarás tan bella como cuando te fuiste, pero sí sé que dolerás lo mismo, como si estuvieses yéndote constantemente, dejando las despedidas atascadas en tus recados pendientes y maldiciendo el haberme conocido. Seguirás tan hermosa como cuando supe que tu sonrisa iba a dolerme por todas las veces que soñé con ella, abrazando a esa esperanza de verte volver un día, como reconciliándote con nuestros planes, como queriendo quedarte conmigo.

NOVIEMBRE

Lunes 23

Recuerdo la parte final de tu última carta:

> *«No quiero que me olvides, pero sí que entiendas que el amor no es una competencia, y que no se trata de ganar o perder sino de aprender que nadie está para cumplir las expectativas de nadie. Las personas no somos un amuleto o un juego de azar en el que, apostando a la suerte, debes confiar el próximo motivo de tu felicidad. Tu error más grande fue ponerme en un pedestal tan alto que ni tú mismo pudiste alcanzar luego. No te odies, no te recrimines. En algún momento tuvo que ocurrir y no es tu culpa, aunque tampoco la mía, y espero que algún día llegues a entenderlo».*

La leí tantas veces que me la aprendí de memoria. Pensé en odiarte, en maldecir tu existencia como se maldice lo que alguna vez se amó con toda el alma, pero durante un momento recordé que antes de causarme dolor también me diste una razón para amar la vida, y entonces volví a quererte. Pero quererte de una manera distinta, como se quiere a un sueño que lentamente se va mudando al país de la indiferencia, o como se quiere un préstamo: disfrutando del beneficio, pero olvidando que lo tenemos que saldar en algún momento. El amor es una transacción engañosa, un negocio con demasiadas letras pequeñas que nunca leemos.

Muchas veces me he preguntado si te di razones para irte o si las buscaste en cualquier nimiedad a modo de pretexto. Pero supongo que cuando el amor se apaga, se van también los detalles, se retiran ciertas palabras hasta dotarnos de una personalidad indiferente, y nos vamos amoldando, casi sin darnos cuenta, a la falta de gestos, hasta que llegamos al punto en que hemos normalizado aquellas nuevas actitudes y finalmente nos quedamos solos, sin saber cómo ni por qué. Luego me di cuenta de que ese lenguaje que alguna vez nació con nosotros también se extinguió, aunque paulatinamente.

Todo fue una transición lenta, casi imperceptible pero sistemática; fue tan sutil que cuando lo noté ya era tarde, porque te fuiste en silencio, como se disipa una sombra al alba. Te fuiste antes de que notara tu ausencia, antes incluso de aquel adiós que marcó el inicio y el final de dos vidas, ambas mías, porque la vida que me trajiste se fue contigo, y se quedó esta nueva vida sin ti, con la que aún no sé qué hacer más que alargar el tiempo de la espera.

Porque aunque te vistas con otras manos, aunque nuevos veranos te reciban en hoteles y playas, aunque olvides mi nombre besando otras bocas, has de saber que aún existe aquel que te desnudaba al alba con esa ingenuidad de creer que en tu piel se encontraban todas las respuestas. Te he perdido, y en las noches tu rostro todavía se perfila en las sombras de mi cuarto, como si supieras que te sueño a escondidas, como si fuese un crimen, porque me duele la ausencia y ese dolor sólo se va cuando regresas entre ecos y niebla, aunque sea para recordarme que en realidad nunca vas a irte, y que has dejado tu rastro indeleble en forma de recuerdo.

Hoy te escribo porque más que enemistarme con mi memoria lo que busco es pactar un acuerdo tácito de convivencia, pues he entendido que la memoria no entiende de límites ni tú de olvidos. Te escribo para hacerte saber que aunque te espere no quiero que vuelvas, ni que traigas de vuelta tu tacto que alguna vez me hizo olvidar que no era feliz ni lo iba a ser nunca. Quédate con tu nueva vida, amando a quien se merezca más que yo tu cariño, porque de este lado del mapa no hay más rutas de vuelta, no hay planes de retorno ni reencuentros pactados. No existe nada que me disuada a considerar esas posibilidades que para mí ya están muertas.

Sólo espero que al leerme entiendas que eres inolvidable y que, aunque los meses pasen y los años me pesen, algún día volveré a verte y ya no voy a sentir nada en absoluto, como si fueses una desconocida. Me parece justo que ese sea el final para los villanos que comenzaron siendo amantes.

DICIEMBRE

Domingo 13

Ella:

Espero que te encuentres bien. Quiero que sepas que te recuerdo con cariño, que no te guardo rencor y que cada día le pido a Dios que pueda dotar a tu alma de esa felicidad que hoy siento. Porque sí, hoy soy feliz, y no ha sido fácil. Hoy te escribo, además, porque ya es hora de que sepas cómo se ve toda esta situación desde mis ojos. Leo en tus cartas que te duele que me haya ido, pero, querido, te recuerdo que en la totalidad de nuestra historia hubo varias despedidas. Sí, yo fui protagonista de la primera, pero, ¿acaso ya no recuerdas quién decidió poner punto final a todo esto de la noche a la mañana? Aquel domingo veintiséis de febrero de hace tres años que se convirtió en el peor día de mi vida. Todo marchaba bien, ¿por qué te fuiste? Estábamos construyendo un futuro, ¿cuál fue tu prisa?

No sé qué impresión te causé en aquellos días, pero que sepas que todo esto también resultó difícil para mí. Tuve que seguir con mi vida, aun sintiendo que me arrancaron parte de ella con nuestra despedida, que ha sido la situación más jodida que he vivido en mucho tiempo; ni siquiera otras situaciones todavía más aterradoras se comparan con la tristeza que llegué a sentir. Las primeras noches —y en realidad hago referencia a muchos días— fueron realmente angustiantes. ¿Crees que yo elegí perder a la única persona que estaba conmigo? Y lo peor fue que no te perdí sólo a ti, me perdí a mí misma en muchas otras áreas. Esas noches hoy las describo con una sola palabra: llanto. Cada cosa que recuerdo, cada página que leía de los libros que escribiste, cada letra y palabra tuya me estaban matando, no podía casi dormir.

¿Te parece fácil el hecho de que me levantara cada día con los ojos muy hinchados, sin poder explicar el porqué? Nuestra despedida alteró mi rutina. Los días siguientes me fue mal en todo. Perdí mis exámenes académicos, tuve peleas, no tenía ánimos para nada. Yo acepto y entiendo que para ti también ha sido difícil, y aunque admito que merecí toda esa agonía por lastimarte, debes saber y tener la seguridad de que no sólo tú quisiste con el alma. Me dediqué a buscar el modo de olvidarte, porque te convertiste en una cicatriz, no voy a mentirme. Al leer tus cartas en estos meses angustiosos he deseado con todas mis fuerzas que no caminaras sobre el dolor descalzo, que te apoyaras en alguien si eso te ayudaba, que amaras a otra mujer si eso te hacía olvidarme, que escribieras y mostraras tu alma, que hicieras cualquier cosa, pero que no te hundieras porque, cuando lo hacías, me

hundías también a mí.

Sí. Deseé todo eso porque yo intenté también hacerlo. Quise darme la oportunidad con otros hombres, pero fue inútil. ¿Y sabes cuál fue el problema? Que tú me malacostumbraste tanto, me inmortalizaste de una manera tan increíble, que parecía que aquellos que venían a mi vida no me querían realmente. Es que nadie había hecho por mí lo que tú hiciste, y por un momento tuve la certeza de que nadie iba a hacerlo. Que yo no iba a poder inspirar a alguien tal importancia como en algún momento te la inspiré a ti. Me ilusioné con quien vio en mí sólo defectos, que me hizo sentir como la peor mujer del mundo; nunca creyó en mis palabras, ni en mis gestos, ni creyó en la sinceridad de mi corazón. Después de eso decidí no tener nada con nadie porque me volví más exigente, peor, difícil de querer. Tú no lo entendiste en su momento, y tampoco espero que lo hagas ahora, pero que sepas que la razón por la que me quedé sola tanto tiempo fue porque, a cada hombre que venía a mi vida, lo terminaba comparando contigo, y siempre terminaba perdiendo él, perdiendo yo también.

Luego llegó el punto de quiebre, porque nada malo dura para siempre. No diré que apareció de sorpresa, pues ya lo conocía del trabajo, y todo se fue dando de manera sutil pero certera. Quise que formaras parte de esta aventura, aun sin protagonizarla. Quise contarte mis primeros temores, mis primeras ilusiones, mis sospechas. Quise que fueras mi apoyo, esa persona en la que pudiera confiar. Nunca estuvo en mis planes perder tu amistad, pero luego comprendí que no soportabas la idea de verme con alguien más, y por eso decidí irme de tu vida, porque ya estaba harta, querido, de las amistades con intereses. Nunca me viste como una amiga, ni al inicio ni al final, y yo no puedo estar con alguien que me ve siempre como un destino y no como el camino. He de decir que lo mío con él no fue un amor a primera vista, pero las siguientes vistas sí que fueron la confirmación de ese amor. Toca el teclado, canta y quiere bonito. Su lado artístico es lo único que puedo encontrar en común contigo. No es una comparación, sino un equilibrio de cualidades. Y con esto quiero darte a entender que tú también encontrarás a alguien que llegue a tu vida a ordenarla, a quitarle ese mal rato que pasamos, al margen de la culpa de ambos. Eres joven, aún puedes hacer muchas cosas; eres el dueño de tu destino, y ante mis ojos eres un hombre que está aprendiendo a convivir con este tipo de experiencias, y no es malo sentir dolor, echar de menos. Pero no te martirices.

No te veo como el culpable, como el idiota que no supo valorar lo que tenía y que alguna vez dijiste ser. Yo en ti siempre he visto una luz preciosa, aun cuando me quitaste de tu vida, y no quiero que esa luz se apague. Sigue escribiendo, sigue soñando, sigue creyendo, que

en ti todavía vive ese ser maravilloso de cuya inocencia y bondad siempre me he sentido indigna, hasta que aprendí a aceptarlas. Escribe porque yo siempre voy a leerte y lo sabes, pase lo que pase. Tú me enseñaste a quererme, a no tenerle miedo al amor, a ver en mí aquello que ni siquiera sabía que tenía. Me he querido más y mejor a través de ti, eso es algo que siempre voy a agradecerte.

Recientemente fue mi cumpleaños y creo que lo recuerdas, porque, contrario a lo que pasa conmigo, tú sueles recordarlo todo, e incluso hay cualidades mías que conoces mejor que yo. Lo que no sabes, seguramente, es que ese mismo día también cumplimos un año de casados. Él sabe complacerme, es un buen amante, un buen hombre. En ocasiones he caído en la tentación de compararlo contigo y por primera vez no siento que pierde. Y quiero que sepas que, ahora con él, me he propuesto a creer en el «para siempre». No planeamos hijos, al menos por el momento, pero tenemos una gata a la que adoramos. Hemos ido a muchos lugares juntos. A su lado me siento protegida y segura, y a estas alturas —te juro con el alma—, no quiero ni deseo otra cosa.

Nunca voy a negar que te quise, que quise este presente contigo y que hoy eres indeleble en mi vida, pero las cosas se dan con la inercia de las circunstancias, y no siempre con nuestros deseos o decisiones. No te miento: tuve miedo al inicio, pero ya no. Hoy sólo estoy agradecida. Agradecida con Dios, por lo que vivimos y dejamos de vivir. Por lo que iniciamos y terminamos. Por todo lo fugaz y permanente. Por todo lo que me entregaste, por todo lo que hoy soy gracias a ti, pues tú marcaste mi vida, y eso lo sé porque, pese a mi mala memoria, te sigo recordando, sigo viendo salir a flote muchas de las cosas que me enseñaste. Deseo de todo corazón que algún día seas igual o más feliz que yo. A fin de cuentas, esa es la razón por la que vivimos: para ser felices.

Con cariño,
Erika.

Él:

He pasado horas tratando de encontrar las palabras adecuadas para comenzar a escribir. Es curioso cómo, aun lejana, todavía tienes influencia en mí. Me han embargado sentimientos encontrados —aunque familiares— después de leerte. Te he leído en la intimidad de mis secretos, saboreando cada palabra a oscuras, a la luz de una vela y en silencio, como se disfruta un placer prohibido o un crimen inconfesable. Muy pocas cosas me inspiran esa clandestinidad y tu respuesta ha sido una de ellas, sobre todo por la parte que me toca, pues, a veces, cuando uno sufre, piensa que nadie puede entender su dolor, hasta que la otra persona —que es la misma que causa ese pesar— rompe el silencio y descubrimos que en su historia somos equivalentes; es decir, le causamos el mismo o incluso más dolor del que nos causó. Eso es algo que ya me temía pero que al leerte he podido confirmar. Y no me enorgullece, aunque tampoco me provoca ningún conflicto con mi conciencia.

A los dos nos tocó una dosis de sufrimiento, una herida que se volvió cicatriz. Eso es algo que, a estas alturas, resulta ineludible. Después de una guerra siempre quedan secuelas, y los dos lo sabíamos. Lo que determina que ese dolor permanezca o se borre es cuántas veces volvemos a tocarnos la cicatriz. Me alegra que hayas encontrado a alguien que te haya ayudado con el proceso de curación, que te haya hecho olvidar las noches que pasaste rompiendo en llanto, maldiciendo a todo y a todos, pero sabrás también que yo no he corrido con la misma suerte, que todavía soy incapaz de pronunciar tu nombre sin que me tiemble el alma, que todavía eres una herida sin sanar, al menos del todo, y no, tampoco me enorgullezco de eso.

Hoy quiero serte sincero también. Y quiero decirte que te equivocas. Te equivocaste cuando dijiste que no entendía que no hayas podido estar con nadie porque terminaban perdiendo ambos al estar yo ahí, en forma de recuerdo; te equivocas porque lo hago, porque te entiendo, pues has de saber que he pasado por algo similar. La diferencia es que yo a ellas no las comparo contigo. No me hace falta compararte con nadie para entender que hay conexiones que nunca se dan dos veces con almas distintas, que yo perdí la parte de mi alma que te pertenecía y que es iluso pensar en recuperarla. Así que sólo paso de largo, porque sé que ninguna mujer va a hacerte justicia. Nunca.

Siempre he envidiado esa capacidad casi intrínseca que poseen algunos para visitar esos espacios de su memoria donde viven personas que alguna vez quisieron con el alma y pasar de todo ello con total indiferencia. Es como si el recuerdo no surtiera ningún efecto

emocional, todo lo contrario a lo que pasa conmigo, cuando cada palabra tuya me devuelve a los primeros días del final, esos días llenos de incertidumbre en los que no dejé de preguntarme si acaso lo que acababa de hacer era o no lo correcto, qué sería de ti y de mí a partir de entonces, cómo íbamos a tratarnos, de qué manera dirigirnos la palabra, o si acaso era mejor clausurar este mutuo acuerdo de correspondencia y olvidarnos del todo, como si nunca hubiésemos existido para ambos, como si no nos hubiésemos cambiado la vida, aunque sea un poco.

Yo no puedo y perdóname por no pensar todavía de ese modo. He pasado tanto tiempo de mi vida a oscuras, alejado del mundo, hasta que llegaste a rescatarme de mi propia desidia, y es por eso que se me hace difícil olvidarte, admitir que tú, la única mujer por la que hubiera dejado tanto negativismo, ahora estás con alguien que seguramente nunca podrá quererte en tantos aniversarios con la misma intensidad que yo fui capaz de quererte en un día, en unas horas, en unos minutos. Te he escrito tanto que, más que hacerte inmortal para el mundo del arte, te hice inmortal para mí, para sufrirte a solas, echarte de menos, buscando en mi aliento la calidez de tu boca, buscando en mis dedos el rastro de tu piel, que a estas alturas sospecho que ya ha olvidado mi tacto.

Te he inmortalizado tan hermosa y dolorosa, tan bella y cruel, como si fueses la personificación de los sueños de un escritor maldito, herido de abandono y pérdida que cambiaría su alma por un bálsamo que acalle el infierno de su mente con tal de no tener que soportar aquella distancia que ahora nos separa más que nunca, porque no es una distancia de kilómetros solamente, sino de vidas. Nos separan las vidas que quise vivir contigo; nos separa la vida que ahora llevas sin mí.

Pero quiero que sepas que no me arrepiento, porque en algún momento eso fue lo que más deseé hacer y ha sido la fuerza de las palabras lo único que me ha salvado de la desesperación y la tristeza que todas las noches me hablaban con tu voz de viajes y futuros. Gracias por la respuesta, pues he querido reconciliarme con este vacío que dejas porque estoy cansado de estar en guerra con este miedo, con este fracaso que ya no tiene razón de ser, porque incluso las derrotas se vuelven livianas cuando aceptamos que quien las provoca ya nunca más volverá a nosotros. Deseaba redimir el dolor y con tu respuesta me estás ayudando también, como antaño. Eres ese breve aliciente que antes despertaba tormentas y que ahora protagoniza esta redención que me faltaba.

Gracias, Erika, por la paz que me entregas, pues sé que, aunque nunca voy a olvidarte, tampoco quiero hacerlo. Seguirás siendo el aura feliz y nostálgica con la que decore mis textos. Seguirás

apareciendo en mis líneas, a veces explícita, otras veces escondida, fragmentada o entera, con el mismo rostro y otro cabello, con la misma mirada y otros ojos. Es una de las cualidades de ser musa: nunca te irás del todo, nunca serás olvidada ni por mí ni por quien me lee, aun si quien me lee te pone otro nombre o te dibuja con los recursos de su propia mente. Seguirás estando ahí cuando te llame o invoque las sensaciones que me regalaste, y yo continuaré encontrando tus formas en las siluetas que decoran esta habitación oscura en donde flotan mis recuerdos en forma de niebla y lluvia de imágenes mudas.

Dentro de todo, sé que algún día también seré feliz. No es una promesa sino la seguridad de un porvenir. Seré feliz porque tú y yo ya no tenemos nada pendiente, ninguna cita futura, ningún encuentro cercano. Seré feliz, también, porque de alguna manera me lo merezco, y encontraré a alguien que por fin logre disipar ese encanto tuyo que todavía me invade, y rompa esa cadena que me ata todavía a tu recuerdo, hasta proclamarse musa sempiterna, porque sé que nunca voy a dejar de escribir. Sé también que la voy a querer como siempre quise quererte y como nunca pude. La voy a querer incluso mil veces más, porque uno siempre valora a quien viene con intenciones de construir un futuro, de quedarse a afrontar riesgos, a ceder incluso parte de sí con tal de que los planes llevados a cabo funcionen como deberían.

Mientras tanto, sigue siendo feliz, que algún día estaré en el mismo camino, y podré mirarte sin sentir que te estoy perdiendo de nuevo, una y tantas veces. Sólo entonces te convertirás en una herida que por fin habrá sanado.

Con cariño,
Dashten Geriott

O, como tú me conociste: Heber Snc Nur

Acerca del autor

Heber Snc Nur

HEBER SNC NUR, seudónimo de Heber Isúi Sánchez Nunura, es un escritor peruano, nacido en la ciudad de Chiclayo, que empezó su carrera literaria en agosto del 2013, y que en diciembre de ese mismo año abrió el blog Tormenta de Pensamientos en la red social Tumblr, que le permitió acaparar la atención de miles de lectores. Ha publicado siete libros de prosa poética y narrativa bajo dos seudónimos: cinco libros con su actual Heber Snc Nur y dos con su temporal Dashten Geriott —que usó desde el 2015 hasta el 2020—. Tres de sus libros conforman la serie Tormenta de Pensamientos, que reúne su producción artística desde el 2013 hasta el 2017; dicha serie es un testimonio de progreso en el que muestra sus inicios y su madurez literaria. Conformada por «Oscuro Silencio» (2015), «Ruinas Internas» (2016) y «Tormenta de Pensamientos» (2017), la serie ha sido merecedora de una merecida acogida por parte de lectores que acompañan al autor en sus redes sociales y sus blogs de Tumblr y WordPress, activos hasta la actualidad.

Posteriormente, publicó «El Peso del Vacío» (2020), antología en la

que se percibe una voz más madura y en la que hace gala de mejores recursos temáticos y estilísticos; este libro se encuentra actualmente en reedición. Por otro lado, con Dashten Geriott publicó «Memorias Inmarcesibles» (2015) que, junto con «Oscuro Silencio», obtuvo miles de descargas en su formato digital en el primer día de haber sido publicado. Para el 2020, publicó «El Rostro del Invierno», que significaría el retiro permanente de Dashten Geriott del mundo del internet. En 2021 publicó «La Ciudad de los Recuerdos», una antología en la que las voces y estilos de Heber Snc Nur y Dashten Geriott se juntan por primera vez en una recopilación de cartas, relatos, textos introspectivos e incluso páginas de su diario público. Actualmente, «Memorias Inmarcesibles» y «El Rostro del Invierno» se encuentran en reedición también, y se publicarán firmadas por Heber Snc Nur, y ya no por Dashten Geriott.

En 2016, Heber abrió el blog Sexta Fórmula, un espacio concebido como escaparate virtual de la producción de escritores de distintos países de habla hispana. Para el 2020, Sexta Fórmula se ha convertido también en un proyecto editorial cuyo sello identifica a los libros de Heber Snc Nur y los de otros autores como Joel Estrada, Mirza Patricia Mendoza Cerna, Mara Gonmarri, Ernesto Pérez Vallejo, además escritores de distintos países cuyas producciones se publicaron el 2020 en antologías conjuntas. Los próximos proyectos editoriales de Sexta Fórmula son los libros de las poetas Diana Glez, Liany Color y Paulina Mora.

Al día de hoy, Heber disfruta de la amable compañía y lectura de miles de lectores en todos los países latinoamericanos, además de España y las comunidades latinas en Estados Unidos, Italia, Francia, Inglaterra, Alemania, e incluso Egipto, Israel, Irak y otros países de Europa y Asia.

Los próximos proyectos literarios de Heber Snc Nur serán su primer libro de cuentos y su primera novela.

Blogs

www.tormentadepensamientos.tumblr.com
www.hebersncnur.com

Redes sociales

Facebook:
www.facebook.com/tormentadepensamientos

Instagram:
www.instagram.com/hebersncnur

Twitter:
www.twitter.com/hebersncnur

Libros de este autor

Oscuro Silencio

Oscuro Silencio es, sin lugar a dudas, el refugio de un adolescente cuya timidez e inseguridad se convirtieron en un aliciente para dar paso a una introversión en la que el poder de las palabras, principalmente poéticas, le permitieron poner en orden las emociones y pensamientos que se sentía incapaz de expresar en voz alta. Heber Snc Nur muestra, en cada una de estas páginas, su visión particular del amor, la vida, la tristeza y la felicidad con una voz que apenas comenzaba a tomar forma, antes de adquirir la tonalidad que ahora conocemos.

Encajados en segmentos como Débil fortaleza, Cautiva libertad, Filosofando, El arte de escribir y Abstracta tangibilidad, cada escrito, en su mayoría frases y sus primeros poemas, mantiene la esencia de su publicación original que tuvo lugar en los blogs de Tumblr y Blogger que administra el autor hasta la actualidad.

Esta es la primera entrega de la serie Tormenta de Pensamientos, publicada por primera vez y en su versión digital en el 2015, y que hoy se presenta en un tomo de papel y tinta, para completar la colección impresa junto a las demás antologías que conforman la serie y, sobre todo, para el disfrute de los amantes de la textura y el olor de los libros.

Ruinas Internas

En un mundo en donde todo parece tener el color gris de las cenizas, llega un poeta dispuesto a pintar con letras y colores aquellos sentimientos que, muchas veces, somos incapaces de explicar con palabras. Una antología de relatos breves que encierran aquellas historias de las que sólo quedan ruinas. Ruinas internas. Cada letra en este libro es magia, una que sólo aquellos que sienten a flor de piel podrán conocer.

Esta es la segunda entrega de la serie Tormenta de Pensamientos, y contiene los textos que el autor escribió a modo de desahogo y ejercicio creativo, desde los primeros que publicó en su blog desde el 2013 hasta los últimos que escribió en marzo del 2016, fecha de la

primera publicación de este libro. Es el testimonio vivo de un adolescente que poco a poco va convirtiéndose en hombre, plasmando sus vivencias en palabras, dialogando con sentimientos tan profundos como la soledad y la tristeza bajo un prisma que sólo se puede tener a los diecisiete años. En este libro, veremos a Heber jugar con las expresiones, buscando una voz propia en el mundo de la prosa poética, pues es alguien consciente de su arte que, con el tiempo, va formándose un estilo propio cuyo acervo artístico denota ganas y un talento que va floreciendo, madurando a su ritmo incansable y constante.

Tormenta de Pensamientos

Si hay algo que Heber logra con sus escritos es embellecer el dolor y ensuciar sutilmente la belleza del amor y la vida con palabras que la mayoría de veces van más allá de lo que señalan. Hablar de sus poemas y su prosa poética es hablar de magia, de luz y sobre todo de sombras. Es un hombre con alma de niño y viceversa, todo depende del gusto de quien mira. Un ser que esconde más de lo que habla y que no tiene reparo en escribir todo lo que calla. Que ha intentado entenderse a sí mismo y, luego de dar tantas vueltas en círculos, ha decidido que la mejor manera de conocerse es a través de los ojos de quienes lo leen.

Esta antología es prueba y motivo de ello. Desde su arte novicio hasta su actual acervo, el lector viajará en medio de una mente de más tormentas que pensamientos. A través de sus páginas uno comprenderá que el amor es tan sucio como el olvido y que el olvido como tal no existe. Que la musa no es siempre una mujer, aunque una mujer siempre es poesía. Que nunca es suficiente querer bien y que el querer suficiente no es tan bueno. Que la inocencia y la perfidia pueden caber en una sonrisa y que hay más palabras en los ojos que en un libro.

Este libro está escrito para todo el mundo, pero no todo el mundo es para este libro. Así que, si eres de aquellos que han decidido dejar el calor del sol por el frío de la lluvia, o el ajetreo urbano por el silencio y la música, y amas aquello que se siente más que lo que se ve, no dudes en leer esta obra de arte. Te prometo que con este libro vas a llorar o reír; vas a odiar o amar; vas a enamorarte o decepcionarte, pero jamás te quedarás indiferente. Este libro inspira de todo menos eso.

La Ciudad de los Recuerdos

Desde el año 2015, Heber Isúi Sánchez Nunura creo a un personaje peculiar. Escritor como él, publicaba bajo el seudónimo de Dashten Geriott en Tumblr, donde ganó reconocimiento por parte de miles de lectores. Hasta este 2021, nunca se había sabido que ambos escritores eran la misma persona, pues el estilo de escritura de los dos, amén de tener su propio encanto y gracia, podían diferenciarse por las expresiones propias de su personalidad. Heber, un tanto más romántico y noble; Dashten, más profundo, filosófico y fatalista.

Este es el primer y único libro donde ambos estilos se juntan. Los textos contenidos aquí han sido publicados en sus respectivos blogs y el lector podrá ver de cerca ambas personalidades tan dispares y similares al mismo tiempo. Este libro es la entrada a un mundo de sombras y luces, de historias ambientadas en las urbes que viven en la mente de quienes escriben, esas mismas urbes donde ambos personajes, pese a tenerse tan cerca, se sienten solos, cada cual en su lado del mundo, escribiendo con la misma pluma y distinta voz; desde un mismo corazón con distintos sentimientos. Esa es la magia de este libro, pero, sin duda, en sus páginas esta se multiplica, únicamente para los amantes de la prosa poética escrita con alma, corazón y vida.